

ALEIXANDRE, rs



Hacerse discípulo

*Una atracció
del Padre*



Editorial Claretiana

Dolores Aleixandre, rscj

Hacerse discípulos

Una atracción del Padre

Editorial Claretiana

Aleixandre, Dolores

Hacerse discípulos, una atracción del Padre. -1a ed.-
Buenos Aires: Claretiana, 2007.

256 p. ; 17x11 cm.

ISBN 978-950-512-616-3

I. Teología Doctrinal Cristiana. I. Título
CDD 230.66

Diseño de Tapa: Luciana Platarotti

1ª edición, mayo 2007

Todos los derechos reservados

Queda hecho el depósito que ordena la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

© Editorial Claretiana, 2007

ISBN: 978-950-512-616-3

EDITORIAL CLARETIANA

Lima 1360 - C1138ACD Buenos Aires

República Argentina

Tel: 4305-9510/9597 - Fax: 4305-6552

E-mail: editorial@editorialclaretiana.com.ar

www.editorialclaretiana.com.ar

Prólogo

“¿Es que también ustedes quieren hacerse discípulos suyos?” (Jn 9, 27). La pregunta se la dirige el ciego de nacimiento a los fariseos y, despojada de la ironía y la intención polémica que le da su contexto, puede convertirse en un interrogante para cada uno de nosotros. ¿Estamos dispuestos a adentrarnos en el largo proceso de convertirnos en discípulos de Jesús?

La decisión nunca partirá de nosotros: “Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no lo atrae” (Jn 6,44). Los relatos bíblicos nos recuerdan siempre que ser llamado por el Señor no es nunca fruto de una conquista o término de una búsqueda: es un encuentro sorpresivo, inesperado e inmerecido.

Jesús propone a los que llama entrar en una relación privilegiada con él. El “vengan conmigo”, que inaugura el discipulado, los invita a quedar

“asociados” a su manera de ser, de hablar y de actuar y a participar con él en una tarea común. “Haré de ustedes pescadores de hombres...” La llamada incluye la promesa de un cambio de identidad, individualiza y personaliza de un modo irrepetible e inconfundible y da un sentido completamente nuevo al propio nombre: “Tú eres Simón..., tú te llamarás Pedro...”

El proceso de convertirse en discípulo inaugura un nuevo juego relacional entre Maestro y discípulo que nos alcanza en el corazón mismo de nuestra autonomía y consistencia personal, en nuestra vida relacional o profesional. Se hace presente en las circunstancias concretas en las que estamos, encerrados muchas veces en nuestros temores, defensas, ideologías, pero sin que eso suponga un obstáculo absoluto para que él siga ejerciendo en nosotros su atracción y conduciendo nuestro intermitente itinerario. Junto a él “nos vamos haciendo discípulos”, marcados por una nueva identidad definida por la referencia al Padre y al Reino. Entramos en un largo camino en el que los “cómos” quedan fuera de nuestro control y en el que se trata de estar atentos a las señales de pista: cada una lleva a la siguiente, sin saber el término definitivo. Más que un conocimiento del futuro es una correspondencia amorosa vivida en el día a día.

En este libro, a diferencia de otros que he escrito, el título ha sido lo último. La Editorial Claretia-

na me había pedido con insistencia que les enviara textos míos inéditos o publicados. Al reunirlos y leerlos me he dado cuenta de que el proceso de **hacerse discípulo** es un hilo conductor que los unifica, junto con la experiencia de que, más allá de lo frágil de nuestra decisión de seguirlo, contamos siempre con la fuerza del que nos **atrae** incansablemente hacia su Padre y su Reino.

Dolores Aleixandre, rscj

Capítulo I

*“Dengan
conmigo...”*

(Mc 4,19)

1. “LLAMÓ A LOS QUE QUISO”¹ (MC 3,13)

Tratemos de imaginar lo que ocurrió en los primeros momentos de la llamada al discipulado, buscando cuáles fueron las estrategias que emplearía Jesús para, sin forzar su libertad, retener a los que había llamado; para que a Pedro, Andrés, Santiago o Leví les siguiera *compensando* seguir con él y no se volvieran a la rutina de sus barcas o de su telonio. Se diría que predominaba el rasgo de la radicalidad: los llamados por él tenían que abandonarlo todo y, a los que pretendían seguirlo, les hablaba de una vida a la intemperie, sin tener siquiera dónde reclinar la cabeza (Lc 9,53). Sin embargo, a aquellos dos primeros que se fueron con él, algo debió *engancharlos* aquel día (“serían las cuatro de la tarde...”) porque decidieron quedarse con ese desconocido al que habían seguido casi sin pensarlo (Jn 1, 35-39).

Podemos preguntarnos por la *marca positiva* que dejó en ellos, y en otros muchos personajes del Evan-

1. Cf. “La primavera galilea del discipulado. Rebajas para atraer seguidores”: Sal Terrae (Enero 2006) 29-38

gelio, el primer encuentro con Jesús. No todos tomaron partido por él desde el comienzo, cuando Nicodemo lo visitó de noche, debió salir más atormentado de dudas de lo que había llegado: al final del texto ya sólo habla Jesús mientras que Nicodemo, mudo, sale de escena sigilosamente (Jn 3,1-21). Pero volvemos a encontrarlo de nuevo en pleno día, tomando postura a favor de Jesús en el sanedrín (Jn 7, 51) y finalmente en el Calvario, afrontando el riesgo de manifestarse abiertamente de parte de un ajusticiado (Jn 19, 38-39). Aquella primera conversación, al parecer infructuosa, había dejado en él su huella.

¿Qué poderosa marca de libertad y de alegría debió impresionar también a Zaqueo después de aquella cena compartida (Lc 19,1-10) para que, a la mañana siguiente, no se arrepintiera de haber tirado la casa por la ventana, atribuyéndolo al buen vino de la cena y a la presencia perturbadora del que se había invitado a su casa?

¿Y Marta? ¿No bendeciría la reprimenda de Jesús que la liberó de su activismo febril y la inició en una manera de vivir y trabajar con sosiego, dando prioridad a la escucha de la Palabra? (Lc 10, 38-42).

Las parábolas pudieron funcionar también como un anzuelo con el que Jesús *pescaba* a quienes las escuchaban: su peculiar sabiduría los sacaba a respirar otro aire en un intento de que la anterior atmósfera en que se movían les resultara ya irrespi-

rable. Al oírlas, algunos debían sentirse empujados más allá de los límites que se habían impuesto y desbordados por algo insólito. En aquellas historias que contaba Jesús, lo extraordinario rozaba su existencia, como un cometa que ilumina con su órbita de luz otro planeta oscuro y lo *razonable* quedaba desafiado por extrañas propuestas que, como una epifanía, rompían su horizonte estrecho y dejaban entrever, como detrás de las rejillas de una celosía, posibilidades apasionantes e inéditas.

Algo parecido le ocurrió a Bartimeo (Mc 10, 46-52), acurrucado como nosotros en la cuneta de esa mentalidad que calificamos de *sensatez* y *realismo*. Cuando escuchó el “¡Animo, levántate!” con que lo llamaba Jesús, dio un salto y tiró como inservible el manto de su vieja mentalidad. Ahora, convertido en discípulo, subía a Jerusalén detrás de alguien que había hecho emerger dimensiones desconocidas de su persona y había marcado para siempre sus ojos con el resplandor de una luz deslumbradora.

Esa misma tarea de iluminar cegueras era la que debía intentar Jesús con los suyos cuando, a solas con ellos, les explicaba las parábolas: “Imaginen que son del grupo de los contratados por el amo de la viña a última hora, y que han recibido el mismo salario que los que se han pasado el día trabajando. Al día siguiente ¿no llegarían mucho más temprano que los demás, no para acumular méritos, sino por

puro agradecimiento, porque la bondad del amo los ha atrapado en su espiral de gratuidad?” Y la novedad de esa reacción hacía parecer mezquino lo que más de uno (y nosotros probablemente), murmuraba en su interior: “Si yo hubiera sido de los que ganaron un denario habiendo trabajado sólo una hora, al día siguiente y en vista de que no peligraba mi salario y que el amo era tan generoso, llegaría lo más tarde posible, ...”

Inexplicablemente, Jesús, que tantas veces se expresaba desde un realismo lúcido y hasta a veces con una sombra de pesimismo (“no se fiaba de los hombres porque sabía lo que hay en el hombre” Jn 2, 25), parecía estar a la vez habitado por una confianza sin límites en la capacidad de reacción del corazón humano y, como si no hubiera perdido la ingenuidad de los niños, se atrevía a plantear modos utópicos de comportamiento. Aquellas narraciones suyas, bajo su apariencia de sencilla cotidianidad, encerraban un poderoso potencial transformador: “A quienes las recibieron, podríamos decir glosando el prólogo de Juan, les dio poder para convertirse en discípulos...” En ellas latía la oferta de irse transfigurando a imagen del Maestro, de ir coincidiendo, aunque fuera trabajosamente, con la manera de pensar y vivir del que las pronunciaba. Y cuando lo conseguía (y ese era su mayor milagro) era como si aconteciera de nuevo el éxodo: alguien escapaba de la esclavitud de la lógica plana, dejaba atrás la

orilla de las rancias sentencias del refranero (“Cada palo que aguante su vela”, “Quien da pan a perro ajeno, pierde pan y pierde perro...”, “Cria cuervos y te sacarán los ojos...”), y se adentraba en la tierra de la gratuidad y del amor sin orillas.

Contemplar, aunque sea de lejos, esa tierra que se divisa en el horizonte tiene el poder de despertar y movilizar nuestros deseos, porque ¿quién no soñaría con vivir **contagiado** de una gran confianza, **liberado** del ansia de medir y controlar, **familiarizado** con las insólitas costumbres de Dios, **habitado** por una extraña alegría?

Esos son algunos de los rasgos de la primavera galilea del discipulado, abierta a todo el que quiera vivir y respirar.

Contagiado de la gran confianza de Jesús

En el evangelio de Marcos, las dificultades y las resistencias ante Jesús y su anuncio del Reino comienzan casi desde los inicios: “Estaban allí sentados algunos escribas pensando para sus adentros: ¿Por qué habla este así? Blasfema.” (2, 6). Siguen las críticas porque Jesús come en casa de Leví (2, 16), porque no ayuna (2, 18), porque sus discípulos arrancan espigas en sábado (2, 24), porque cura al hombre de la mano paralizada (3, 6), porque expulsa demonios (3, 30)... Sin un acento tan acusado,

también Mateo y Lucas reflejan ese trasfondo som-
brio de hostigamiento y crítica.

Podemos suponer el desconcierto de sus discí-
pulos ante ello y su decepción al ir constatando
que el avance del Reino no seguía la trayectoria
triumfal que parecían prometer los orígenes. ¿Por
qué la Palabra no se abría camino? ¿Por qué Jesús
suscitaba tanta oposición? ¿No se habría equivo-
cado al elegir un grupo tan pequeño y poco signi-
ficativo? La ansiedad, la preocupación y un cierto
desánimo debieron minar su confianza inicial y es a
esos sentimientos a quienes podrían ir dirigidas las
parábolas del sembrador (Mc 4, 1-20), de la mos-
taza y la levadura (Mc 4, 30-32; Mt 13, 33) y de la
cizaña (Mt 13, 24-30).

Al pronunciarlas, Jesús se muestra investido de
la convicción profética de que la Palabra es irre-
sistible (Jer 23, 29; Is 55, 10), de que, más allá de
los fracasos (pájaros que se comen la semilla, pie-
dras que no la dejan crecer, espinas o cardos que
la ahogan), cuando encuentra buena tierra produ-
ce una cosecha tan espléndida que desborda todas
las expectativas. Es verdad que crece mezclada con
cizañas, pero el dueño del campo no se preocupa
y, a diferencia de los que quieren arrancar la ciza-
ña, permanece tranquilo, seguro de que la simiente
sembrada es buena y el trigo acabará llenando su
granero en el momento oportuno.

Y aunque los comienzos estén siendo insignifi-
cantes ¿no lo son también un granito de mostaza o
una pizca de levadura? (Mc 4, 30-32; Lc 13, 20-21).
Hay que confiarse a su fuerza y adelantarse a con-
templar su desenlace: un gran árbol en el que se co-
biliarán los pájaros, una masa de pan henchida que,
al salir del horno, saciará el hambre de muchos.

Al discípulo que da crédito a esta gran confian-
za, no se le promete que estará a salvo de fracasos y
derrotas: seguirá sometido a leyes de gravedad frus-
trantes y deberá aceptar que el futuro constatable
será siempre inferior al soñado, el resultado menor
que el esfuerzo invertido y cada avance, acompa-
ñado de nuevas dificultades, estará siempre ame-
nazado de degradarse a situaciones antiguas que se
creían superadas. Pero es precisamente ahí cuando
tiene gracia no perder el ánimo y cuando empieza a
funcionar la gran confianza que contagia Jesús.

En la película *Zorba el Griego*, inspirada en la
novela de Kazantzakis, en la escena en que se de-
rumba la mina en la que habían empleado todos
sus recursos y en plena situación de desolación y de
fracaso, Zorba (un espléndido Anthony Queen) se
pone a bailar el sirtaki.

¿No estaremos necesitando en este momento en
la Iglesia, junto a la lucidez crítica de los analistas,
más discípulos que bailen el sirtaki ?

Liberado del ansia de medir y controlar

Como las parábolas cambian mucho según el título que les pongamos, desde que empecé a leer la de “la semilla que crece por sí misma” (Mc 4, 26-29) como la del “labrador paciente”, el personaje se ha convertido para mí en un maestro de sabiduría y discernimiento.

Miren a ese hombre, parece decir Jesús: actúa y decide intervenir justo en el momento que le corresponde: “siembra” la semilla y, al final, “mete la hoz” cuando llega el momento de la siega. Pero sabe que hay un periodo de tiempo en el que a él no le toca hacer nada, sino que es la tierra la que “por sí misma” hace que la semilla germine, crezca y de fruto. Y todo eso acontece “sin que él sepa cómo”, mientras él “duerme y se levanta” tranquilamente, sin empeñarse en dirigir unos ritmos que escapan a su control.

Seguimos teniendo como asignatura pendiente el discernir cuándo toca estar activos y diligentes en las tareas del Reino y cuándo pacientes y pasivos; cuándo es tiempo de arrimar el hombro y cuándo los otros agradecerían que nos quitásemos de en medio; cuándo la situación requiere estar vigilantes e intervenir, y cuándo lo único que podemos hacer es “echarnos a dormir”; cuándo toca analizar y detectar causas y cuándo encajar incapacidades e ignorancias y reconocer que no lo sabemos todo y

que hay muchos *porqués* y *cómos* que se nos van a seguir escapando. El discípulo que aprueba esa asignatura es el que, después de hacer bien lo que estaba en su mano, se queda tranquilo sabiendo que el proceso que Dios mismo ha puesto en marcha, hará que la semilla continúe creciendo durante la noche, mientras él duerme.

Difícil sabiduría ésta de acertar con la alternancia entre instante y duración, entre alternancia y continuidad, y eso que nuestra corporalidad es una buena maestra que trata de enseñárnosla cada día, cuando el sueño nos reclama interrumpir toda actividad consciente. Un precioso poema de Péguy, “La Noche”, lo expresa así:

Me han dicho, dice Dios, que hay hombres
que trabajan bien y duermen mal,
que no duermen nada.
¡Qué falta de confianza en Mí!
Eso es casi más grave que si trabajasen mal
y durmiesen bien
porque la pereza es un pecado mas pequeño
que la inquietud,
que la desesperación y que la falta
de confianza en Mí.
(...)
Y sólo tú noche, hija mía,
consigues a veces del hombre rebelde
que se entregue un poco a mí,
que tienda un poco

sus pobres miembros cansados sobre la cama
y que tienda también su corazón dolorido
y sobre todo que su cabeza no ande cavilando
(que está siempre cavilando)

y que sus ideas no anden dando vueltas
como granos de calabaza o como un sonajero
dentro de un pepino vacío. ¡Pobre hijo!

No me gusta el hombre que no duerme
y que *arde en su cama de preocupación*
y de fiebre.

No me gusta el que al acostarse
hace planes para el día siguiente ¡el tonto!
¿Es que sabe él acaso cómo se presentará
el día siguiente?

¿Sabe siquiera el color del tiempo
que va a hacer?

Haría mejor en rezar.

Porque yo no he negado nunca el pan de cada día
al que se abandona en mis manos
como el bastón en mano del caminante.

Me gusta el que se abandona en mis brazos
como el bebé que se ríe
y que no se ocupa de nada

y ve el mundo a través de los ojos de su madre
y de su nodriza.

Pero el que se pone a hacer cavilaciones
para el día de mañana,
ese trabaja como un mercenario.

Yo creo que quizá podrían sin grandes pérdidas
dejar sus asuntos en mis manos,

hombres sabios,
porque quizá yo sea tan sabio como ustedes.
Yo creo que podrían despreocuparse
durante una noche
y que al día siguiente
ni encontrarían sus asuntos
demasiado estropeados,
a lo mejor, incluso no los encontrarían mal
y hasta quizá los encontrarían algo mejor.
Yo creo que soy capaz de conducirlos un poquito..
Por favor, sean como un hombre
que no siempre está remando
sino que, a veces,
se deja llevar por la corriente...

Familiarizado con las insólitas costumbres de Dios

No debió ser fácil para los discípulos acostumbrarse a las imágenes sorprendentes que empleaba Jesús en sus parábolas para hablar de su Padre. Él mostraba un Dios desprovisto de los atributos propios de la divinidad (inmutabilidad, equidistancia, impasibilidad...) y dominado en cambio por emociones propias de los humanos: la misma inquietud y ansiedad de un poseedor codicioso, ávido de guardar lo que le pertenece (una oveja, una moneda...), sin soportar la más mínima disminución en sus haberes y dejando su alegría a merced de si encuentra o no lo perdido (Lc 15).

Un padre alterado e inquieto, que descuida los asuntos de la casa y siempre está fuera de ella esperando o buscando, como alguien descentrado y des-quiciado (Lc 15,11-32).

Un rey sin poder ni autoridad, incapaz de convencer a sus invitados, demasiado expuesto a la decepción y al fracaso ante el rechazo de su banquete, asombrosamente contento de sentar a su mesa a la gente de los caminos (Mt 22, 2-14; Lc 14, 16-24).

Un inversor temerario y precipitado que corre el riesgo de repartir su hacienda, sus talentos o su administración entre quienes no le ofrecían suficiente garantía de gestionarlos bien (Lc 15, 12; Mt 25, 14-30; Lc 16, 1-8).

Un terrateniente débil, paciente en exceso y fluctuante en sus decisiones, que tan pronto se niega a escuchar a los siervos que le aconsejan arrancar la cizaña (Mt 13,24-30), se deja convencer por el hortelano para no cortar la higuera que no daba fruto (Lc 13, 6-9).

Un amo de comportamiento impredecible y cálculos erráticos, que recompensa incomprensiblemente a los que menos sudores y tiempo han gastado en su viña (Mt 20, 1-16).

Un observador parcial con los ojos puestos donde casi nadie mira: las cunetas de los caminos (Lc 10,30); el umbral en el que yace Lázaro (Lc 16, 20);

los lugares donde los más débiles son maltratados por los fuertes (Mt 24, 49)...

Eran imágenes a las que sus discípulos no estaban acostumbrados y por eso el Maestro necesitó mucho tiempo y mucha paciente insistencia para desalojar las viejas ideas que poblaban su imaginario. Tenían que consentir a que Dios estuviera más allá de lo que pensaban sobre Él, se abriera paso en sus corazones y les revelara quiénes eran para Él: Son una tierra sembrada de semillas destinadas a dar fruto (Mc 4, 3-9) y existen en ustedes brotes de vida que la mirada del Padre descubre (Mc 13, 28-29). Lo que Él ha sembrado en su tierra posee tal dinamismo de crecimiento, que germina y crece más allá del control de ustedes (Mc 4, 26-29). No anden preocupados por la mezcla de cizaña que hay en su vida, lo que a su Padre le importa es todo lo bueno que ha sembrado en su corazón (Mc 13, 24-30).

Es verdad que son pequeños e insignificantes como un granito de mostaza, pero esa pequeñez esconde una fuerza capaz de transformarse en un gran árbol en el que vengan a posarse los pájaros (Mc 4, 30-32). Quizá lleguen a la sala del banquete andrajosos y polvorientos, pero son comensales invitados y deseados y el Rey que los ha invitado los espera con la mesa puesta (Mt 22, 1-14). Alégrese de poseer talentos y recursos a invertir (Mt 25,14-30); están a tiempo de hacerse amigos de los que van a

abrirles las eternas moradas (Lc 16,9) porque tienen entre las manos aquello en lo que se lo juegan todo: pan, agua, techo, vestido compartidos con los que carecen de ello (Mt 25, 32-46). Lo propio de ustedes es perderse (Lc 15, 3), alejarse (Lc 15, 11-32), dormirse (Mt 25, 1-13), endurecer su corazón (Mt 18, 23-35), endeudarse (Lc 7, 41-43)..., pero Alguien cree en su capacidad de dejarse encontrar y volver a casa, estar en vela, ser misericordiosos, convertir en amor sus deudas. Y si los desea, persigue, busca y espera tanto, es porque son valiosos a sus ojos.

Esos nombres que los bautizaban con su novedad, son también los nuestros. Y el evangelio nos los sigue entregando, como aquella piedrecita blanca del Apocalipsis (2,17) en la que está grabada nuestra verdadera identidad.

Habitado por una extraña alegría

He hecho muchas veces la prueba de iniciar la parábola del tesoro para ir completándola en grupo. Todo el mundo se acuerda de cómo empieza: “El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo...”, y también del hombre que lo encuentra y se va corriendo a venderlo todo para comprar el campo. Cuando digo: “Falta algo”, empiezan los detalles, unos reales y otros pintorescos, por ejemplo que lo volvió a esconder, que estaba cavando, que el tesoro estaba en un cofre... Salvo

rarísima excepción, nadie se acuerda de la frase sobre la que gira la parábola y que pone en marcha todo su dinamismo: “...y por la alegría”.

Me pregunto qué es lo que ha pasado a lo largo de veinte siglos de predicación y catequesis para que nos haya quedado tan claro lo de renunciar, sacrificar, abstenerse, tomar la ceniza y dirigirse a Dios pidiéndole: “No estés eternamente enojado...”, mientras que la alegría se queda arrinconada en los márgenes, como una virtud menor y prescindible. Es verdad que para acceder a ella hay que aceptar su peculiar cortejo ya que viene acompañada de la desmesura: “entra en el gozo de tu señor”, dice el amo de la parábola de los talentos a los dos empleados que habían negociado con él (Mt 25, 21.23). ¿Qué clase de gozo es éste que no cabe dentro de uno mismo, sino que hay que introducirse en él, como quien se sumerge en el mar? Otra de sus rarezas es que se entrega en proporción inversa a las posesiones, precisamente al revés de lo que nos empeñamos en creer y para comprobarlo, no hay más que comparar las trayectorias del joven rico y de Zaqueo: el primero, a pesar de que se quedó con todo lo que tenía, se alejó de Jesús invadido por la tristeza (Lc 18,18-23); el segundo en cambio, después de hacer aquella declaración de hacienda que dejaba sus finanzas heridas de muerte, estaba contentísimo.

Pero el componente más extraño de la alegría que Jesús prometía era evidentemente el de sus contextos oscuros y debieron experimentarlo más tarde cuando, después de ser azotados en el tribunal, “se marcharon contentos de haber sido considerados dignos de sufrir desprecios por su nombre” (Hch 5, 41).

No era una alegría que hubieran conquistado ellos, era la marca que iba dejando en sus vidas la cercanía del que llevaría también en su cuerpo las marcas de su amor sin límites. Antes que ellos, Jacob caminaba cojeando después de luchar con Dios en el Yabbok (Gen 32, 31), a Moisés le resplandecía el rostro cuando salía de la tienda del encuentro (Ex 35,29) y Jeremías sentía la Palabra como un fuego encerrado en sus huesos (Jer 20, 9). Algo de eso les había ocurrido a ellos: se habían acostumbrado a vivir a la sombra del Maestro, a mirar la vida con sus ojos, a escucharlo hablar de Dios como antes nadie les había hablado. Sentían que podían confiar perdidamente en él y que, sin saber bien cómo, sus vidas estaban a salvo a su lado.

Por eso, cuando les preguntó si querían irse de su lado y muchos se marcharon, ellos decidieron quedarse con él, aunque eran conscientes de que volverían a asaltarlos el desconcierto y las dudas y que seguirían sintiéndose incapaces de saltar de alegría si llegaban las persecuciones, de entrar por la puerta estrecha, o de amar hasta dar la vida.

No, no era precisamente una existencia plácida y tranquila la que Jesús prometía a los que permanecieran junto a él.

Pero ninguno de ellos (¿tampoco nosotros?) la hubiera cambiado por ninguna otra en el mundo.

2. “SERÍAN LAS CUATRO DE LA TARDE...”

(JN 1, 39)

Pasados muchos años, aquel discípulo del Bautista a quien la tradición identifica con el discípulo amado, conservaba en su memoria la hora exacta en que se fue detrás del Maestro. Vamos a escuchar a algunos discípulos y discípulas de Jesús que nos narran cómo quedaron marcados para siempre por aquel encuentro. La protagonista de la última narración, la pecadora que ungió a Jesús en casa de Simón el fariseo, no entra en la categoría de “discípula” pero la “afinidad” con Jesús que descubrimos en sus actitudes, nos permiten considerarla como muy próxima al Reino anunciado por el Maestro.

Leví, el de Alfeo (Mc 2,13-14)

Cuando lo vi de pie, delante de la mesa donde cobro los impuestos, aún no sabía nada de él. Hasta este momento yo había vivido protegido detrás de los muros de las transacciones, el interés y la exigencia aunque, desde mi condición de publicano, soy consciente de cuánto desprecio y hasta odio suele reflejarse en los ojos de quienes se me acercan. Estoy convencido de que mi vida y mis costumbres no pueden cambiar, he caído demasiado bajo como para imaginarme viviendo de otra manera.

Por eso quedé asombrado al sentir que un desconocido me miraba con franqueza y cordialidad,

sin asomo de reproche ni de juicio, como un amigo que se dirige a su amigo. “Leví, te necesito, ven conmigo”, me dijo.

A pesar de mi estupor, una fuerza misteriosa me empujó a levantarme de mi mesa para irme con él y a proponerle cenar en mi casa con mis amigos, aunque temí por un momento que se negara a compartir la mesa con los que todos consideran como gentuza marginal. Pero en seguida me di cuenta de que para él no parecía contar ni una sola de las distinciones que crean clasificaciones y separaciones entre nosotros y a lo largo de la cena lo vi participando de la alegría general, que iba creciendo según circulaba el excelente vino que saqué de mi bodega. Pero algo sentíamos los comensales que nos embriagaba mucho más que aquel vino: estar allí, rodeando a Jesús, hacía caer el fardo del personaje que cada uno *llevaba auestas y empezábamos a experimentar la libertad de no estar atados a ninguna jerarquía social, religiosa ni económica, ni a normas de pureza o de legalidad.* Era como si él estuviera convencido de que esa comunidad de mesa podía romper las líneas divisorias que nos separaban a unos de otros, y su convicción nos contagiaba a todos la sensación de que algo absolutamente nuevo estaba comenzando.

En la sobremesa, se puso a contar la historia de un hombre que tenía cien ovejas y, al contarlas por la noche, antes de hacerlas entrar en el redil en una

noche de tormenta, se dio cuenta de que se le había perdido una. Se fue al monte bajo el aguacero para buscarla, y recorrió muchas leguas sin conseguir dar con ella. Casi de madrugada la oyó balar en lo hondo del barranco por el que se había despeñado, enredándose en unas zarzas; bajó a toda prisa, se la cargó a los hombros contentísimo y, a la vuelta, convocó a sus vecinos para celebrarlo y les dijo: -¡Felicítenme! ¡He encontrado la oveja que había perdido!

Al terminar el relato, sacó la siguiente conclusión: -Así es Dios, su Padre, y así se alegra cuando encuentra a uno de sus hijos perdidos.

Uno de los comensales, que fue durante un tiempo discípulo de un rabino y conocía la historia, le recordó: -No has dicho que la oveja perdida era la mejor del rebaño y que por eso la quería tanto el pastor. Jesús le contestó: -No, las cosas con Dios no son así. Para él nadie necesita estar cargado de méritos ni de cualidades para ser querido, sino que su amor es como el de una madre que, entre todos sus hijos, prefiere al pequeño hasta que crezca, al enfermo hasta que sane, al que está de viaje hasta que vuelva a casa.

Era una manera de hablar justo al revés de todo lo que habíamos oído muchos, cuando aún frecuentábamos la sinagoga y escuchábamos que Dios se complace en los justos y rechaza a los pecadores. Nos dimos cuenta de que estábamos ante otra ma-

nera de interpretar la vida, la ley, las tradiciones, la relación con Dios y el futuro de nuestro pueblo.

Todo estaba cambiando vertiginosamente y el centro de la espiral era aquella mesa en la que nosotros, un grupo de gente que nos creíamos perdidos, empezábamos a darnos cuenta de que habíamos sido encontrados.

Nicodemo, el fariseo (Jn 3,1-21)

Si existe algo de lo que me he sentido siempre orgulloso, es de mi condición de fervoroso fariseo. Mi padre me envió a estudiar en una escuela rabínica para que llegara a ser lo mismo que él: un especialista en la Ley. Estaba convencido de que la sabiduría me daría una influencia y un prestigio que nunca alcanzaría por otros caminos. He pasado los mejores años de mi juventud dedicado a escudriñar las Escrituras y sometido a una dura disciplina, pero el saber ejerció sobre mí desde el comienzo su poder de fascinación y nunca me he arrepentido del esfuerzo invertido en alcanzarlo.

Siempre he acudido a beber en las fuentes de quienes pensaba que podían enriquecerme con su sabiduría y por eso me dirigía a aquel rabbi del que todos hablaban con el deseo de mantener con él una conversación que me ayudara a aumentar mis conocimientos. Lo llamé respetuosamente "Maestro" y le dije que reconocía en él una prudencia que

debía proceder del Altísimo. Pero en vez de lo que esperaba de él (una instrucción, una pregunta, un consejo...) lo que le escuché decir fue algo sorprendente que me dejó desconcertado: -Nicodemo, no intentes seguir añadiendo saberes a otros saberes. ¡Atrévete a nacer de nuevo!

Cuando conseguí recuperarme de mi sorpresa, respondí de manera defensiva y le pregunté con ironía si es que él poseía el secreto de cómo volver al seno de la madre cuando ya se es un adulto... Sonrió y me recordó que eso no era cosa nuestra, sino del Espíritu y, aunque siguió hablando, yo ya no lo escuchaba y cuando me separé de él, muy entrada la noche, lo hice confuso y perplejo.

Lo grave es que, a partir de entonces, esa perplejidad y confusión siguen acompañándome, y tengo la sensación creciente de que es ese nuevo nacimiento lo que yo realmente deseo y que, hasta que lo conocí a él, no he hecho más que acumular enseñanzas que ahora pesan sobre mí como una carga agobiante que me asfixia. Lo que sabía hasta ahora está perdiendo su vigencia, sustituido por el deseo de "nacer de nuevo" y por la convicción de que es haciendo y no sabiendo como se accede a la novedad de esa vida.

A veces intento huir y refugiarme en mis antiguas costumbres, otras me siento llamado a dejar atrás todos los caminos ya frecuentados y a aventurarme por uno absolutamente desconocido y lle-

no de incógnitas en el que no se me exige renunciar a la herencia recibida, sino a crear a partir de ella algo nuevo e inédito.

El vértigo se ha apoderado de mí y mis viejos saberes y seguridades comienzan a parecerme inservibles. Las conductas que durante años han nutrido mis convicciones, me parecen anquilosadas y estériles, expresadas en una lengua muerta que ya no dice nada y veo a los que siguen ese camino como víctimas de costumbres muertas y frías, acomodados a dictámenes y convencionalismos externos, mercaderes de un discurso vacío, profesionales ateos del discurso sobre Dios.

Va creciendo en mí lentamente la intuición de que la vida que voy buscando no está vinculada a leyes, reglamentos, templos, ritos, edificios o costumbres, sino a esa otra manera de vivir que me propone el Maestro. Su palabra gravita sobre mí y me debato entre retornar al mundo ya conocido de mis certezas sacadas de los libros, o a entrar en esa nueva vida que se respira junto a él. ¿Estaré aún a tiempo de ese nuevo nacimiento?

Santiago, el hijo del trueno (Mc 1, 21-38)

Aquel primer día que pasamos con él fue decisivo y eso que ninguno de nosotros sabía bien en qué extraña aventura nos estábamos embarcando cuando dejamos todo atrás y nos fuimos tras él. Muchas

veces hemos comentado entre nosotros cómo nos atrajo aquel desconocido, para que la casa paterna, la barca, las redes y todo lo que constituía nuestra vida hasta ese momento, fueran incapaces de retenernos. Comenzamos junto a él una extraña vida itinerante, aunque no éramos capaces de comprender muchas de sus costumbres y afirmaciones. Un día dijo: -Les aseguro, a todos los desposeídos, humillados y sometidos, Dios va darles en herencia la tierra...

Nos quedamos perplejos, sin terminar de entender, como casi siempre, el porqué de aquellas afirmaciones tan solemnes y desmesuradas. Como yo simpatizo abiertamente con los zelotas, intervine entusiasmado: -Maestro, ¡ni siquiera el profeta Elías se atrevió a decir nada semejante! Veo que, por fin, te pones claramente de parte de los que pensamos que ha llegado la hora de emplear medios más enérgicos y más audaces. ¡Si nos mostramos débiles, los explotadores seguirán oprimiendo a los pobres!

No me sorprendió la fuerte polémica que levantaron mis palabras: me acusaban de ir buscando dominar y ejercer el poder y que eso acabaría de nuevo en explotación de unos por otros. Me recordaron el salmo que recomienda a los escandalizados por la prosperidad de los que los oprimen, no reaccionar y esperar pacientemente la suerte final que tocará a unos y otros: castigo para los malvados y premio para los mansos (Sal 37).

Los más próximos a mis posturas argumentaron reprochando a los demás una pasividad que deja que las cosas sigan como están y exhortando a la gente a la resignación y a la paciencia.

Unos y otros defendíamos nuestras posturas, afe-rrados a nuestras ideas sobre la paz y los medios para alcanzarla. Mientras seguíamos discutiendo, Pedro y Andrés habían arrimado la barca a la orilla y sacado los peces que traían para la cena. Jesús se había levantado sin decir ni una palabra, había tomado los peces y se había puesto a preparar el fuego para asarlos. Ninguno de nosotros caímos en la cuenta, tan acalorados estábamos con la polémica en torno a la violencia o la mansedumbre, y así continuamos hasta que Jesús avisó que la cena estaba lista. Nos sentamos a comer el pescado que había asado sobre las brasas encendidas y, como si nada hubiera ocurrido y se estuviera refiriendo a otra cosa, nos invitó a mirar cómo el fuego se había apoderado de los palos secos que había arrimado a él y cómo ahora ya era imposible separarlos. Era algo así lo que Dios quería de nosotros, dijo: -Porque a los que se acercan a Dios les sucede que él prende en ellos la pasión por hacer venir su Reino. Y será la violencia de su amor y de su justicia y no la de del odio o la venganza, la que acelerará su llegada.

Siguió hablando durante un rato más y en aquel anochecer a la orilla del lago, en torno a unas brasas

aún encendidas, supimos que teníamos que arrojar en ellas tanto nuestras tentaciones de resignación pasiva como los impulsos de agresividad y rencor.

Y fue en aquella cena preparada y servida por el que era el mayor entre nosotros, cuando empezamos a entender algo de un Reino en el que la mansedumbre de los pobres es más poderosa que la fuerza de todos los que ejercen violencia.

El discípulo anónimo del Bautista (Jn 1, 35-39)

Siendo aún muy joven, conocí en el Jordán al profeta Juan, y me sentí seducido por la fuerza de sus palabras y por la pasión con que anunciaba la llegada inminente del Mesías y la urgencia de convertirse y hacer penitencia. Me sumé a sus discípulos, y viví con ellos en las cuevas próximas al Jordán, ayunando y recibiendo a los que venían a bautizarse.

Un día me dijeron que había venido a bautizarse desde Galilea un tal Jesús, pariente de Juan, y que éste estaba conmocionado por el encuentro. Al día siguiente, estando yo junto a Andrés, hijo de Zebedeo, que era también discípulo del Bautista, vimos que nuestro maestro se ponía de pie, mirando hacia el camino que pasaba junto al río y decía dirigiéndose a nosotros y señalando con el dedo a alguien que se alejaba: “Ahí va el cordero de Dios...” Era tan desacostumbrado en él aquel tono de honda con-

moción, que Andrés y yo nos levantamos llenos de curiosidad para ver el aspecto de aquel hombre que tanto impresionaba a nuestro maestro. Y como ya se alejaba, y a paso rápido, miramos a Juan y vimos en sus ojos que aprobaba nuestra decisión de irnos detrás de él para conocerlo.

¿El cordero de Dios? Era un extraño título que me hizo pensar en el Siervo de Yahvé del que habla Isaías (Is 53). Miré a Andrés y vi que estaba tan intrigado como yo, le hice un signo en silencio y nos fuimos detrás de él. Debió darse cuenta de que lo seguíamos pero no se dio vuelta, y nosotros no nos atrevíamos a adelantarlo. De pronto recordé a Moisés queriendo ver el rostro del Señor pero sin poder ver más que su espalda (Ex 34, 23). Luego, inesperadamente, el desconocido se volvió y nos preguntó: “¿A quién buscan?” No supimos qué decir y contestamos con otra pregunta que era una evasiva, porque no nos atrevíamos a confesarle que era a él a quien buscábamos: –Maestro ¿dónde vives? “Vengan y vean”, respondió, como si fuera lo más natural encontrar gente que quisiera seguirlo. Nos fuimos con él y nos quedamos todo el día. Así empezó todo.

En los comienzos, yo estaba entusiasmado y lleno de generosidad me decía a mi mismo: “Lo seguiré a donde vaya”. Más adelante comenzaron las dudas. Un día lo oí decir que tenía que estar dispuesto a vivir itinerante y a no contar ni con un lugar donde recl-

nar la cabeza (Lc 9, 57-58) y me eché atrás, temeroso de perder mi instalación y mis comodidades.

Cuando volví, pensando que me rechazaría por mi actitud cobarde, él puso su mano sobre mi hombro y me dijo sonriendo: “Ahora eres como un pájaro sin nido pero no tengas miedo, estás conmigo”.

Susana, una discípula (Lc 8, 3)

Me llamo Susana que en hebreo significa “lirio” y junto con los doce, María de Magdala, Juana, mujer de Cusa, mayordomo de Herodes, y otras muchas, pertencí al grupo que seguía a Jesús desde Galilea (Cf. Lc 8,1-3). Eramos un movimiento extraño, muy distinto de los que solían agruparse en torno a los *rabbis* o maestros. Estos no aceptaban nunca mujeres en su seguimiento y elegían sus discípulos sólo entre varones cultivados y de buena fama, cosa que no ocurría entre nosotros.

Llevábamos una vida itinerante, recorriendo aldeas y poblados en los que Jesús iba anunciando la llegada del Reino. El contacto con él era como una ráfaga de libertad que, a su paso, hacía que todo recobrar vida y novedad. Eran tiempos de recreación, tiempos de entusiasmo desbordante, como si el vino que él había derrochado en Caná nos embriagara un poco a todos. “Algo nuevo está naciendo, la fiesta de bodas ha comenzado”, decía él.

Pero muy pronto comenzaron las resistencias y las críticas y Jesús nos dijo un día: “Miren que los envió como ovejas en medio de lobos, van a tener que ser prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Se lo digo desde ahora por si alguno quiere marcharse: van a rechazarlos sólo por ser discípulos míos...” (Cf. Mt 10, 17ss).

Al oír estas sobrecogedoras advertencias, nos sentimos envueltos en una nube densa de oscuros presagios. El miedo se había apoderado de nosotros y nos aprisionaba en sus redes. Todos éramos conscientes de que las cosas en torno al Maestro empeoraban día a día y de que el cerco de acusaciones y persecución se iba estrechando cada vez más. A muchos de nosotros nos parecía que él arriesgaba demasiado y que a veces sus palabras y sus gestos iban más allá de los límites de lo que recomendaría una elemental prudencia. Pero desde el día en que Pedro lo llevó aparte para recriminarlo y salió tan mal parado, ninguno de nosotros se atrevió a intentarlo.

Jesús debió notar nuestra pesadumbre porque volvió a tomar la palabra:

-¿Les preocupa que les anuncie fracasos y persecuciones? ¿Qué pensaban, que el discípulo iba a estar por encima de su maestro? ¿No recuerdan cuántas veces les he dicho que el que tome la decisión de seguirme tiene que dejar atrás el miedo? Fiéanse en su Padre: es él quien los cuida y tiene contados hasta los cabellos de su cabeza...

Tomó en sus manos la jaula de gorriones que nos había regalado una vecina de Nazaret en el mercado y que agitaban sus alas asustados. Estuvo mirándolos un buen rato y de pronto dijo: -Así los veo a ustedes, tan temerosos y llenos de ansiedad como estos pajarillos. No valen ni dos cuartos, pero les puedo asegurar que vuestro Padre cuida de ellos y ni uno de ellos caerá en tierra sin su consentimiento. No teman, ustedes valen para él infinitamente más que los gorriones.

Separó los barrotos de la jaula y tomó los pájaros en la palma de su mano, la levantó con fuerza para darles impulso y ellos se echaron a volar. Y en la oración de aquella tarde resonaron en nosotros de diferente manera las palabras del Salmo:

Bendito el Señor que no nos entregó
como presa a nuestros enemigos.
Hemos salvado la vida como un pájaro
de la red del cazador:
la trampa se rompió
y nosotros escapamos (Sal 124, 6-8).

Tomás, el Mellizo (Jn 20, 24-29)

Me llaman “el Mellizo” y seguramente ignoran hasta qué punto están acertando al ponerme ese apodo. Se diría que ha nacido de la intuición de que hay en mí dos personajes distintos: el Tomás confiado y tranquilo, capaz de adentrarse sin temor

en lo desconocido, de fiarse de la palabra de otros y de ir más allá de sus propias comprobaciones; y, junto a él, el otro Tomás, su sombra, que proyecta sobre toda persona o circunstancia la sospecha, la duda y el recelo.

Seguí al Maestro empujado por el primero y me aventuré a emprender junto a él una extraña vida sin domicilio fijo, como de pájaros sin nido o raposas sin madriguera. Todo fue bien hasta que lo escuché proclamar sus insólitas declaraciones de felicidad y mi mellizo, el escéptico y descreído, comenzó a murmurar su escándalo dentro de mí: “-Si no ves con tus propios ojos esa dicha que, según él, pertenece a los pobres y no tocas con tus manos esa herencia que promete a los desposeídos, no creas... ¿Cómo se atreve a anunciar que los hambrientos van a ser saciados alguien que no posee ni un lugar donde reclinar la cabeza cuando llega la noche...?”

No sé bien cómo logré superar mi crisis en aquel momento, pero pronto se presentó otra al llegar el primer fracaso en el envío (aquellas puertas cerradas ante nosotros en Betsaida). Volvió a aparecer de nuevo “mi Mellizo”, urgiéndome a apartar mis ojos del surco que iba marcando con el arado y a volver la vista atrás. Todo lo que había abandonado el día en que escuché la invitación del Maestro a seguirlo, recuperaba de nuevo su poder de atracción y mi decisión de irme con él comenzó a parecerme fruto de un espejismo engañoso.

La incertidumbre y las preguntas me enredaron en su maraña y me sentí como un caminante detenido por una barrera de espinos: “¿Qué locura es ésta a la que estoy siendo arrastrado...? ¿Cómo he podido entregar mi fe a este galileo de origen oscuro, de quien no sé apenas nada y que no me ofrece más que un futuro incierto? ¿Qué garantías tengo de que efectivamente está llegando su Reino? ¿Por qué a veces siento ante él el mismo estremecimiento de Moisés ante la zarza ardiente, y otras me rebela la credulidad de los que se postran ante él después de haber sido sanados o perdonados? ¿Por qué me siento tan lejos de quienes parecen ver en él algo más que un simple hombre? ¿De dónde nace mi rechazo ante los que buscan tocarlo, convencidos de que a través de él les está rozando algo del mismo Dios?”

Me separé del grupo y sólo me decidí a volver al recordar las palabras de Simón el día en que muchos del grupo decidieron marcharse. Cuando el Maestro preguntó a los que quedábamos si también queríamos irnos, Simón le contestó: “-¿A dónde vamos a ir? Sólo tú tienes palabras de vida eterna...” Me di cuenta de que esa respuesta era también la mía y que tampoco encontraría yo nunca la posibilidad de vivir separado de él, lo mismo que la hiedra sólo vive abrazada al árbol al que se adhiere. Había hecho ya la experiencia de que al lado de Jesús se sosegaban mis dudas y se curaba mi profunda división interior.

Volví cabizbajo y sombrío, esperando los reproches del Maestro que, una vez más consiguió desconcertarme. Se sentó a mi lado en la cena, me ofreció un trozo de pan para que lo mojara en la salsa y me dijo con amistosa cercanía: -“Anda, Tomás, cuéntame lo que les ocurrió en Betsaida, pero antes mete tu mano en el plato, que sino vas a quedarte sin nada...”

El Tomás creyente que hay en mí volvió a despertar con fuerza y decidí que ya sólo deseaba caminar junto a él hasta el final de mis días, unido a su mismo yugo y corriendo su misma suerte; por eso llegué a decir a los otros cuando subíamos a Jerusalén, sabiendo que se cernía sobre el Maestro la amenaza de la muerte: “-¡Vamos nosotros también y muramos con él!”

Sin embargo, cuando aquellas amenazas se cumplieron y llegó la hora de las tinieblas, perdí pie de nuevo y, hundido en lo más hondo de la desesperanza, me dejé arrastrar por las turbias aguas de la decepción y de la huida y, cuando al atardecer del primer día de la semana volví al cenáculo para refugiar mi dolor al abrigo del de mis compañeros, no quise ni oír lo que ellos intentaban decirme con la voz y el rostro transfigurado: “-¡Hemos visto al Señor!”

Los miré como a un grupo de visionarios: yo no había estado junto al Maestro cuando lo bajaron de la cruz, pero he visto otros crucificados y conozco

bien la huella que dejan los clavos en sus manos y la cavidad sin fondo que deja una lanza al atravesar el costado de un hombre. Por eso les dije: “-Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de costado, no creeré”. Me separé de ellos y salí de la casa huyendo de un anuncio inverosímil que sólo podía nacer de una alucinación; me sepulté en la muerte de todas mis esperanzas y sólo volví junto a ellos a los ocho días, para ver si habían recuperado el juicio.

Y fue entonces cuando el Viviente se presentó en el umbral de mi sepulcro, sellado por la losa de la desconfianza, convocándome de nuevo a la vida. Pero si lo que escuchó Lázaro fue: “-¡Sal fuera!”; lo que la voz del Maestro me ordenaba a mí era: “¡Ven adentro!”

“¡Dichosos los que sin ver, creen!”, me dijo, y sentí que sus palabras abrían ante mí una alegría desconocida, pero la puerta era estrecha y sólo el Tomás creyente podía traspasar su umbral. Lo mismo que Jacob en su lucha nocturna, estaba siendo desafiado a un combate cuerpo a cuerpo con el único que podía bendecirme.

“-Mete aquí el dedo y mira mis manos; trae la mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, atrévete a creer...” Al obedecerle y acercarme a él, me di cuenta de que hasta ese momento sólo sabía de él de oído, mientras que ahora mis ojos deslumbrados

comenzaban a verlo y mis manos vacilantes estaban tocando a quien antes sólo conocía de lejos.

Tomás el Mellizo, dividido y desconfiado, era bautizado en las aguas torrenciales de un amor sin límites y recibía allí un nombre nuevo y único. Y se adentraba, a ciegas por fin y sin miedo, en la hendidura insondable de tu costado abierto, Señor mío y Dios mío...

La pecadora que ya no lo era (Lc 36-50)

Soy consciente de que todos conocen los rumores que circulan sobre mi pasado. También imagino que aunque no estuvieron presentes, saben lo que ocurrió aquel día en casa de Simón, el fariseo.

Pero lo que desconocen y nunca revelaré a nadie es el secreto del día en que nací de nuevo y que guardo celosamente, sin que nadie se atreva a preguntarme sobre ello, aunque deben notar en mis ojos el fulgor extraño que aparece cuando alguien nombra a Jesús.

Yo vivía desgarrada y rota en mi interior, entregada a poderes extraños, y el encuentro con Jesús fue para mí el momento en el que mi vida comenzó a pertenecerme y en el que conseguí firmeza y seguridad. Sentí que por fin podía existir sin más, sin que el peso del juicio de otros me aplastara y sin que mis propios temores me tuvieran encadenada.

Todo comenzó un sábado cuando, al pasar cerca de la sinagoga, oí los comentarios escandalizados de un grupo de fariseos: “¿Qué dirán que se ha atrevido a decir Jesús: ¡Las prostitutas los precederán en el Reino de los cielos!” Al verme, uno de ellos escupió con desprecio, mientras yo sonreía con amargura al reconocer a uno de mis más asiduos clientes. Pero aquellas extrañas palabras que había escuchado me dejaron perpleja: ¿Quién sería aquél hombre que se había arriesgado a pronunciarlas?

Por eso me fui un día con la multitud que se dirigía a Galilea para ver y escuchar a Jesús.

Muchos me miraban y cuchicheaban entre ellos y tuve que sentarme sola, lejos de todos, en el lugar de exclusión que yo misma había elegido. Lo vi llegar con su grupo de amigos, rodeado por la gente que se empujaba para tocarlo y me di cuenta de que uno de los suyos le dijo algo al oído mirándome, como avisándole de un peligro de impureza. Pero él no hizo caso y vino a sentarse cerca de donde yo estaba. Dirigiéndose a la gente comenzó a decir: “Sean compasivos como su Padre es compasivo. No juzguen y no sean juzgados; no condenen y no sean condenados. Perdonen y los perdonarán...”(Lc 6, 36-38).

Y fue entonces cuando me sentí mirada como nunca nadie lo había hecho: sin juicio, sin desprecio, sin codicia. Aquella mirada inundaba mi vida turbia con un chorro de agua limpia, y mi pasado quedaba

envuelto en un perdón sin límites, en una compasión sin orillas, en una confianza que me abría el futuro.

Volví a mi casa como si estuviera ebria, corté relaciones, rompí viejas costumbres, tomé la decisión de ir a su encuentro, de agradecerle el milagro que su perdón había creado en mí. Supe que Simón el Fariseo celebraba un convite en su casa y que Jesús estaba entre los invitados y, aunque era consciente de que mi presencia iba a escandalizarlos, me presenté allí con mi frasco de perfume y, aprovechando una distracción de los criados, irrumpí en la sala del banquete. Me situé detrás de donde Jesús estaba reclinado y, ante el estupor de los comensales, derramé sobre sus pies el perfume mezclado con mis lágrimas y lo fui secando con mis cabellos. Sentí las miradas reprobadoras de todos pero sólo había una que me importaba y era la de Jesús, y yo sabía que él que compartía mi secreto, estaba leyendo el agradecimiento que encerraba mi gesto. Para todos los demás, menos para él, yo estaba marcada por el sello del pecado, pero yo me sabía ya envuelta en el perdón y en la misericordia.

Escuché la parábola de los dos deudores que propuso a Simón y que también estaba dirigida a mí: en ella era yo quien poseía mayor capacidad de amar, precisamente porque mi deuda había sido inmensa y ahora amaba intensamente; y en cambio, era aquel fariseo intachable el que tenía que fijarse

en mí para saber cómo se acoge a un huésped y aprender de mis gestos de ternura y de gratitud.

Cuando entré en la sala del festín yo ya tenía otro nombre: era una pecadora que había sido perdonada. Al abandonar aquella sala en la que había conseguido derramar públicamente ante Jesús mi agradecimiento y mi perfume, me sentía a salvo del juicio condenatorio y del desprecio de los demás. Porque el perdón del Maestro me había puesto en pie y había hecho de mí una mujer nueva.

3. “TÚ TAMBIÉN ERES DE ELLOS”² (Mc 14, 70)

Cuando pensamos en los discípulos de Jesús, solemos recordar a los más importantes, a los que tienen un papel más destacado en los relatos evangélicos. Sin embargo, con frecuencia son los personajes secundarios quienes mejor encarnan las actitudes de los verdaderos discípulos y discipulas de Jesús.

A la hora de rastrear la personalidad de algunos discípulos del Evangelio, quizá menos conocidos pero igualmente atractivos, he seguido un triple criterio:

- a) Su pertenencia a diferentes evangelios sinópticos:
 - De Mateo he elegido a Andrés, el hermano de Pedro (Mt 4,18).
 - De Marcos, al ciego Bartimeo (Mc 10, 46-52) y a las mujeres presentes en la crucifixión (Mc 15, 40-41).
 - De Lucas, a María de Betania (Lc 10, 38-42).
- b) Que en su relación con Jesús aparezca alguno de los términos claves del discipulado:
 - El sustantivo discípulo (*mathetés*) o apóstol: así aparece denominado Andrés en Mt 10,1-2.
 - El verbo seguir (*akolouthein*), que expresa la condición básica del discipulado: el ciego Bar-

2. Publicado en *Reseña bíblica* 36, 2002, pgs.37-44

timeo (Mc 10, 46-52) y las mujeres en la crucifixión (Mc 15, 40) aparecen en el evangelio de Marcos como sujetos de ese verbo.

- La expresión “recordar sus palabras”, otro rasgo del discipulado, tiene como sujeto a las mujeres que van al sepulcro en la mañana de Pascua (Lc 24,8).
- La expresión “sentarse a los pies de...” es propia de los discípulos (Pablo define así su relación de discípulo de Gamaliel en Hch 22, 3). Es la postura de María de Betania según Lc 10,39.
- El título “maestro” puesto en boca de algunos personajes para dirigirse a Jesús: así lo llamó Bartimeo en Mc 10,51.

c) La tercera perspectiva adoptada ha sido la de elegir un personaje (en este caso la mujer que ungió a Jesús en Betania según Mc 14, 3-11) en el que no aparezcan de manera explícita términos “técnicos” del campo semántico del seguimiento, pero que presente rasgos del discipulado por su coincidencia con criterios y prácticas de Jesús.

Andrés

Su nombre en griego significa viril, heroico. Casi siempre aparece vinculado a Simón, su hermano, y compartiendo la casa con él. Suele aparecer en los evangelios como “el hermano de Pedro” (Mt 4,18),

también pescador de oficio (Mc 1,16) y compartiendo con él la casa en Cafarnaún: “Se dirigió a casa de Simón y Andrés” (Mc 1, 29). Según Juan, era natural de Betsaida: “Era Felipe de Betsaida la ciudad de Andrés y Pedro” (Jn 1, 44). Posteriormente fue escogido para permanecer junto a Jesús como discípulo y apóstol (Mt 10, 2; Mc 3, 18; Lc 6, 14; Hch 1, 13).

Los sinópticos no conservan ninguna palabra suya, excepto en el momento en que, junto con su hermano Pedro, con Santiago y Juan, pretendió saber el tiempo de la destrucción de la ciudad y el templo, así como la señal de la segunda venida de Cristo (Mc 13, 3).

En el evangelio de Juan aparece con perfiles más personales, como discípulo de Juan el Bautista: “Uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús era Andrés...” (Jn 1, 40). Las palabras de su maestro “Ahí está el cordero de Dios” (Jn 1, 16) lo incitan a seguir a Jesús y en su encuentro con él queda persuadido de estar ante el Mesías prometido (Jn 1, 35-42). Inmediatamente buscó a Simón para inducirlo a conocer a Jesús, y este actuar como intermediario es un rasgo característico de Andrés en el evangelio de Juan: también en el signo de los panes es quien presenta al muchacho que llevaba los cinco panes de cebada y los dos peces (Jn 6, 8-9) y quien, junto con Felipe, hace de puente entre los griegos que querían ver a Jesús y el Maestro (Jn 12, 22).

Andrés representa, por tanto, una cualidad esencial del discipulado: la de servir de nexo de comunicación, crear vínculos y redes que hagan posible a otros el encuentro con Jesús.

Según la tradición, predicó en el Ponto, Bitinia, Escitia, Tracia y otros lugares, y sufrió martirio en Patras de Acaya (Grecia), siendo crucificado el 30 de noviembre del año 60, en una cruz en forma de aspa. Se cuenta también que un barco que llevaba dos reliquias suyas se fue a pique en una bahía de Escocia, por lo que fue llamada en adelante bahía de San Andrés.

Los Hechos de Andrés, es una obra apócrifa que mezcla datos históricos con fantasías. El apóstol es encarcelado en Pairas porque ha convertido al cristianismo y convencido de la necesidad de la castidad total a Maximila, mujer del procónsul Egeates, y acaba por ser flagelado y crucificado.

Bartimeo

La presentación de este personaje, de quien sólo Marcos recuerda el nombre, está en el contexto de la subida a Jerusalén y es la escena inmediatamente anterior a la entrada en la ciudad (Mc 10, 46-52). En los capítulos que anteceden, Marcos ha descrito con tintes sombríos las actitudes de los discípulos: no han conseguido expulsar al demonio del muchacho epiléptico (Mc 9, 28); no entienden las palabras de

Jesús y tienen que preguntarle (Mc 9, 32); discuten por el primer puesto y aparecen como competitivos y ambiciosos (Mc 9, 34; 10,35-39); se equivocan tratando de impedir que otros echen demonios sin permanecer al grupo de Jesús (Mc 9,38); prohíben que unas madres lleven sus niños a Jesús y éste tiene que corregir su conducta (Mc 10,13); van subiendo hacia Jerusalén, pero a regañadientes, con miedo y resistencia (Mc 10, 32). Tampoco el joven rico se decide por el seguimiento y, aunque al inicio reconoce a Jesús como maestro, no es capaz de asumir sus exigencias ni de asimilar la nueva sabiduría con respecto a los bienes que el Maestro le propone (Mc 10, 17). El lector de estos capítulos concluye que, aunque Jesús aparece rodeado de gente, en realidad está subiendo solo a Jerusalén y sus discípulos están lejos de comportarse como tales.

El personaje de Bartimeo va a ser, en cambio, la encarnación del verdadero discípulo, y la escena de su curación es, a la vez, una descripción de su itinerario creyente.

La escena tiene lugar a la salida de Jericó, y la situación marginal de Bartimeo es descrita de manera magistral con sólo tres pinceladas: es mendigo, está ciego y se encuentra sentado al borde del camino. Es alguien privado de luz y de bienes temporales, y alejado de la marcha del fluido de la vida simbolizada por el camino. Es significativa la diferencia entre

lo que oye (oyendo que era Jesús de Nazaret...) y lo que se pone a gritar: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!” Hay un primer reconocimiento mesiánico en sus palabras que salva la distancia entre un nazareno y un habitante de Jericó. Bartimeo apela a un antepasado común y las diferencias entre galileos y judíos aparecen ya insignificantes.

Marcos subraya su insistencia y decisión de seguir gritando a pesar de que muchos intentan callarlo. Él gritaba más fuerte. La frase que sigue es el primer indicio de esperanza para el ciego, si Jesús hubiera seguido caminando y él sentado, la distancia entre ambos habría sido insalvable, pero Jesús se detuvo y dijo: “Llámenlo”. Su orden se traduce con tres verbos, dos imperativos: “ten ánimo, levántate”, que se apoyan sobre un indicativo: “te llama”, como indicando que toda posibilidad de recobrar la fuerza y el ánimo y de ponerse en pie era posible gracias a la fuerza de esa llamada.

La reacción de Bartimeo es inmediata: “Se quitó el manto, se puso de pie y se dirigió a Jesús”.

Quizá tenía el manto no puesto, sino extendido para recoger las monedas, pero en todo caso el manto representaba su vida anterior, un pasado del que quería liberarse.

Al llegar junto a Jesús, la distancia entre ambos ha desaparecido y en el diálogo con él, Bartimeo da un paso más y, al llamar maestro a Jesús, se sitúa

en postura de discípulo. Es esa actitud la que Jesús reconoce como fe y a la que devuelve el poder de la sanación: “Ve, tu fe te ha salvado”. Él, al instante, recobró la vista y lo seguía por el camino.

Marcos parece comunicarnos que por fin Jesús ha encontrado un verdadero discípulo, ya no sube solo a Jerusalén; alguien ha salido de las tinieblas y ha sido incorporado a la trayectoria pascual del Maestro.

María de Betania

En el contexto de su predicación itinerante, Jesús encuentra hospitalidad en casa de dos hermanas: “Según iban de camino, Jesús entró en una aldea y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Tenía Marta una hermana llamada María...” (Lc 10, 38).

Su actitud de acogida contrasta con la de los samaritanos que se habían negado a recibir a Jesús, según Lc 9,52-53, y nos revela la importancia de las casas acogedoras en la primitiva Iglesia: lo que Jesús experimenta en Betania es lo mismo que experimentarán Pedro en casa de la madre de Juan “por sobrenombre Marcos” (Hch 12, 12) y Pablo en casa de Lidia (Hch 16, 40). “La hospitalidad es una forma de culto”, afirma el Talmud.

Mientras que la actitud de Marta es la “correcta” según los parámetros de la época (desvivirse en el servicio), María adopta una actitud extraña y escandaloso-

sa: se sienta a los pies de Jesús, es decir, se pone en la actitud del discipulado (eso significa “sentarse a los pies de...”; cf. Hch 22,3), en una situación vedada para ella por su condición de mujer sin acceso a la instrucción, pues la casa de estudio estaba abierta solamente a los hombres. También Jesús quebranta la norma rabínica que impedía a un maestro tomar como discípulas a mujeres. “No tomes asiento con mujeres”, aconsejaba con severidad el Eclesiástico (42,12), y Marta se lo reprocha veladamente. Pero Jesús toma partido por María y la hace salir del ámbito cerrado que la confinaba exclusivamente en lo doméstico para hacerla entrar en el de la relación, la escucha, el diálogo, la palabra.

En el AT, la postura de reposo evoca el clima favorable a la intimidad, la comunicación, el diálogo personal: estar sentado expresa la permanencia, el habitar sosegadamente, la comunidad familiar. Estar sentado en presencia de Yahvé, a su sombra (Sal 91, 1), sugiere una forma de relación estrecha, una atención despierta que se abre para acoger su Palabra. Estar sentado es integrarse en un grupo para hacerse uno con sus miembros (Sal 50, 20; 101, 7).

El reproche de ansiedad que Jesús hace a Marta va en la línea de lo que, según Lc 8,14, impide el crecimiento de la semilla y refuerza la recomendación de Jesús: “No se preocupen” (Lc 12, 11; 22, 25; 21, 34). La atención de María estaba focalizada en una sola cosa.

No hay en el texto una infravaloración de la acción: en el contexto inmediatamente anterior, el samaritano aparece como modelo humano precisamente por lo que ha hecho por el hombre herido del camino. Lo que Lucas pone de relieve es la prioridad de la escucha de la Palabra frente a un activismo compulsivo y sin dirección. María encarna la actitud radical del discipulado que se caracteriza por la disponibilidad y acogida de la Palabra: “Les digo que muchos profetas y reyes quisieron escuchar lo que ustedes escuchan y no lo escucharon” (Lc 10, 24).

Juan retoma en su evangelio la figura de María relatando la resurrección de Lázaro, cuando Marta le dice de parte de Jesús: “El Maestro está aquí y te llama”, y ella “se alzó a toda prisa y se dirigió hacia él” (Jn 11, 28-29). En la cena que Lázaro ofrece a Jesús seis días antes de la Pascua, (Jn 12, 1-11), ella toma la iniciativa de ungir con perfume los pies de Jesús: no sólo recibe, también da.

En ambos evangelistas, María se desvía de lo convencional y aparece caracterizada por su dimensión relacional de verdadera discípula que ama, conoce y se adhiere a Jesús y él sale en su defensa.

La mujer que ungió a Jesús en Betania

La actuación sanadora de Jesús se inaugura en Marcos con la curación de la suegra de Pedro (1, 29-31), y en su última aparición pública antes de la

pasión tiene lugar la unción de una mujer en casa de Simón el leproso (Mc 14, 3-11).

El personaje de la mujer aparece situado estratégicamente entre dos datos sobre el complot para dar muerte a Jesús: “Faltaban dos días para la Pascua. Los sumos sacerdotes y letrados buscaban apoderarse de él con una estratagema y darle muerte. Pero decían que no debía ser durante las fiestas, para que no se amotinase el pueblo. (...) Judas Iscariote, uno de los Doce, se dirigió a los sumos sacerdotes para entregárselo. Al oírlo se alegraron y se comprometieron a darle dinero. Y él se puso a buscar una oportunidad para entregárselo” (Mc 14, 1-2.10-11).

Aquellos de quienes más fidelidad podría esperarse (los jefes religiosos y uno de los discípulos de Jesús) están tramando su pérdida, mientras que una mujer anónima va a envolverlo en un perfume de fiesta.

En el centro de la trama, junto a un Jesús acosado por los lazos de la muerte, aparece ella claramente situada a su favor. La escena tiene lugar en Betania y no en Jerusalén ni en un espacio cúllico, sino profano: en casa de Simón el leproso, cuyo nombre se asocia inmediatamente al ámbito de la impureza y el alejamiento de la santidad. Estamos ante una alternativa al mundo de lo sagrado, lo mismo que ocurría en el encuentro con la mujer del flujo de sangre (impura por su enfermedad) y la sirofenicia (impura por su condición de pagana).

El anonimato de la mujer permite al lector identificarse con ella, y su gesto se inscribe dentro de lo que se espera de un verdadero discípulo:

- En medio de la ceguera de los que rodean a Jesús, ella ha sabido reconocer el *kairós*, el momento decisivo que se acerca, y ha obedecido el mandato de Jesús de permanecer vigilante (Mc 13, 33).

- No viene a pedir nada, sino a ofrecer gratuitamente, obedeciendo la palabra de Jesús: “La medida con que midan la usaran con ustedes” (Mc 4, 24).

- Jesús dirá: “Vayan por todo el mundo proclamando la buena noticia a toda la humanidad” (Mc 16, 15). Ella se ha anticipado a su mandato.

- Jesús había preguntado: “¿Quién dice la gente que soy yo?” (Mc 8, 27). Ella da su respuesta sin pronunciar una palabra y, con su unción, lo proclama Rey y Mesías.

- Su gesto de derroche y vaciamiento la ha puesto en el camino de esa pérdida que, según Jesús, conduce a la ganancia (Mc 8, 35).

- Al revés que el joven rico (Mc 10, 21), ella parece haber concentrado todo su poseer en el perfume de gran precio y lo ha dado al pobre por excelencia, a aquel que sólo posee unas pocas horas de vida.

- Como discípula del Hijo del hombre, que no ha venido a ser servido sino a servir (Mc 10, 45), ella toma el camino del servicio y con su gesto de derramar el

perfume se está anticipando al de Jesús en su última cena: “Ésta es mi sangre derramada por muchos” (Mc 14, 24) y está cumpliendo el primer mandamiento de amar sobre todas las cosas (Mc 12, 29).

- Lo mismo que la viuda pobre que para Jesús ha dado “todo lo que tenía” (Mc 12, 44), ella hace, según Jesús, “lo que podía”.

- Siguiendo la recomendación de Jesús: “No se preocupen por su defensa” (Mc 13, 11), deja que sea Jesús mismo quien tome partido por ella ante las críticas de los comensales.

Su gesto y su recuerdo siguen vivos en la memoria de la comunidad cristiana, junto con todos aquellos hombres y mujeres que tomaron, en un momento de su vida, la decisión del seguimiento.

Mujeres junto a la cruz de Jesús

Marcos las presenta “mirando a distancia”, y nos da tres nombres: María Magdalena; María, madre de Santiago el menor y de José; y Salomé (...) y otras muchas (Mc 15, 40-41).

“Mirar de lejos” evoca su impotencia para abolir la distancia entre él y ellas, y dice algo de su debilidad y, a la vez, de su perseverancia y su adhesión al crucificado. Se sitúan a distancia de los que lo han condenado y también de los discípulos, que, según la tradición de Marcos, han huido en el arresto de

Jesús. Pedro, el único que lo seguía, acabó negándolo (Mc 14, 66-72).

En el medio hostil que rodea a Jesús, las mujeres son las únicas que permanecen fieles, y Marcos las hace sujetos de tres acciones centrales del discipulado: lo habían seguido (*akoluthein*), lo servían (*diakonein*) y habían subido con él a Jerusalén. Lo mismo que Bartimeo, ellas no se han detenido en el momento de la prueba; se han mantenido en el seguimiento, han adoptado el servicio como actitud característica de la comunidad aprendida de Jesús y han acompañado al Maestro hasta el final en su subida a la Pascua.

“Ellas salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo...”

Mujeres en la mañana de Pascua

El final del evangelio según Marcos es así de abrupto. No acaba, como los otros, con apariciones del Resucitado, con envío de éste a los Doce, ni con palabras de consuelo o de ánimo. Hasta tal punto debió resultar chocante para las primeras comunidades que se le añadió, tardíamente, un final más acorde con el de los otros evangelios. Vamos a detenernos en el final primitivo y a tratar de desentrañar lo que encierra para nosotros por debajo de su aparente extrañeza.

En primer lugar, encontramos a unas mujeres “mirróforas”, es decir, portadoras de perfumes, que madrugan para ir a embalsamar el cuerpo de Jesús. La alusión al “primer día de la semana” y a la “salida del sol” acompañan su aparición en escena sumergiéndolas en un universo de nuevas significaciones: estamos en el comienzo de la nueva creación y la luz del Resucitado las envuelve en su resplandor. Son conscientes del tamaño de la piedra y de su imposibilidad de moverla, pero eso no es un obstáculo en su determinación de ir a embalsamar el cuerpo de Jesús.

El joven sentado del lado derecho y vestido con una túnica blanca les dice: “No teman. Buscan a Jesús de Nazaret, el crucificado, no está aquí. Vean el lugar donde lo pusieron.”

Los títulos que se dan a Jesús, *Nazareno* y *Crucificado*, nos remiten necesariamente al primer capítulo de Marcos: “Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (Mc 1,1) y nos hacen comprender algo del proyecto teológico del evangelista: los dos títulos del comienzo se van llenando de un contenido sorprendente según va avanzando su libro y el lector/catecúmeno va aprendiendo con asombro que el modo concreto elegido por el Padre para su Cristo y su Hijo no es el del triunfo, la gloria, el poderío o el resplandor luminoso sino la oscura condición de un nazareno tenido por “uno de tantos” y el destino trágico de una muerte en cruz.

Al llegar al final del evangelio de Marcos ya nadie puede engañarse: para reconocer al Cristo Hijo de Dios hay que bajar y no subir, hay que contar con el fracaso y con el dolor, hay que hacer callar a muchas imágenes falsas de Dios para abrirse a la que se nos revela en aquel galileo crucificado fuera de las murallas de Jerusalén.

Por eso, el final convoca a una cita en Galilea: “Vayan a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de ustedes a Galilea; allí lo verán, como les dije”. Cada seguidor del Cristo Hijo de Dios tendrá, a su vez, que dar contenido a su condición de discípulo en la Galilea de su vida, tendrá que ir verificando la autenticidad de su seguimiento en el esfuerzo por ir acompasando su camino al de aquél que pasó haciendo el bien y no rehuendo ningún quebrantamiento ni ninguna dolencia, sino haciéndose próximo a todo ello para sanarlo cargándolo sobre sí.

El temor de las mujeres y su silencio se convierten así en un cortejo adecuado para el itinerario al que se invita al cristiano: ir a Galilea no es fácil y puede inspirar temor porque ahora ya sabemos cuál fue el final del que recorrió sus ciudades y sus caminos. Y lo que importa no es hablar sino seguir con atención el rastro de sus huellas. Pero el anuncio encierra una promesa que es ya, de por sí, la mejor noticia: el que ya no se deja encerrar por la noche del sepulcro, ha tomado la delantera y espera en Galilea a los que quieran reunirse con él. Allí lo verán.

Un romance castellano nos ayuda a entender esas palabras:

“Sólo digo mi canción
a aquel que conmigo va...”

Sólo encuentra al Resucitado el que se decide a encontrar al Crucificado. Sólo conoce a Jesús el que camina a su lado intentando hacer lo que él hizo. Sólo lo re-conoce quien va “teniendo parte con él” en el lavar los pies, servir a los hermanos y partir con ellos el pan.

Capítulo II

El espíritu: memoria y aliento del discipulado

“¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?, ¿podrá entrar de nuevo en el vientre de su madre para volver a nacer?...(Jn 3,4)”. En el itinerario del discipulado a todos nos asalta en algún momento la pregunta de Nicodemo: ¿seremos capaces de “nacer de nuevo”, de adaptar nuestra vieja mentalidad, nuestras endurecidas costumbres a la novedad del Evangelio de Jesús, a sus extraños criterios, preferencias y opciones? Pero si hacemos descansar el proceso sobre nuestras propias posibilidades, nos invaden el escepticismo y el desánimo: nos hemos quedado en lo de “nacer” y se nos ha olvidado que Jesús habla de “nacer de arriba” como acción de su Espíritu, capaz de crear y re-crear, de re-construir, re-hacer y re-novar. Es él el agente de ese “nacer de nuevo” como discípulo, no somos nosotros. Es su acción la que puede generarnos “de arriba” para que entremos en el Reino, ese ámbito donde adherirnos y vincularnos de modo estable a Jesús.

Por eso necesitamos invocarlo y no sólo con los preciosos nombres que los himnos medievales le han dado: dulce huésped del alma, sombra en medio del calor, brisa que nos refresca, llama que

derrite nuestro hielo... También podemos ejercer la misma audacia creativa de los que compusieron los himnos y secuencias que hoy seguimos leyendo y orando y nos es lícito, conveniente y saludable continuar buscando en las experiencias de nuestra vida cotidiana y en las claves del mundo en que vivimos, el lenguaje que hoy pueda e- vocar y pro- vocar nuestra imaginación a la hora de expresar nuestra vivencia espiritual.

Las imágenes que siguen proceden de diferentes ámbitos (el mundo profesional, deportivo o económico...) que no son ni más ni menos adecuados a la experiencia del Espíritu que el de la naturaleza (fuego, viento, luz, paloma...). También Jesús hablaba de candiles, remiendos, rebaños, arcas o pellejos de vino para acercar a nosotros el misterio del Reino. Además estas imágenes están expresadas en femenino porque la palabra con que el AT expresa la fuerza espiritual divina, ruah, es un término femenino y ya tenemos el lenguaje sobre Dios demasiado marcado por rasgos masculinos como para desaprovechar la ocasión de traducirla de vez en cuando con coherencia.

Propongo que nos abramos en algunos tiempos de oración a que nos alcance el contenido de estas nuevas “invocaciones” al Espíritu³:

³ Publicado como “Nombres nuevos para el Espíritu”: Testimonio 165, Enero-Febrero 1998

Ven, buceadora de nuestras profundidades

La imagen es de Pablo en la carta a los Corintios: “A nosotros nos los ha revelado Dios por medio del Espíritu; porque el Espíritu lo sondea todo, incluso las profundidades de Dios. ¿Quién conoce lo que es propio del ser humano sino el espíritu humano dentro de él. Del mismo modo nadie conoce lo propio de Dios si no es el Espíritu de Dios” (1Cor 2, 10-12).

Desde que a partir de Freud se empezó a hablar del subconsciente, podemos tener con frecuencia la impresión de que no conocemos de nosotros mismos más que una pequeña parte mientras que se nos escapa el fondo último de nuestro ser. Y los que han emprendido la aventura de explorarlo se han encontrado con un “abismo submarino” del que apenas sospechaban la existencia. Diecinueve siglos antes de Freud, Pablo tuvo la osadía de afirmar que lo más hondo y más secreto de nuestro ser no es una habitación oscura ocupada por instintos incontrolables, sino que está habitado por el Espíritu de Jesús que, desde ahí, intercede por nosotros con un lenguaje que más que intentar comprender, hay que tratar de acoger en un silencio agradecido.

- *Dedica un tiempo de oración a hacerte consciente de esa presencia que te habita, mucho más allá de lo que tú mismo puedes sentir o experimentar. Puede ayudarte respirar sosegada y profundamente, tratando de*

situarte desde esa zona de tu cuerpo que los orientales llaman hara o plexo solar. En éste sentimos que acontece la respiración y ayuda a descender del nivel de los pensamientos y las ideas hacia otra zona más silenciosa y receptiva de nuestro ser. Y desde ahí, únete a la voz inaudible pero real del Espíritu que en ti está ya en comunicación con Dios, Padre y Madre nuestra, y le habla con el lenguaje familiar de los hijos.

- *Quizá en algunos momentos sientas con más fuerza tus carencias y tu pobreza y tengas la tentación de pensar que no hay en ti nada digno de amor. Es la ocasión de recordar que, mucho más allá de ese vacío que experimentas, estás habitado por un amor que te ha sido concedido como don y por una Presencia que, desde el fondo de ese abismo, está orando al Padre y “consiguiendo” que te mire con ternura porque ve en ti la imagen de Jesús.*

- *Puedes pensar también en personas con las que tienes dificultad de relación, con las que no eres capaz de comunicarte, y mirarlas como habitadas también en lo más profundo de sí mismas por el Espíritu. Pídele que te ayude a descubrir ese fondo de su bondad última que tú no eres capaz de descubrir sólo.*

Ven, entrenadora de nuestro juego

“Cuando venga el Paráclito que yo les enviaré de parte del Padre, él dará testimonio de mí” (Jn 15, 26). La palabra “Paráclito” viene de un verbo griego que expresa la acción de confortar, defender, exhortar, animar... Suele traducirse como “defensor”, pensando seguramente en el papel que hace el abogado con su cliente, pero existen otros ámbitos, aparte del jurídico, que iluminan también en qué consiste la acción del Espíritu. Uno de ellos es el del deporte y, dentro de él, la figura del entrenador de un atleta o de un equipo es un personaje que simboliza bien esa acción de “estar a favor”, de implicarse, de emplear todas sus energías, saberes y estrategias al servicio de los que entrena. Y no hay nadie que tenga más empeño que él en conseguir que jueguen bien y que alcancen la victoria aquellos a los que ha dedicado su tiempo y su esfuerzo.

Pablo, familiarizado con las competiciones atléticas, emplea este lenguaje con frecuencia para hablar de la vida cristiana: “Olvidando lo que queda atrás, me esfuerzo por lo que hay por delante y corro hacia la meta, hacia el premio al cual me llamó Dios desde arriba por medio de Cristo Jesús” (Fil 3, 13). Define a los competidores como “los deseos del instinto” (o de “la carne”) y los imagina como interponiéndose en la carrera del cristiano para impedirle llegar a la meta: “Corrían muy bien ¿quién se interpuso para que no

siguieran la verdad? (...) Les encargo que procedan según el Espíritu y no ejecuten los deseos del instinto. Pues el instinto desea contra el Espíritu y el Espíritu contra el instinto y son tan opuestos que no hacen lo que quieren” (Gal 4, 7.16-17).

En este juego de nuestra vida cristiana, sabemos que podemos contar siempre con una “entrenadora” que está siempre de nuestra parte, que nos anima y nos estimula, que conoce bien nuestros recursos y también nuestros fallos y que puede enseñarnos a sacar partido de todo ello para conseguir la victoria.

• *En un tiempo de oración, puedes mirar junto con esa “Entrenadora” que te ha concedido el Padre cómo va el juego de tu vida: ¿lo sientes como una maratón, una carrera, un partido de tenis o de fútbol, una partida de ajedrez, un torneo de cartas...? Pídele que te haga más consciente de su interés en que consigas el éxito y saques lo mejor de ti mismo. Habla con ella de tus dificultades, de tus cansancios, de tus triunfos y tus derrotas y pídele que te enseñe las estrategias que necesitas para llegar hasta el final y no abandonar.*

Ven, controladora de nuestra denominación de origen

Dentro del lenguaje del mercado y del consumo, se da hoy mucha importancia a las denominaciones

de origen y se pretende que los productos que la merecen lleven una etiqueta o una marca que testifique si son *pura lana virgen, Algodón 100%, Vino de La Rioja, o Made in Taiwan.*

Pablo nos recuerda cuál es nuestra denominación de origen: “El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos: herederos de Dios, coherederos con Cristo” (Rom 8,16); “...ha sido sellado con el Espíritu Santo prometido, que es prenda de nuestra herencia” (Ef 1,13b).

Estamos, por tanto, marcados por un sello que dice quiénes somos y nos habla de nuestra verdadera procedencia: “No han recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos permite clamar: *Abba, Padre*” (Rom 8, 14). “Son raza escogida, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para proclamar la grandeza del que los llamó de las tinieblas a su luz maravillosa”, proclama la Primera carta de Pedro (2, 9) y Pablo no dejaba que los Filipenses olvidaran qué nacionalidad figuraba en su “pasaporte”: “Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos recibir al Señor Jesucristo...” (Fil 3, 20).

• *Dedica un tiempo de lectura orante a encontrar tu “denominación de origen” en las cartas a los Efesios o a los Colosenses ; o en Jn 10,1-21. Haz una pausa en aquellas palabras*

que expresen mejor para ti la gracia a la que estás llamado y pídele al Espíritu que te la recuerde y no deje que la “adulteres” o perviertas.

- *Escucha como dirigidas a ti estas palabras del profeta Baruc: “Vuélvete, Jacob a recibirla, camina a la claridad de su resplandor; no entregues a otros tu gloria, ni tu dignidad a un pueblo extranjero. ¡Dichosos nosotros, Israel, que conocemos lo que agrada al Señor!” (Bar 4, 2-4). Piensa lo que puede significar para ti en este momento concreto de tu vida “entregar a otros tu gloria” o “caminar a la luz” de ese nombre que es el tuyo.*

- *Haz después lo mismo en clave colectiva: lee el Salmo 8 en el que un orante descubre con asombro al ser humano “coronado de gloria y dignidad”. Únete al Espíritu en el clamor por todos los hombres y mujeres de nuestro mundo a quienes se pisotea y aplasta hoy esa dignidad.*

Ven, cazatalentos de nuestra empresa

En el mundo empresarial existen hoy personas dedicadas a revisar el curriculum de los que solicitan un trabajo, buscar quién puede desempeñarlo mejor, entrevistar a los que lo solicitan para detectar genios, ofrecer sueldos millonarios cuando encuentran a alguno para no dejarlo escapar.

En esta empresa de llegar a ser seguidores de Jesús que nos traemos entre manos, nosotros no siempre acertamos a la hora de encontrar los recursos, con frecuencia desaprovechamos ocasiones que nos traerían enormes dividendos en acciones del Reino y no somos lo bastante despabilados para arrimarnos a personas que nos ayudarían con su consejo y asesoramiento.

Pablo nos previene de un “espíritu mundano” que puede infiltrarse en nuestra empresa no para hacernos ganar, sino para hacernos perder; no para darnos la verdadera sagacidad que nos haga comprender las leyes del Reino, sino para confundirnos y equivocarnos. Por eso, necesitamos del Espíritu y su sabiduría y por eso él es el “cazatalentos” que nos orienta en la elección de todo lo que puede ir a favor de nuestro verdadero negocio.

- *Puedes leer el capítulo 9 del libro de la Sabiduría donde un creyente pide esa capacidad de conocer en cada momento cuál es el camino que conduce hacia el Señor. Léelo una segunda vez poniendo la palabra “Espíritu Santo” donde el texto dice “Sabiduría”. Haz lo mismo con este bellissimo poema del libro de Job que leído desde esta clave ofrece imágenes de búsqueda de algo valioso, descubrimiento de lo escondido, precios que hay que pagar para conseguirlo:*

“Tiene la plata veneros,
el oro un lugar para refinarlo,
el hierro se extrae de la tierra,
el hombre echa mano del pedernal,
descuaja las montañas de raíz;
en la roca hiende galerías,
atenta su mirada a todo lo precioso.(...)
Pero la Sabiduría ¿de dónde se saca?
¿dónde está el yacimiento de la prudencia? (...)
No se da a cambio de oro puro
ni se le pesa plata como precio,
no se iguala al oro de Ofir,
a ónices preciosos o zafiros (...)
Sólo Dios sabe su camino,
sólo él conoce su yacimiento” (Job 28,1-23).

Pídele al Espíritu que te conceda la sabiduría del evangelio y te descubra los lugares donde se esconde y donde quizá no se te ocurriría ir a buscarla: en la gente más perdida, en los lugares de abajo, allí donde alguien vive con el talante de las bienaventuranzas.

• Hazte un “mapa de relaciones” y trata de descubrir entre esas personas que te rodean, en cuáles encuentras verdadera ayuda para vivir en la dirección del evangelio. Quizá no coincidan necesariamente con las que te hablan en “lenguaje cristiano” pero puede ser que en ellas encuentres anónimamente rasgos de Jesús, gestos que te lo recuerdan, actitu-

des que te invitan a vivir de una manera más auténtica, a juzgar y a actuar en claves de generosidad, de sencillez de vida, de atención a los otros...

Alégrate de conocer a esas personas, pídele a la “cazatalentos” de tu empresa que no te deje perderlas de vista, que te ayude a descubrir en muchas otras las cualidades y valores que ocultan y que quizá aún no has descubierto.

Lee este texto de Ben Sira poniendo rostros concretos a esas personas “inteligentes” por las que, según el sabio Ben Sira, vale la pena madrugar y visitar con tanta frecuencia que se “desgasten sus umbrales”:

“Si quieres, hijo mío, llegarás a sabio;
si te empeñas, llegarás a sagaz;
si te gusta escuchar, aprenderás,
si prestas oído, te instruirás.
Asiste a la reunión de los ancianos
y si hay uno sensato, pégate a él
procura escuchar toda clase de explicaciones
no se te escape un proverbio sensato;
observa quién es inteligente
y madruga para visitarlo,
que tus pies desgasten sus umbrales”
(Eclo 6, 32-34).

Ven, consejera de nuestras inversiones

Son frecuentes en el evangelio las imágenes “financieras” para hablar del Reino: “No atesoren riquezas en la tierra donde roen la polilla y la carcoma, donde los ladrones abren brecha y roban. Atesora riquezas en el cielo, donde no roen polilla ni carcoma, donde los ladrones no abren brechas ni roban. Pues donde está tu tesoro, allí estará tu corazón” (Mt 6,19-20). “El Reino de los cielos se parece a un hombre que se marchaba al extranjero y antes llamó a sus criados y les encomendó sus posesiones...” (Mt 25,14). “El Reino de Dios se parece a un tesoro escondido en un campo...”(Mt 13, 44).

Y Jesús se quejaba a veces de que nosotros, tan astutos para todo lo que es ganar dinero, no desplegamos la misma sagacidad para administrar los bienes del Reino y nos comportamos con torpeza y necedad, precisamente en lo que podría ser la gran ganancia de nuestra vida.

En el mundo de las finanzas hoy, existe la figura del “consejo de administración o de inversiones” en el que personas expertas en economía asesoran a los banqueros a la hora de las grandes operaciones que mueven cientos de millones. Podríamos decir que el Espíritu actúa en nuestra vida, si lo dejamos, aconsejándonos que imitemos en nuestras inversiones a aquel personaje de la parábola de Lucas al que conocemos como “el administrador infiel” (Lc

16, 1-13) pero al que Jesús calificó de inteligente y puso como ejemplo para las cosas del Reino: “Les digo que con el dinero sucio se ganen amigos, de modo que, cuando se acabe, los reciban en la morada eterna” (Lc 16, 9). Y podríamos pensar que Zaqueo, al tirar la casa por la ventana, devolver todo el dinero del que se había apropiado indebidamente y dar a los perjudicados el cuádruplo, estaba siendo dócil a una *Consejera de inversiones* que le dejó en números rojos la cuenta corriente, pero, a cambio, logró que Jesús declarara emocionado: “Hoy ha entrado la salvación en esta casa” y entregara a Zaqueo el más valioso bono del tesoro: el nombre de “hijo de Abraham” (Lc 19, 9). En cambio, el joven rico no aceptó el consejo de cambio de inversiones que le propuso Jesús: “Vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo” y el resultado fue que, al quedarse con sus bienes colocados según su vieja costumbre de acumulación, temeroso de invertirlos en la arriesgada empresa del seguimiento, le ocasionó unos inexplicables dividendos de tristeza (Mc 10, 17-22).

• *Siéntate sin prisa para dedicar un tiempo a repasar cuentas con tu consejera de inversiones. Habla con ella sobre dónde está tu tesoro y, por lo tanto, tu corazón; de cómo estás invirtiendo los talentos que se te han entregado: tus cualidades, tus saberes, tu tiempo, tus energías, tu ternura..., si estás aprovechando*

todo eso al servicio de los que más lo necesitan o si lo estás despilfarrando o enterrando bajo tierra.

• *Pídele dirección y consejo para todo ello, háblale de tu deseo de poner tu vida, allí donde estés, a favor de los desposeídos del mundo y a su servicio. Y recuérdale a Jesús su promesa: “el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que yo les dije” (Jn 14, 16).*

Ven, defensora de nuestro pueblo

Todos conocemos esta figura de los gobiernos democráticos: una persona, elegida por el partido del gobierno después de consensuarlo con los otros partidos, tiene como misión defender los derechos de los ciudadanos de su país y velar por ellos; todos pueden acudir a él con sus quejas y reivindicaciones y se supone que son las minorías y los grupos o individuos más indefensos los que serán objeto de su atención preferente.

Hoy, cuando tanto nos tienta el individualismo y tenemos la sensación de que “cada uno va a lo suyo”, es una fuente de alegría recordar que en medio de nosotros y a nuestro alcance, habita el Espíritu como *defensora de nuestro pueblo* y que su inspiración nos empuja en la dirección de pensar en clave “nosotros” más que en clave “yo”; a tener una

atención preferente a los aspectos comunitarios o colectivos de nuestra vida; a sentirnos miembros de ese inmenso Pueblo de Dios que es la Iglesia; a recordar que formamos también un cuerpo con todo el cosmos y que lo que le ocurre a la “hermana tierra” es cosa nuestra...

Pablo recordaba a los Corintios: “El primer hombre, Adán, se convirtió en un ser vivo; el último Adán se hizo un espíritu que da vida” (1Cor 15, 45). Y así Cristo que es ese “último Adán”, aparece no como el que se apropia la vida para sí mismo y la retiene como el sediento que bebe con ansiedad, sino como quien entrega esa vida, lo mismo que una fuente que mana gratuitamente.

• *Dedica un tiempo de oración a sentirte uno con el mundo ancho, inabarcable, desbordante de seres vivos y con la humanidad que lo puebla, llena de esperanzas y de sufrimientos, de gozos y de problemas. Aviva tu fe en que, en el corazón de este inmenso pueblo, ha sido derramada una energía divina que, si dejamos que nos conduzca, puede convertirnos, como ella, en dadores de vida y creadores de comunión. Abrete a su presencia activa, defensora de ese pueblo, y siéntete instrumento suyo para llegar a ser tú mismo defensor de tus hermanos, alguien que trata, con su hacer y su decir, de alimentar, cuidar y hacer crecer la vida a su alrededor.*

Ven, amiga de la novia

El evangelio de Juan pone en boca del Bautista estas palabras: “La novia pertenece al novio. El amigo del novio que está junto a él y lo escucha, se alegra mucho al oír la voz del novio, por eso mi alegría se ha hecho plena” (Jn 3, 29). Y define al amigo del novio como a alguien que tiene puesta toda su alegría fuera de sí mismo: en escuchar la voz de su amigo y en participar en su encuentro con la novia que ha venido a buscar.

El final del Apocalipsis nos pone delante una escena parecida pero desde otra perspectiva: ahora es la novia la que tiene junto a ella a esa Amiga a la que puede unir su voz y el fuego de su deseo de que el Señor vuelva: “El Espíritu y la novia dicen: ¡Ven!” (Ap 21, 17). También Pablo hablaba en la carta a los Romanos de esta presencia fiel y amistosa del Espíritu que “viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rm 8, 26).

En un precioso libro de Sally Mc Fague, *Modelos de Dios*, la autora propone enriquecer nuestras imágenes de Dios viéndolo como madre, amante y amigo y habla del Espíritu como Aquel o Aquella a quien corresponde entablar con nosotros este modo de relación que es la amistad. Y ser amigos de Dios es la posibilidad más asombrosa porque mientras

una madre desea tu existencia y un amante te considera valioso, a un amigo le gustas.

• *Durante un tiempo de oración, trata de aceptar esta propuesta de pensar en el Espíritu como amiga incondicional a tu lado. Ensancha tu imaginación y sobre todo tu fe en que está ahí haciéndose cargo de tus limitaciones y tu pobreza, ofreciéndote la autenticidad y la fuerza de su oración para que apoyes en ella la tuya y se avive en ti el deseo del encuentro con Jesús.*

“Los amantes están normalmente frente a frente, absortos el uno en el otro; los amigos, uno al lado del otro, absortos en un interés común”, dice C.S. Lewis. No se trata de dos que se miran el uno al otro, sino que juntos, vuelven el rostro hacia el proyecto común que es el fundamento de su amistad. Por eso, el Espíritu invita constantemente a la Novia que es la Iglesia y a cada uno de los que la formamos, a participar en su proyecto inclusivo sobre el mundo, a unirnos a su sueño y a trabajar por su realización.

• *Puedes hacer un rato de oración delante de una esfera del mundo o de un mapa y caer en la cuenta de que, como dice Pablo, la humanidad “gime con dolores de parto esperando que se manifieste lo que serán los hijos de Dios” (Rm 8, 19.22). Y que esta*

humanidad que somos y a quien Dios ama como un novio a su novia, cuenta para ese parto con el Espíritu/Amiga que, junto a ella le ayuda a alumbrar la vida nueva de los hijos e hijas de Dios.

Capítulo III

Madre y discípula del Señor

“Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” (Lc 8, 21). Para María llegar a ser madre de Jesús fue, a la vez que acogida de la gracia, un acto libre y personal, resultado de su escucha creyente de la Palabra. Y nos concierne a nosotros al recordarnos que la última palabra de Dios no es la distancia infinita sino la infinita proximidad, y que su santidad no consiste en su inaccesibilidad sino en el amor que lo llevó a hacerse uno de nosotros. Nos enseña también que “hacernos discípulos” de Jesús significa pertenecer a su familia y que podemos ser “su hermano, y su hermana y su madre” en la medida en que vayamos configurando nuestra vida con la suya y haciéndonos afines a él en su pasión por el Reino.

Vamos a dejar que sean las miradas de Isabel, de José, de un pastor de Belén, de una seguidora de Jesús, de Dios mismo, y de la Iglesia las que nos ayuden a contemplar a la mejor discípula.

1. SEIS MIRADAS SOBRE MARÍA⁴

La mirada de Isabel

Apenas se oyó el sonido leve de sus sandalias sobre la grava de mi patio, el niño que llevo en las entrañas se estremeció dentro de mí.

-¡Shalom, Isabel!, había dicho ella, y su voz me llenó de una alegría desconocida en la que se desbordaba toda la energía del Espíritu.

Nos abrazamos en silencio y fue entonces cuando tuve el presentimiento de que no éramos sólo tres, ella, mi hijo y yo, quienes nos fundíamos en el abrazo. Cuando nos separamos, puso sus manos sobre mi vientre y me miró riendo al sentir los pies del niño que se movían con impaciencia dentro.

Nos sentamos a la sombra del limonero y le hablé largamente de los difíciles años de mi esterilidad, tejidos de desolación y de oscura vergüenza, y de cómo reaccioné con la misma incredulidad de Sara cuando Zacarías volvió mudo del santuario y trató de hacerme entender que nuestra oración había sido escuchada... No fui capaz de creerlo hasta que tuve la certeza de que en mi seno se había alumbrado la vida: el Señor se había acordado de mí lo mismo que

⁴ Las tres primeras fueron publicadas en *Vida Nueva* 2262, (23-30 Dic. 2000)

de nuestras madres, y me había visitado con el don de la fecundidad. Por eso necesité esconderme muchos meses: tenía que dar tiempo a mi corazón para agradecerse en el silencio y la soledad.

Cuando terminé mi relato comenzó a hablar ella y pude asomarme al brocal del pozo que escondía su misterio. Al escucharla, mis ojos deslumbrados sólo conseguían ver su rostro reflejado en el agua: vi a la llena de gracia, a la verdadera hija de Sión convocada a la alegría y elegida para ser el orgullo de nuestro pueblo. Le dije: "¡Bendita seas entre todas las mujeres, bendito el fruto de tu vientre...! Dichosa tú que te has fiado de Dios como nuestro padre Abraham..."

Recibió mis palabras como acoge el agua clara de un arroyo al sol que ilumina su fondo, pero enseguida dijo: "No te detengas en mí, Isabel, es al Señor a quien tenemos que dirigir la bendición, al que se ha inclinado a mirar a la más pequeña de sus hijos, y en mí ha visto a todos los que como yo no poseen ni pueden nada y se apoyan solamente en él. Porque cuando alguien confía en su amor, él hace cosas grandes y lo sienta a su mesa, mientras que a los que se creen algo, los aleja de su presencia. Yo sólo era una tierra vacía y pobre pero él ha pronunciado sobre mí su palabra y, como en la primera mañana de la creación, ha hecho brillar la luz de un nombre nuevo, el del hijo que está creciendo dentro de mí. Dios se ha acercado tanto que nos pertenece como la semilla a la tierra que la ha hecho germinar. Yo

sólo podía decir: “Aquí estoy, hágase...” y dejar atrás cualquier inquietud. No sé cómo va a suceder todo esto, pero estoy al amparo de su sombra y mis ojos están puestos en él, como los de una esclava en las manos de su señora... (Sal 123, 2).

Nos quedamos en silencio hasta que sentí que acariciaba mis manos ásperas y rugosas y repetía: -“Como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora”... Anda, Isabel, dime dónde guardas el cántaro y no te muevas tú, que yo me voy a traer el agua para lavar la ropa.

Ya salía con el cántaro cuando se volvió hacia mí y dijo: -“Aún no te he dicho el nombre de mi hijo: se va a llamar Jesús...”

El nombre se quedó suspendido en el sosiego de la tarde y, mientras la miraba alejarse cantando, pensé que era aquí donde Zacarías debería estar ofreciendo el incienso, para que su aroma se mezclara con el de hierba segada, leña y pan recién hecho. Porque el santuario del Santo de Israel era ahora la muchacha que, con un cántaro al hombro, iba dejando a su paso un rastro de silencio y una algarabía de pájaros en los cipreses que bordean el camino hacia la fuente.

La mirada de José

-Anda José, recuérdame otra vez aquellas historias de los patriarcas soñadores que me gustan tanto...

Le había contado una vez a María la narración del sueño de Jacob en Betel y también el de José, el hijo de Jacob y Raquel, y ella había comentado:

-Me gusta que Dios les hablara en sueños, es como decir que es sólo con la sabiduría del corazón como podemos conocerlo y no cuando confiamos sólo en nuestra inteligencia. Pienso que él se comunica con nosotros cuando renunciamos a entenderlo del todo y a saber los cómo y los porqués de lo que él hace... Por eso dice cosas en sueños, para recordarnos que lo mismo que al dormirmos nos abandonamos y nos despreocupamos de todo, es así como podemos escucharlo.

Yo tenía mis reservas acerca de la conducta de Jacob: me escandalizaban secretamente sus mentiras y sus trampas y me parecía un poco injusta y desproporcionada la predilección de Dios por alguien que había vivido sin rumbo, como arrastrado por los acontecimientos. Admiraba en cambio a Moisés que había hablado con el Señor cara a cara, y había recibido la certeza de la Ley y de su propia misión.

Cuando se lo confesaba a María, ella se reía y decía:

-¡Ay José, José, cuántas veces te oigo hablar de la Ley y de sus claridades! Y se te olvida que el Señor venía también a encontrarse con Moisés envuelto en la nube..., y me parece que antes de guiar al pueblo era él mismo el guiado... Y en cuanto a Jacob ¿no

me dijiste tú que oraba al Señor diciendo: “¡Soy yo demasiado pequeño para tanta misericordia y tanta fidelidad como has tenido conmigo!” (Gen 32,11). ¿No te parece que Dios lo quería tanto precisamente por decirle eso? Como yo no me dejaba convencer fácilmente, ella cambiaba de tema:

Bueno, pues repítame por lo menos cómo bendijo Jacob a José cuando reunió a sus hijos antes de morir.

Y yo recitaba:

“José, retoño fértil,
retoño fértil junto a una fuente,
sus ramas escalan el muro,
su brazo permanece firme,
sus brazos y manos ágiles
gracias al auxilio del Fuerte de Jacob,
del Pastor y Roca de Israel.
Que el Dios de tu padre te ayude,
que el Dios poderoso te bendiga,
que las bendiciones de tu padre,
caigan sobre la cabeza de José,
sobre la cabeza del elegido de sus hermanos”
(Gen 49, 22-26).

Un día le comenté cuánto me enorgullecía llevar el mismo nombre de alguien a quien se recuerda como un “retoño fértil junto a una fuente” y que me sentía dichoso de que ella fuera la fuente que yo había tenido la suerte de encontrar. Le alegraron mis palabras y luego añadió:

-¿Te has fijado, José? Ni la firmeza de su arco ni la agilidad de sus brazos eran cosa suya, todo fue obra del Fuerte de Jacob, del que es el Pastor y la Roca de Israel... Pienso que lo importante no es nuestro esfuerzo ni nuestra iniciativa, ni siquiera las obras de nuestra justicia, sino confiar en su ayuda y en su bendición y en el nombre que él quiere darnos.

Y luego repitió:

-Que el Dios de tu padre te ayude, que el Dios poderoso te bendiga...

Otro día hablábamos de la lectura de Isaías que había escuchado en la sinagoga:

“Saldrá un retoño del tronco de Jesé,
un vástago brotará de sus raíces.
Sobre él reposará el espíritu del Señor...” (Is 11,1-2).

Le dije:

-Mira, María, yo sólo soy un carpintero y ya conoces la pobreza de mi casa, pero mi familia descende de Jesé, el padre de David y me alegra pensar que nuestros hijos estarán orgullosos de saber quién fue su antepasado.

Ella contestó:

-¿Sabes en qué estoy pensando? En lo que decía también Isaías y que escuché una vez detrás de la celosía de la sinagoga: “No recuerden las cosas pasadas, no piensen en lo pasado. Miren, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando ¿no lo notan?” (Is 43,18-19).

No te enfades conmigo, pero me parece que lo de David ya es viejo y que ahora el Señor está queriendo hacer algo nuevo del todo... Y me gustaría saber qué dice Isaías justo antes de lo del tronco de Jesús... ¿Te acuerdas tú?

Me desconcertó su pregunta y como no supe contestársela, se la hice al rabino de la sinagoga y él me leyó directamente del rollo de Isaías:

“El Señor todopoderoso desgaja con estruendo las copas de los árboles, cae bajo el hacha la espesura del bosque, se desploma el Líbano con todo su esplendor...” (Is 10, 33-34).

Cuando se lo repetí a ella, vi que se le iluminaba la mirada, como si aquello le confirmara algo de lo que estaba convencida:

-¿Lo ves, José? El retoño le nace al tronco precisamente cuando ya no se podía esperar nada de él, cuando era sólo un tocón estéril...Y eso es lo que hace el Señor con nosotros: nos visita con su gracia cuando ya no confiamos en nuestra propia savia ni en nuestras propias cualidades o merecimientos, ni siquiera en nuestra propia justicia, esa que a ti te importa tanto... Porque cuando se acaban nuestras posibilidades, es cuando empiezan las suyas. ¿Te has fijado en que no es un ejército de hombres armados quienes tienen a raya a esos lobos, leones y panteras de que habla el profeta? ¡Es un niño pequeño quien los pastorea...!

Anda, José, vamos a rezar juntos al Señor para que nos envíe pronto su Mesías, ese que viene a defender a los débiles y a hacer justicia a los sencillos y a pedirle que a nosotros nos llene de su conocimiento, como las aguas colman el mar...

Todos esos recuerdos se agolparon en mi memoria cuando me enteré de que ella esperaba un hijo. Entre los dos se interpuso un muro de silencio y sentí mi vida arrancada con violencia de junto a la fuente que alegraba mi vida. Sobre mi cabeza ya no descansaba la bendición sino una nube de oscura angustia y me sentí seco, como un árbol talado y baldío.

Y fue sólo después de muchos días de insomnio cuando recordé las palabras de María: “Dios se comunica con nosotros cuando renunciamos a entenderlo del todo y a saber los cómo y los porqués de lo que él hace...” Esa noche traté de abandonar mi ansiedad en sus manos y entonces llegó la Voz en medio del sueño: “José, hijo de David, no temas recibir a María en tu casa pues lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo a quien llamarás Jesús...” (Mt 1, 20-21).

Me desperté al amanecer y las primeras palabras que vinieron a mi corazón (¿no es ahí donde, según María, Dios nos habla...?) fueron: “Aquí estoy, aquí me tienes” y recordé que era lo que habían dicho Abraham y Moisés y también Isaías. Algo nuevo había retoñado en mí aunque no sabía bien ponerle

nombre. Quizá era que estaba comenzando a dejar atrás mis propios planes y a dejarme guiar por el Pastor de Israel. O que mi preocupación por ser justo dejaba paso a la alegría de saberme bendecido. O que estaba experimentando que la seguridad del Fuerte de Jacob era más firme que mi propia fortaleza. Estaba siendo conducido más allá de mis saberes para entrar en el misterio de una sabiduría que me desbordaba y la gratuidad de Dios llamaba a mi puerta.

Decidí abrirla de par en par, sintiendo que mi padre David se quedaba atrás y que yo comenzaba a pertenecer a la estirpe anónima de los que Dios elige para ser los hombres de su confianza.

Él me llama a participar con él en algo tan grande como dar nombre a ese niño, pensé, un niño que es fruto del Espíritu. Crecerá a mi sombra y yo lo defenderé del calor y de la oscuridad, como la nube que acompañó a nuestros padres por el desierto. Y le enseñaré mi oficio para que llegue a ser el mejor carpintero de Nazaret...

Me dirigí a casa de María y, cuando me abrió la puerta, me miró gravemente a los ojos y dijo sonriendo:

“Que el Dios de tu padre te ayude,
que el Dios poderoso te bendiga.
Que sus bendiciones
caigan sobre la cabeza de José,

sobre la cabeza del elegido
entre sus hermanos.”

No fui capaz de decir nada en aquel momento, pero el día en que me la llevé a mi casa, cuando al atardecer nos pusimos a orar juntos, elegí las palabras de Jacob:

“Soy yo demasiado pequeño
para tanta misericordia
y tanta fidelidad como
has tenido conmigo...”

La mirada de un pastor de Belén

La luz vacilante de una candela dentro de la gruta nos hizo saber dónde estaba la señal que andábamos buscando: un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Conozco bien los alrededores de Belén desde que comencé a trabajar como pastor, después de que una racha de malas cosechas me dejara arruinado. Procedo de una familia acomodada y religiosa en la que aprendí la tradición y las oraciones de nuestro pueblo, pero cuando llegué a Belén con las manos vacías y me vi obligado a pasar las noches a la intemperie, pensé que Dios me había abandonado y no volví a rezar nunca más.

Me habitué a la vida ruda de unos pastores con los que ahora iba en busca de la extraña señal anunciada, conscientes de lo desconcertante de nuestra de-

cisión. “Ha sido un sueño”, decían algunos, “a veces la luna llena juega malas pasadas...” “Un niño recién nacido no puede ser señal de la presencia del Altísimo”, decían otros. “¿Cómo pueden creer que vamos a ser precisamente nosotros los primeros en saber la llegada del Mesías?”, añadían los más escépticos.

Fueron mis palabras las que lograron convencerlos: –“De joven aprendí algo de las Escrituras y recuerdo las palabras de un profeta: Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado... (Is 9,5). Y además, ¿cómo explicar esta alegría desmesurada que nos ha invadido y que ha arrastrado nuestros temores con la fuerza de un huracán?”

Cuando entramos en la cueva vimos en la penumbra a una mujer muy joven recostada sobre un haz de heno y, junto a ella, un hombre que debía ser su esposo y que se afanaba por encender fuego. El niño, apenas un envoltorio minúsculo encima del pesebre, estaba dormido. Percibí una serenidad tranquila en ellos, inesperada por lo inhóspito del lugar. Les ofrecimos pan y un cuenco de leche y ellos nos contaron que no habían encontrado sitio en la posada y, ante la inminencia del parto, se habían refugiado en aquel establo.

Los pastores somos gente más habituada al silencio que a las palabras, pero había algo en ellos que nos invitaba a la confianza y yo me atreví a expresar con brusquedad las preguntas que llevá-

bamos dentro todos: “¿Por qué la claridad de Dios nos ha envuelto precisamente a nosotros, tan alejados de él y tan olvidados de los mandamientos de su ley? ¿Quién va a creer de labios de esta gente perdida y rechazada que somos el anuncio de que la ternura de Dios nos abraza a todos ? ¿Y cómo va a ser ésta la señal del Mesías que todos esperan?”

Cuando terminé de hablar, María dijo algo sobre guardar las preguntas y los acontecimientos en el corazón y esperar como espera la tierra la llegada de la lluvia. Y yo recordé un proverbio de nuestro pueblo: “Hijo mío, cuida tu corazón porque en él están las fuentes de la vida” (Pr 4, 23) y pensé que ella vivía en contacto con su propio corazón, como un árbol plantado junto a corrientes de agua.

Fue entonces cuando, inesperadamente, se levantó y tomando al niño, lo puso en mis brazos.

Hoy soy ya viejo pero no he podido olvidar lo que me fue revelado aquella noche: aquel puñado de hombres insignificantes y excluidos éramos el pueblo que caminaba en tinieblas y había visto una luz grande. Nos había nacido un niño, se nos entregaba un hijo. Un Dios sin palabra, desarmado e inútil. Dios venía al encuentro de los últimos de su pueblo y plantaba su tienda junto a nosotros.

Junto a María aprendí aquella noche a pronunciar el nombre que lo revelaba como inseparable de nuestras lágrimas, esperanzas y preguntas. Estaba

como nosotros a la intemperie, entraba en nuestra historia como uno de tantos y por eso se le cerraban las puertas y carecía de techo y de privilegios. Esta era la señal: el Salvador, el Mesías, el Señor, descansaba ahora entre los brazos torpes de un pastor.

“Voy a hacer pasar delante de ti todo lo mejor que tengo” (Ex 33,19) había prometido Dios a Moisés en el Sinaí. Aquella noche de Belén, en una de sus grutas, lo mejor de nuestro Dios: su misericordia entrañable, la ternura de su amor, la fuerza de su fidelidad, se manifestaba por primera vez entre nosotros. El Dios que se había revelado en la tormenta del monte, envuelto en la nube, mostraba ahora su rostro y hacía descansar su gloria en la fragilidad de un niño.

En medio de la oscuridad de la noche sentí en lo hondo de mi corazón, como un susurro de ángeles, la certeza de estar envuelto en la paz que Dios concede gratuitamente a todos los hombres y mujeres que él quiere tanto.

La mirada de una seguidora de Jesús

La polémica había sido fuerte: el Maestro acababa de expulsar a un mal espíritu de un hombre y todos estábamos admirados. Pero la reacción de los que siempre andaban acechándolo no se hizo esperar y les oímos decir a media voz para que todos lo oyeran: -Si expulsa los demonios es porque el mismísimo demonio le da poder.

Otros le decían con ironía:

-¿Por qué no das de una vez una señal definitiva de quién eres?

Sentimos el desconcierto de la gente, como si la cizaña de la sospecha sembrada por los enemigos de Jesús estuviera dañando ya al trigo de su adhesión a él y temieran que ya no le quedaran respuestas. Pero él, como otras muchas veces, se las arregló para salir airoso de la situación y les respondió partiendo de sus mismas objeciones.

Yo iba notando cómo la fuerza de sus palabras se abría camino en los que lo rodeaban, y veía, casi físicamente, cómo alejaba de ellos las sombras de la duda. Era gente sencilla, dominada y silenciada por el discurso de los que se habían hecho con el poder de las conciencias pero que, al escuchar a Jesús, sentían un viento de libertad que les permitía respirar de nuevo.

Al terminar, una mujer expresó emocionadamente en voz alta el sentir de todos:

-¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! (Lc 11, 27).

Daba lo mismo que ella supiera o no quién era María, la madre de Jesús, que estaba allí en medio de nosotros; en cualquier caso, aquella exclamación tan espontánea estaba dirigida a ella y como supuse que llenaría de alegría a Jesús, me sorprendió oírle decir:

-Dichosos, más bien, los que escuchan la palabra de Dios y la guardan...

Supuse que a María podía dolerle que su hijo hubiera desviado de ella la alabanza, extendiéndola a muchos y dejándola a ella en la sombra y me quedé silenciosa y perpleja.

Se diría que el Maestro había adivinado mi desconcierto y mi preocupación que seguramente compartían también los demás. Aquella noche prolongó más que de costumbre la conversación después de la cena y nos explicó largamente la bienaventuranza que había pronunciado por la tarde. De sus labios aprendimos en qué consistía para él la escucha de la palabra de Dios: exponer ante el Padre la existencia como una tierra vacía y pobre y esperar silenciosamente que sea él quien siembre en ella su semilla. Acoger mansamente aquello que no se comprende inmediatamente, guardarlo en el corazón y esperar en la noche hasta que llegue la luz. Aceptar los sorprendentes caminos de Dios y estar dispuesto a dejarse guiar por ellos, como el niño que emprende un viaje a un lugar desconocido y va tranquilo porque sabe que su padre lo lleva de la mano. Estar atento a la música que Dios toca en cada momento y danzar a su ritmo, con la despreocupada confianza de quien no pretende conducir, sino ser conducido. Abandonarse como la arcilla en manos del Dios Alfarero para que sean ellas las que

modelen la propia vida y decirle: “Aquí me tienes, hágase en mí según tu palabra...”

Para todos nosotros era evidente que estaba hablando de su madre y yo me preguntaba si ella se estaría dando cuenta. La miré a hurtadillas y vi en su rostro esa expresión de embeleso que he visto en los ojos de muchas madres cuando miran a sus hijos. Pero también había algo en su manera de escuchar que me hizo recordar las palabras del Siervo:

“El Señor cada mañana me abre el oído para que escuche como los discípulos...”
(Is 50, 4).

Y también las del salmista:

“Aguardo al Señor, lo aguarda mi alma esperando su palabra;
mi alma aguarda a mi dueño más que el centinela a la aurora” (Sal 130, 5-6).

Para ella, las palabras de su hijo eran como el amanecer para el centinela y lo escuchaba a la vez como lo haría el último de los discípulos, como si de todos nosotros fuera ella la más pequeña, la más sedienta por aprender, la más necesitada de sabiduría.

No había en ella ni un rastro de mirada hacia sí misma, nada que no fuera pura receptividad y el secreto jubiloso de estar siendo enseñada por aquél a quien había llevado en su seno.

Y fue entonces cuando comprendí porqué, de entre todos los que Jesús había proclamado bienaventurados, a ella, la más dichosa, iban a decirsele todas las generaciones.

La mirada de Dios⁵

El Magnificat nació de una mirada: la de Dios sobre María, una mirada que se inclina hacia ella, la envuelve en su ternura y la inunda de gracia. Y María, que se sabe mirada así, se alegra hasta las raíces más hondas de su ser y de esa alegría nace, como de un manantial, el agua viva de su alabanza: “Engrandece mi alma al Señor...”

Esto es lo primero a lo que nos invita María en su Magnificat: a algo tan sencillo como “dejarnos mirar” por Dios, sentirnos acogidos y envueltos en su ternura, en su perdón, en su amor incondicional, y eso seamos como seamos porque lo que él mira en nosotros no son nuestras buenas o malas acciones, equivocaciones, méritos, errores y cualidades. Lo que el Padre ve en nosotros es la imagen de su Hijo y en él estamos “enriquecidos en toda clase de dones” (1 Cor 1, 5), algo que sabía bien Juan de la Cruz cuando escribía:

“...que bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura
en mí hallaste.”

Lo primero en nuestra vida no son nuestras acciones, logros ni conquistas sino el reconocimiento de lo que él ha hecho con nosotros, la tranquila confianza de exponernos ante la mirada de un Dios que nos acoge tal como somos, nos envuelve en su gracia y su ternura. De ahí nacerán en nosotros, como en María, la canción, la bendición, la alabanza, la proclamación de las cosas grandes que es capaz de hacer el Señor cuando nosotros reconocemos sin temor nuestra pequeñez.

El dejarse mirar de María, pone en marcha un dinamismo pascual y, lo mismo que en otros himnos bíblicos, asistimos a una experiencia de paso, de tránsito, de transformación (es eso lo que significa en hebreo la palabra pascua). Los personajes que suelen entonarlos son, con frecuencia, mujeres cuya situación inicial era de negatividad y desolación pero a quienes la acción de Dios ha cambiado la suerte y se han convertido en “mujeres cantoras”: Miryam, Débora, Ana, Judit... La Biblia al recordarlas, nos ha dejado las palabras de júbilo más hermosas, los himnos más entusiastas, las expresiones más gozosas y radiantes.

En todos estos cantos la memoria de Israel, que celebraba la acción del Señor derritiendo los montes

5. Publicado como “María: Magnificat realizado en ella”-
Misión Joven 352 (2006) 49-57

y descuajando los cedros del Líbano (Sal 29), celebra al Dios que hace saltar por los aires las situaciones de prostración y opresión en que se encontraban sus hijos e hijas. Su Palabra convoca a las protagonistas de los relatos, las saca de los “egiptos” de su fatalismo y las hace experimentar una pascua. Y al dejarse conducir a través de ella, se transforman en seres nuevos, dejan atrás todo lo que era símbolo de su opresión, de su necesidad y de su muerte. Se convierten en primicias de un pueblo liberado:

- estaban en la sombra y alcanzan la luz del conocimiento
- estaban en la noche y desembocan en la fe
- estaban arrinconadas en la exclusión y aparecen integradas en un ámbito nuevo, el de la vinculación y la Alianza. Y, a través de ellas, Dios se revela como vencedor de todas las negatividades de la existencia, de todas las carencias, las noches, las lágrimas.

Vamos a acompañar la “pascua” de María, nacida de la mirada de Dios:

De la turbación a la alabanza:

“Proclama mi alma la grandeza del Señor”

En la escena de la Anunciación, Lucas nos pone en contacto con un sentimiento de María: “ella se turbó al escuchar su saludo” pero el ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia a los

ojos de Dios...” En el comienzo del Magnificat, encontramos que María ha dejado atrás su turbación y lo mismo que Zacarías salió de su mudez, ella deja atrás su desconcierto y entona un himno de alabanza en el que llama a Dios Señor, santo y poderoso. Pero su santidad y su grandeza no la separan ni la alejan de su mundo sino que van a hacerse sentir en forma de misericordia (la palabra aparece repetida dos veces y eso es muy significativo en un texto tan breve). Pensando en claves de Antiguo Testamento, es *hesed* el término que está detrás del *eleos* griego y con él se expresa siempre la relación de amor fiel de Dios con el pueblo de su Alianza.

Es el Dios de las promesas a Abraham y a su descendencia y el que recuerda su misericordia y auxilia a Israel su siervo. Y ese siervo aparece ahora como condensado y personificado en una muchacha de una aldea perdida de Galilea: ella es la creyente (así la ha llamado Isabel), la verdadera hija de Abraham (“Reina de los Patriarcas” la llamará la Iglesia...), aquella en la que el Padre reconoce los rasgos mejores de su pueblo: lealtad, humilde obediencia, fidelidad inquebrantable.

De la propia acción a la acción de Dios:

“El Poderoso ha hecho en mí grandes cosas”

María se pone a nuestro lado para enseñarnos cómo dejar a Dios hacer grandes cosas en nosotros, cómo abrirnos a su presencia, cómo escuchar su

Palabra. Junto a ella, la primera creyente, aprendemos qué es la fe y en qué consiste esa actitud de reconocerse pequeño y frágil, pero inmensamente querido y perdonado.

En el Magnificat encontramos la maqueta de cuál es la actitud correcta (“justa”, diría el AT), para relacionarnos con Dios. Está resonando en él, el eco de lo que María había dicho al final de la escena de la Anunciación: “hágase en mí según tu palabra”. Ahora la escuchamos decir: “Ha hecho en mí grandes cosas el Poderoso, aquel cuyo nombre es Santo...” Esa es la roca en la que se apoyó María, por eso le bastaba con reconocerse “esclava del Señor” y dejarle a él toda la iniciativa y campo libre a su acción. Es ahí donde ella nos invita a apoyarnos y a enraizar en esa confianza nuestro agradecimiento deslumbrado por sabernos tan inmerecidamente queridos, “agraciados” y perdonados y una “urgencia agradecida” que nos lleva a comportarnos como verdaderos hijos y hermanos. Esa actitud despierta y ahonda en nosotros un deseo cada vez más profundo de respuesta que no tiene ya nada que ver con la ansiedad por satisfacer nuestra conciencia. Porque lo que hacemos y vivimos desde esa clave está movido por la sed de devolver al Padre “un amor que responde a otro amor” (cf Jn 1,16).

En María vemos el resultado victorioso de lo que acontece cuando alguien consiente que Dios intervenga en la propia vida y hasta dónde puede llegar la ac-

ción de ese Dios que siempre está llamando a nuestra puerta para estar con nosotros, como lo estuvo con ella y para llenarnos de gracia, como la llenó a ella.

De la humillación a la felicidad:

“Me proclamarán dichosa todas las generaciones”

Si en los dos primeros capítulos de Lucas encontramos un prólogo a todo su evangelio, podemos decir que el Magnificat es un prólogo de las bienaventuranzas porque en él encontramos la primera proclamación de dicha de todo el Nuevo Testamento. La gente que escuchó decir a Jesús: “Dichosos los pobres...”, “dichosos los que tienen hambre...”, oía un lenguaje que les era familiar: las declaraciones de felicidad eran un género literario muy antiguo en Israel aunque el contenido de la proclamación de Jesús era revolucionario porque las situaciones de los que son proclamados felices son de muerte: hambre, lágrimas, sufrimiento, persecución..., pero él empeña su palabra en ofrecer la certeza de que el dinamismo pascual que está presente en él, es capaz de arrastrarlos fuera de la noche del dolor para introducirlos en la dicha del Reino.

Si recorremos la trayectoria de la felicidad de María, nos encontraremos con que tuvo que aprender que la extraña felicidad proclamada por Jesús es paradójica, y acontece casi siempre en “contextos oscuros”. Las narraciones evangélicas emplean la misma táctica del pintor de iconos que, al pin-

tar la Navidad, no pone al niño en el pesebre sino envuelto (¿amortajado?) en vendas, dentro de un sepulcro y en el interior de una cueva profunda y oscura. Y, al hacerlo, está pronunciando a la vez la palabra “Nacimiento” junto a “Muerte”, “Resurrección” y “Descenso a los infiernos”.

En la encíclica *Marialis Cultus*, Juan Pablo II llama a María “peregrina de la fe” y esa expresión nos la sitúa a nuestro lado, atravesando las mismas oscuridades, pasando por las mismas pruebas, accediendo a la felicidad por las mismas “cañadas oscuras” que vivimos nosotros. Y su compañía nos invita a fijar la mirada en el proceso que la llevó hasta ahí, en el recorrido a través del cual una mujer de las nuestras fue teniendo parte de una manera gradual y cada vez más intensa, en la suerte de Jesús y en la alegría de su resurrección.

Jesús y el Reino fueron labrando poco a poco la dicha de María y ella hizo la experiencia de que es la puerta estrecha la que conduce a la vida, de que la mujer tiene que pasar por el parto para tener al hijo en sus brazos, de que la resurrección se da en medio de la noche.

De la mirada a Dios a la mirada al mundo: “A los hambrientos los colma de bienes”

En el comienzo del Magnificat veíamos a María vuelta enteramente hacia Dios, proclamando su grandeza, cantando su alabanza. En un segundo momento podríamos decir que es como si al mirarlo a él se diera cuenta de en qué dirección está él mirando y entonces ella vuelve sus ojos allí donde ve que los tiene puestos Dios. Y se pone entonces a contemplar la historia con la mirada en la que ella misma se ha sentido envuelta: ella que había salido de sí misma para ir a prestar servicio a su prima Isabel, contempla ahora la realidad con los ojos de Dios, con el talante profético de quien conoce la inclinación del corazón de Dios por los humillados de la tierra. Sus ojos descubren, por debajo de las apariencias, cuál es el fondo de la realidad, quiénes son los que para Dios están arriba, dentro y cerca y quiénes los que están abajo, fuera y lejos. Y esa mirada contemplativa le revela las preferencias de un Dios que nunca es imparcial.

Una característica de la mirada de María sobre el mundo es que, junto a un realismo consciente de la precariedad de las cosas y de la dureza de la vida (hay hambrientos, pobres y humillados y ambiciones y poderes opresores que son su causa), ella no se deja engañar por las apariencias, es capaz de perforar la realidad y ve las cosas, las personas y las relaciones tal como Dios las ve. Y, por eso, se ade-

lanta a contemplar a los hambrientos ya saciados, a los humildes y abatidos exaltados, y a los ricos y poderosos despedidos con las manos vacías.

Junto a ella podemos aprender también a corregir nuestra percepción de la realidad del mundo y preguntamos si sólo percibimos el ruido de sus actos de violencia, destrucción y odio, o si vamos aprendiendo a escuchar, gracias a esos maestros que son los sencillos y los pequeños, el murmullo de innumerables gestos de amor, de fiesta compartida, de fortaleza silenciosa que brota tantas veces de los lugares de abajo, del mundo de los excluidos, de donde parece que no podría surgir más que la amargura o la tristeza.

Esa mirada puede ser la nuestra si entramos en la “escuela de mirada” de María, quien peregrina en la fe a nuestro lado, la hermana mayor que nos da la mano para arrastrarnos en su mismo camino. Rezar hoy el Magnificat implica el dejarnos seducir por esa manera de ser y de vivir que siguió María y que orienta nuestra vida y nuestra “pascua” en esa misma dirección.

La mirada de la Iglesia

Inmaculada: la mujer enemistada con los poderes del mal

El lenguaje de los dogmas marianos y en particular el de la Inmaculada Concepción, se ha expresado demasiadas veces en términos de “segregación y ex-

clusión”, de tal manera que si a cualquier cristiano consciente le preguntan en qué le afecta la Pascua de Jesús, seguramente contestará que en ella está el fundamento de su fe. Pero ya es más dudosa su respuesta si la pregunta fuera ésta: “¿Y en qué queda afectada tu fe cuando proclamas que María es inmaculada en su concepción? Tenemos tan introyectados los modelos “mundanos” de rendir homenaje a alguien y de mirar y tratar de determinada manera a los que consideramos importantes, que, sin darnos cuenta, hacemos lo mismo con María. Y eso tiene como consecuencia que, para honrarla, le aplicamos un criterio de segregación y, lo mismo que los ilustres e importantes del mundo se separan de la gente corriente para poner de relieve su categoría superior, nosotros separamos a María y la situamos lejos y en alto. Pero al hacerlo, se nos distancia y se nos pierde en la lejanía de sus pedestales, mantos y aureolas mientras, desde abajo, nosotros la alabamos, entonamos himnos en su honor, la coronamos con joyas y le llevamos flores y velas.

Y si acentuamos tanto sus privilegios, excepciones y atributos, es porque, en el fondo nos resulta más cómoda esta constatación de distancia que nos permite seguir viviendo como vivimos, sin cuestionarnos en qué afecta a nuestra vida de todos los días el que María sea llena de gracia. Para salir de ese *impasse* tendríamos que aplicar, en vez de ese criterio de segregación y exclusión, el que funciona

siempre en el proyecto de Dios sobre nosotros y que es el de asociación e inclusión. Si el Padre envió a su Hijo, no fue sólo para provocar nuestra admiración, nuestra adoración y nuestra alabanza, sino para asociarnos a él, para hacernos participar de su vida, para sentarnos a la mesa de su Reino e incorporarnos a su muerte y Resurrección.

En los dos primeros capítulos de su evangelio, Lucas reserva para el anciano Zacarías la solemnidad del culto, el hieratismo del templo, la ofrenda sagrada del incienso, la singularidad de la condición sacerdotal y el prestigio de Jerusalén, mientras que presenta a la joven María en una aldea desconocida y dentro de su casa, inmersa en el tiempo profano que rodea la vida cotidiana de las mujeres. Y afirma sorprendentemente que la “llena de gracia” es ella y no Zacarías e Isabel, a pesar de ser ambos “justos según la Ley”. La describe después caminando hacia la serranía de Judea para servir a su prima Isabel y es ahí, en otra casa, y no en ningún lugar sagrado ni en horario cultual, donde se derrama el primer aroma del perfume que llevaba dentro. Para Lucas, la reacción de María después del anuncio del ángel no fue la de quedarse absorta y ensimismada en la sublimidad de su nueva condición, sino la de marchar aprisa a “exhalar perfumes”: el de la sencillez de su saludo y de su comunicación cercana, el de su servicio a otra mujer en una situación parecida a la suya, el de su alegría radiante cantada en el Magnificat.

Cuando la Iglesia nos presenta la Inmaculada Concepción de María nos invita a mirarla no sólo como a alguien sublime, celestial y maravilloso, sino, sobre todo, como a aquella que nos revela nuestra propia identidad cristiana. Que María sea la “llena de gracia” afecta nuestra vida recordándonos que también nosotros le hemos caído en gracia a Dios y que sobre nosotros, como sobre Ella, descansan la complacencia y la ternura del Padre, no porque nos lo merezcamos, sino gracias a Jesús, a quien estamos pegados, asociados e incorporados.

Lo de “pondré enemistades entre ti y la mujer” significa el reconocimiento de que ha existido una criatura “enemistada” con los poderes del mal, y también que María nos llama hoy a formar parte, del grupo de los enemistados con todo aquello que nos esclaviza a nosotros mismos y a los hombres y mujeres de nuestro mundo. El que María sea Inmaculada nos anima a convertirnos en gente “enemistada” con la injusticia, con la violencia y con todos los dinamismos de exclusión.

Siempre virgen⁶

La virginidad de María es, ante todo, un dato cristológico: el nacimiento del Hijo es un don imprevisible de Dios, la Encarnación “no surge de aquí abajo”, es un misterio libre de la gracia y de la

6. Publicado como “Mujer de la nueva creación”: Sal Terrae (Octubre 1999) 717-737

misericordia del Padre. Pero la catequesis recibida sobre la afirmación del Credo: “Nació de Santa María Virgen” ha girado en torno a unas claves que, al exaltar la condición virginal de María, parecían llevar implícita cierta devaluación del matrimonio y de la sexualidad en general, y eso hoy provoca, especialmente entre las mujeres, perplejidad y recelo. Tanto en ésta como en otras prerrogativas de María, se ha puesto el acento preferentemente en lo que tienen de exención, singularidad y privilegio, y su consecuencia inevitable ha sido alejarla de nuestra experiencia cotidiana, convirtiendo su elevación en distanciamiento e inaccesibilidad.

La escena de la anunciación a María, precedida de la de Zacarías y de la concepción de Isabel, está trazada por Lucas sobre un tapiz de fondo tejido con los hilos de antiguas tradiciones. Entre ellas sobresale la de la esterilidad de mujeres significativas de la historia de Israel: la primera de ellas es Sara, mujer de Abraham y, siguiéndola, Rebeca, mujer de Isaac, y Raquel, mujer de Jacob. De las cuatro matriarcas que engendraron en sus orígenes al pueblo de Israel, (Lía es fecunda desde el primer momento), tres aparecen marcadas por el sello dramático de una situación que hacía comparable a la estéril con un muerto viviente, un ciego, un leproso o un pobre. La vida en la Biblia no tiene sentido más que en referencia a la promesa de Dios en Abraham de llegar a ser una gran nación, no vale más que abier-

ta al infinito de las generaciones: por eso la esterilidad supone muerte y desolación. Una estéril lleva el signo del castigo de Dios por sus pecados (cf. Gn 20, 18) y su situación la imposibilita de ser digna compañera de su marido. Las mujeres estériles califican su situación con el término hebreo “oni”: desgracia, desdicha que LXX traducirá casi siempre al griego como *tapeinosis*, que no significa humildad sino humillación, uno de los términos más fuertes del vocabulario de pobreza del AT. Quizá por eso Raquel pide angustiada a Jacob: “¡Dame hijos o me muero!” y obtiene una respuesta irritada que revela a quién se atribuía el origen de toda fecundidad: “¿Hago yo las veces de Dios para negarte el fruto del vientre?” (Gn 30, 1-2).

Los textos presentan a las matriarcas usando todos los medios a su alcance para vencer la desgracia de su suerte: dan sus esclavas a sus maridos, lloran, ruegan, pelean, usan artimañas..., pero en todas sus historias se pone de relieve que fueron arrancadas de su condición humillante gracias a la acción de Dios mismo que es reconocida por Lía y Raquel en estos términos: “Dios me ha hecho justicia”; “Dios me ha hecho un buen regalo”; “Dios me ha retirado mi afrenta”; “El Señor ha visto, ha oído” (Gn 29, 6.20.23.32). Su acción se expresa a través de los verbos bendecir, escuchar, recordar, abrir el seno, visitar (cuidar). Su acción se celebrará en la liturgia:

“Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los nobles de su pueblo,
y pone al frente de la casa
a la estéril, madre feliz de hijos” (Sal 113,7-8).

Las mujeres llamadas a gestar un pueblo para Dios fueron estériles y esto no supone una coincidencia casual, ni un detalle superfluo introducido en los textos. En la intuición de los autores, esta convergencia recobra un sentido profundo que toca el origen de la fecundidad: ellas dieron inicio al pueblo de Dios no a pesar de ser estériles, sino a causa de ello. Y por aquí podemos ahondar en la comprensión de otras perspectivas de la virginidad de María: la de una pobreza total junto con una privación no solamente de los bienes de este mundo, sino incluso de los que daban a una mujer en el judaísmo la razón de ser y el derecho a ser respetada. La venida del Espíritu sobre María será por tanto el encuentro de Dios con la humanidad pobre, el poder divino escogiendo “lo débil, lo despreciable, lo que no es, para confundir a lo que es” (1 Cor 1, 27).

“Todo el AT está animado por esta paradoja del poder del débil, de la exaltación del pobre, de la fecundidad de la abandonada, y esta paradoja alcanza su forma más violenta en el ‘escándalo de la Cruz’, esa ‘debilidad de Dios más fuerte que los hombres’ (1Cor 1, 23). (...) Lucas no describe en María una forma he-

roica de la virtud de castidad: lo que ve en ella es una fe y una esperanza radicales, totalmente despojadas de confianza en la criatura, totalmente abandonadas a Dios. La virginidad de María no tiene tanto valor de virtud moral cuanto teologal; manifiesta más una actitud ante Dios que un esfuerzo de purificación. Representa al ser humano que no cuenta con sus propias fuerzas y puede ser comparada con el vacío sobre el que el Espíritu planeaba en los orígenes”⁷.

María, que vivió la fe y la esperanza como un proceso, vivió también así los aspectos más hondos de su virginidad. Pero para llegar a tener sobre ella una visión inclusiva, es decir, que nos afecte a todos (hombres o mujeres, casados o célibes, y hasta a las “prostitutas que nos precederán en el Reino de los cielos...”), nos importa mucho caer en la cuenta de que lo que descubrimos ahora como terminado en María es la misma obra que Dios tiene empezada en cada uno de nosotros. Es la acción del Espíritu la que nos va haciendo vírgenes,⁸ y eso quiere decir, en palabras de Rahner, que “no somos gente que opera su salva-

7. L. Legrand, *Fécondité virgine selon l'Esprit dans le NT*, NRT 8, Sep.-Oct.1962, 793-794

8. “La virginidad es un signo que no puede ser leído en sí mismo, sino que remite a algo mayor que él. No es sólo signo de la soberanía de Dios, también refleja el misterio de la mujer comprendida como apertura ontológica. El ser humano está llamado a llegar a ser más y así, en María Virgen, el Espíritu encuentra el espacio humano definitivo donde hacer su morada. La virginidad es condición y comienzo de un nuevo pueblo” (I. GEBARA Y M.C. BINGEMER, *Mary, Mother of God, Mother of the Poor*, Orbis, 1987,págs. 30-31)

ción por sus propias fuerzas y que conquista el cielo. No construimos torres de Babel acumulando progresivamente fuerzas y posibilidades hasta llegar al cielo. Somos gente que, después de haber utilizado todo lo que la tierra ofrece de fuerzas y haber hecho lo posible, se reconoce como siervos inútiles que deben obtener lo que cuenta definitivamente de Dios y de él sólo. Solamente cuando afrontamos a Dios desde esta disposición de virginidad, estéril sin duda a los ojos del mundo, somos verdaderamente cristianos.”

Y todo esto, expresado en el lenguaje sencillo del pueblo, quiere decir que el que “tiene devoción a la Virgen” debe estar preparado porque está expuesto a que le ocurra algo parecido a lo que le pasó a ella. Eso si no nos olvidamos de que acercarnos a ella nos adentra en el misterio de su *tapeinosis*, es decir, de su pertenencia al inmenso grupo de humillados, pobres y hambrientos que pueblan el Magnificat y siguen poblando nuestro mundo. Y, lo mismo que su virginidad la situó entre ellos, también al que está dispuesto a dejarse afectar por María Virgen, ella lo invita a sentir como suyo ese revés de la historia y a orientar en esa dirección (hacia el Sur...) energías, recursos y afectos.

Dios tiene comenzado en cada uno de nosotros un trabajo de virginización por el que nos vamos haciendo cada vez más receptivos y abiertos a los otros, más vacíos de nosotros mismos y dispuestos

a pasar a esa esfera de sombra en que ella vivió. En la anunciación, María entra en escena como la mujer “revestida de sol” de que habla el Apocalipsis (12, 2): “has encontrado gracia”, “el Señor está contigo”, “no temas”..., pero sale de escena envuelta en sombras: “el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra...” y tendrá que aprender a vivir toda su vida ahí, aceptando no comprender siempre (Lc 2, 50), sabiendo que una espada del dolor le atravesaría el alma (Lc 2,35), dispuesta a confrontar en su corazón las incertidumbres de la realidad (Lc 2, 19).

Lo mismo que ella, también nosotros escuchamos voces de ángeles que nos invitan a pasar del ámbito de lo seguro y conocido, de lo acostumbrado, razonable y controlable, a la esfera de sombra. Nos da miedo adentrarnos en ese terreno desconocido aunque estemos añorando con todas nuestras fuerzas que el centro deje de estar en nosotros mismos, o en nuestras posibilidades o imposibilidades, para que sea Otro quien se haga cargo del control y ponga en nuestro centro a esos otros que son la niña de sus ojos. Nos sentimos amenazados por ese tránsito y ese des-centramiento y, según va pasando la vida, corremos el peligro de girar constantemente en torno a lo ya realizado, lo ya visto y experimentado: esto es lo que soy, esto es lo que da de sí la vida, este mundo, este grupo, esta realidad, son lo que son y no hay quien lo cambie...

La gracia nos está esperando ahí, lo mismo que a María, para llamarnos a acoger las posibilidades inéditas que el Dios de lo no-conocido puede crear en nosotros.

“Si este pueblo juzga algo imposible,
¿tendré que juzgarlo yo también imposible?,
dice el Señor” (Zac 8,6).

Si nos rendimos ante él, irrumpirá en nuestra vida un viento capaz de arrastrarnos más allá de nuestra nostalgia por lo irremediable, de nuestras inútiles lamentaciones porque dejamos atrás o perdimos, para conducirnos al asombro ante lo que aún está por nacer en nosotros. Porque, como dice el maestro Eckart, “el propósito principal de Dios es dar vida y no está satisfecho hasta que no engendre a su Hijo en nosotros. Y tampoco el alma está nunca satisfecha hasta que el Hijo nazca en ella”.⁹

Y si nos preguntamos cómo se hará esto en nosotros, pusilánimes agarrados a pequeñas seguridades y obsesionados por los propios límites, lo mejor que podemos hacer es acercarnos a María, la mujer “revestida de sol y envuelta en sombra”. Porque ella, “Nuestra Señora de los Tránsitos”, “Santa María del Buen Parto”, conoce bien los extraños caminos por los que se accede a ese nacimiento.

9. M.Eckhart, *Sermons and Treasures*, Sermon 68, Londres 1979, 44. (Citado por T.Ratcliff en *El manantial de la Esperanza*, Salamanca 1999, p.204)

Asunta al cielo

Al contemplar a María en su Asunción, la Iglesia celebra a la mujer que “tuvo parte con Jesús” hasta el fin. “Era necesario que la madre de la Vida tuviese parte en la morada de la Vida”, dice Germán de Constantinopla. La expresión “tener parte con” evoca una relación de afinidad, de proximidad, de cercana familiaridad: la encontramos en el diálogo de Jesús con Pedro durante el lavatorio de los pies: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo”, es decir, no participas de mi vida, no estás en comunión con mis opciones, con mi manera de ver y de vivir la vida. En la primera carta a los Corintios vuelve a aparecer aunque con un término diferente: “Fiel es Dios por quien han sido llamados a la koinonía (la comunión, la identificación...) con su hijo Jesucristo” (1Cor 1).

Esta manera de expresar los vínculos que se crean entre personas y que les hacen compartir la misma suerte y el mismo destino, puede servirnos hoy para adentrarnos un poco más en el misterio de la Asunción.

No olvidemos que de “las cosas de Dios” (como de tantas cosas humanas...), sólo podemos hablar con metáforas, con imágenes, con torpes aproximaciones y tanteos; y por eso, al decir “asunción”, queremos referirnos al resultado final, al momento definitivo, a la culminación de un proceso. Pero la meta supone siempre un camino, el fruto ha tenido

una larga maduración en el árbol, la piedra preciosa ha cristalizado lentamente durante miles de años en la hondura de la roca.

Por eso la ascensión de María nos invita, no sólo a alegrarnos de que sea ella la primera en “tener parte” en la gloria con su hijo resucitado y adelantar la fiesta en que todo el cosmos será también transfigurado al concluir su impulso ascensional, es también una invitación a fijar la mirada en el proceso que la llevó hasta ahí, en el recorrido a través del cual una mujer de las nuestras fue teniendo parte, de una manera gradual y cada vez más intensa, en la suerte de Jesús.

Podemos emplear para ello la táctica del pintor de íconos que pintaba la Navidad de una manera muy particular.

Así nosotros, al mirar a María en su ascensión, estamos llamados a mirarla en las etapas aún oscuras en las que se fue gestando su *koinonía*, su comunidad de vida con Jesús. A lo largo de todas ellas la mejor discípula fue aprendiendo a entender lo que era el Reino y a apasionarse por él y, como buena tierra, fue acogiendo la semilla y dejándola germinar en su interior hasta dar el ciento por uno.

“Tener parte” con Jesús supuso para ella todo un trabajo de confrontación entre la vida extraña de su hijo y la Palabra que ella escuchaba en su corazón.

“Tener parte” con él significó ir encajando lentamente tantas cosas incomprensibles: un nacimiento en la intemperie, una infancia y juventud escondidas, los comienzos de una predicación insólita, las sanciones, los enfrentamientos, el entusiasmo incondicional de sus seguidores, el torbellino de odio de sus detractores que lo arrastraría hasta la muerte.

“Tener parte” con él debió suponer el ir descubriendo, con asombro, que aquél hijo no le pertenecía a ella sino al Padre del cielo y a sus cosas; y que su madre y hermanos eran también todos los que se apiñaban para escucharlo.

“Tener parte” con él tuvo que incluir el ir acostumbrándose a sus preferencias tan provocativas, a su radicalidad extrema, a sus promesas atrevidas, a su amor desmesurado hasta el fin.

Jesús y el reino fueron “asumiendo” a María poco a poco a lo largo de su vida entera; y lo que hoy celebramos es el éxito final de una obra a la que ella consintió, colaboró y se entregó en plenitud.

Con palabras de otro Padre de la Iglesia podemos proclamar:

“Vengan ángeles a la fiesta,
preparémonos para la danza
y para hacer resonar de cánticos la Iglesia,
con ocasión del ascenso del arca de Dios.
El cielo abre hoy de par en par su seno
para recibir a la que

ha engendrado al inmenso;
la tierra, al recibir la fuente de la vida,
se cubre de bendición y de belleza.
Los ángeles forman
un coro con los apóstoles
y miran con reverencia a la madre
del rey de la vida
que pasa de una vida a otra.
Postrémonos todos delante
de ella y roguemos:
Reina, no olvides a quien está unido a ti
por parentesco y festeja con fe
tu santa dormición”.

Teófanos de Jerusalén 845

2. HAGAN LO QUE ELLA LES DIGA

En las bodas de Caná fue María la que dio ese consejo a los sirvientes. Vamos a imaginar cuáles podrían ser los avisos y recomendaciones que dirigiría hoy a ese “aprendiz de discípulo” que somos cada uno de nosotros. Nos los haría seguramente en el lenguaje de los textos bíblicos con el que estaba familiarizada y que escuchaba cada sábado desde la celosía de la sinagoga de Nazaret pero, sobre todo, desde su propia experiencia de primera discípula de su Hijo:

Pégate a la realidad porque, como la tierra que esconde un tesoro, es portadora de la presencia de Dios, la tienes tan cerca como el pan de cada día, como la savia que nutre al sarmiento en la vid, como la sombra del árbol que te cobija. Se pega a ti como el cinturón que se adhiere a tu cintura, está tan próximo como los pasos de un caminante a tu lado, como el hombro del amigo en el que puedes apoyarte para escuchar sus confidencias. Su amor es mejor que el vino, por eso lo conocerás mejor tratando de gustarle que pensando en él. Puedes escalar el Horeb o el Tabor para buscarlo, pero tendrás que aprender a escuchar su Palabra en las plazas o en el taller del alfarero, porque es entre los hijos de los hombres donde prefiere pronunciarla.

Despierta tus oídos y tus ojos. Su voz puede resonar como el rugido de un león o como el rumor

de un silencio tenue. Se te comunica en el centro de ti mismo y también en el florecer de los almendros para recordarte que, lo mismo que no eres tú el responsable de que llegue la primavera, tampoco lo eres de la fecundidad de su Palabra, porque de eso es él quien se encarga.

Si te pregunta: “¿Qué ves?”, no intentes levantar los ojos para contemplarlo: mira hacia abajo, hacia los lugares en que la vida de un pobre vale menos que un par de sandalias y no te sorprendas al descubrir cuánto le inquieta que devuelvas a tu hermano, antes de la caída de la tarde, el manto tomado en prenda porque si no, ¿dónde dormirá y cómo se defenderá del frío de la noche?

Vive a la vez alerta y tranquilo: no tengas miedo pero mantente vigilante, porque puede presentarse de improviso y llamar a tu puerta en medio de la noche. Si le abres, entrará y cenará contigo; si lo dejas, te llevará al desierto para hablarte al corazón o para atraerte violentamente con las correas de su amor. Su palabra te sabrá en los labios dulce como la miel, pero quizá te queme las entrañas como un fuego. Después de encontrarlo te irradiará el rostro, pero si te atreves a luchar con él, te dejará cicatrices.

Cuida tu corazón y escúchalo porque su voz te indica los caminos de vuelta a tu casa, a ese centro de ti mismo, donde eres más tú que en lo que haces o piensas. Ahí encuentras lo único necesario: tu

Padre, que está escondido y te infunde su Aliento para que todo tu ser se vaya concertando y haciendo afin con su Hijo. Aprende a estar y a permanecer ahí, a fluir desde su misericordia y apasionarte por su mundo, a respirar el nombre de Jesús como un perfume que se derrama.

Adéntrate en otra sabiduría, disponte a dejar atrás como un manto viejo, tus propios saberes y certezas. La semilla del Reino crece sin que tú sepas cómo y aunque las cañadas que atraviesas te parezcan oscuras, puedes confiar en que tu pastor sabe hacia dónde te lleva. Según él, a la ganancia se accede por el extraño camino de la pérdida y es la puerta estrecha la que desemboca en la anchura del gozo. Porque él contempla ya la espiga en el grano de trigo hundido en tierra y escucha el llanto del niño que nace cuando la mujer grita aún por el dolor del parto: *deja que te descubra las posibilidades de vida que se esconden allí donde parece que la muerte ha puesto la última firma.*

Acoge tu nombre único: lo tiene tatuado Dios en la palma de su mano y te lo entrega grabado en una piedrecita blanca, como tu modo irreplicable y singular de vivir en comunión de vida con él. Alégrate: estás invitado a participar en el banquete del rey y el lugar del discípulo amado no está reservado.

Capítulo IV

*“Oyan y hagan
discípulos...”*

(Mt 28,19)

En el comienzo de su vida pública, los evangelios nos muestran a Jesús dejándose llevar por la corriente de aproximación del Padre: crea comunidad, busca colaboradores, se acerca, contacta, entra en las casas, come con gente marginada, acoge, cura, se compadece, comparte lo mejor que tiene: la buena noticia del amor incondicional de Dios.

Es esa corriente la que lo lleva a desear que sus discípulos hagan lo mismo: “Como el Padre me envió, así los envío yo a ustedes” (Jn 20, 21). Cuanto hagan y digan será prolongación y multiplicación de su hacer y decir. Esa misión que es también la nuestra, nos urge a “hacer discípulos” con la misma convicción y entusiasmo con que Felipe, después de su encuentro con Jesús, fue a buscar a Natanael y le dijo: “Ven y ve” (Jn 1, 46).

Es una misión que no sabe de imposiciones ni de imperativos sino de invitación, de atracción, de contagio, fruto de esa alegría que irradia quien ha encontrado un tesoro.

Es una tarea de iniciación que puede incluir aspectos como los que siguen:

1. INICIAR EN EL SENTIDO DE LA TRASCENDENCIA¹⁰

La semilla del evangelio requiere una tierra que lo acoga y la primera cualidad de esa tierra es la apertura a la trascendencia, una disposición que precisa al menos de un elemental sentido del misterio y de la reverencia. En nuestras sociedades secularizadas donde esos valores están seriamente amenazados, son con frecuencia las abuelas las encargadas de iniciar en ellos a las nuevas generaciones y podemos imaginar a una de ellas dialogando con una nieta virtual y tratando de iniciarla en esos “hábitos del corazón” que disponen y preparan para el encuentro con Dios. Siguiendo la tradición, antes muy extendida y no del todo desaparecida, de proveer a la criatura que nace de medallas, escapularios o “detentes” y de ponerla bajo la protección del Ángel de la Guarda, imaginemos a una abuela cristiana dialogando con su nieta y poniéndola bajo el patrocinio de unos cuantos “ángeles bíblicos” para que ejerzan sobre ella su especial custodia. Falta le hará ser protegida y defendida por ellos de la vertiginosa insipidez reinante que hace tan difícil en nuestra cultura la percepción, no sólo de la trascendencia, sino hasta de la profundidad espiritual de la existencia.

¹⁰. Publicado como “El pabellón de los talismanes. Deseos para una nieta virtual”: *Sal Terrae* (Dic. 2004) 917-929

Así habla esta abuela a su nieta y los siguientes son los “ángeles” que le presenta:

Raquel, la insatisfecha

Una mujer fascinante, Raquel. El narrador la hace entrar en escena con su cántaro a la cintura y su rebaño de ovejas, cimbreante y guapísima. No es de extrañar que Jacob se quedara flechado por ella y que desde ese momento se le fuera detrás embobado, como una oveja más. Pero su romance estuvo lleno de percances y contratiempos y Jacob tuvo que cortejarla durante muchos años. A lo largo del relato de su relación, (no te la pierdas, está en Gen 29-35), se tiene siempre la impresión de que él está más enamorado de Raquel que a la inversa y que ella es una perpetua insatisfecha: no tiene hijos (¡eso era terrible en aquel tiempo!) y no le basta saberse tan querida por su marido y descaradamente preferida a su hermana Lía, que también era esposa de Jacob (eso te lo explico en otro momento...). Cuando por fin queda embarazada y tiene un hijo le pone un nombre extraño: José, que en hebreo significa: “que el Señor me añada (otro hijo)”. Así que el pobre José debió crecer con la sensación de estar incompleto, de no ser bastante, de tener que estar pendiente de que llegara otro hermano (varoncito, por supuesto; de Dina, la única hija de Jacob, ni siquiera

se molesta Lia en buscar el sentido de su nombre, a diferencia del de sus hermanos...) La llegada del esperado Benjamín no te la cuento ahora porque es muy triste, y a donde quiero ir es a la insatisfacción de Raquel, a esa negativa existencial suya a conformarse, a instalarse, a dejar de desear algo más. Fue una mujer empeñada en generar vida y llegó a formularse a Jacob de una manera dramática: “¡Dame hijos o me muero!” (Gen 30,1).

Quién le iba a decir a Raquel que estaba siguiendo las huellas de aquellos antepasados nuestros, los primates, que dejaron la comodidad de las selvas y echaron a andar por las áridas sabanas; pero como aquello estaba muy seco, tuvieron que desarrollar el cerebro para sobrevivir. Así, poco a poco, irrumpieron como seres humanos. Los demás hermanos que se habían quedado en la selva con abundantes medios de vida a su alcance, allí siguen hasta hoy como primates. Lo cuenta Leonardo Boff y concluye: “Así pues, el páramo, la sabana y el desierto son la patria de la humanidad, de la trascendencia. Nos vimos obligados a trascender los límites impuestos por el medio para poder vivir. La trascendencia es fundamentalmente esa capacidad de infringir todos los límites, de superar y violar las prohibiciones y de proyectarse siempre en un más allá”.¹¹

11. *Tiempo de trascendencia. El ser humano como un proyecto infinito*. Sal Terrae, Santander 2002, p.36

¡Qué buen modelo, Raquel, a la hora de mantenerte en búsqueda, sin quedarte satisfecha sólo con conocer el funcionamiento de las cosas y su para qué! No te canses nunca de hacerte preguntas sobre su por qué, no te quedes atrapada en lo inmediato, lo relativo y lo pasajero, en la apariencia de las cosas, en lo puntual y reemplazable, en la eficacia inmediata.

Ojalá acertemos a la hora de *educar tus deseos* y te ayudemos a desarrollar la capacidad de imaginar futuros posibles, esos inéditos viables de los que habla Erich Fromm y que V. Madoz describe como “las posibilidades de transformación viables, pero cuya viabilidad no era percibida. Descubrir las e imaginar otros posibles, tiene que ver con la voluntad que se deriva de mantener una relación esperanzada y no restringida de la realidad”.

Porque mientras la razón instrumental y el universo técnico se hagan dueños de tu visión de la realidad, tu vida quedará fragmentada y chata, se ahogará lo mejor de tu inquietud y de tus deseos y, cuando quieras darte cuenta, estarás retrocediendo, Dios no lo permita, al “estado de primate” en el planeta de los simios.

Jeremías, el despabilado

No es el sobrenombre habitual de Jeremías, que más bien suele aparecer como *addolorato*, según

los italianos, irremediablemente asociado a lamentaciones, lloros y quejidos. En cambio, se recuerda menos su astucia y viveza que le permitieron no dejarse engañar por las pretensiones y ofertas de sacralidad vigentes en su tiempo. Frente al culto fastuoso que se centralizaba en el Templo, algo le decía por dentro que aquello tenía muy poco que ver con un Dios que a él se le revelaba como apasionado por las personas y no por el humo apestoso de la grasa de los sacrificios. Un Dios que llevaba grabados en las palmas de sus manos los nombres de los emigrantes, los huérfanos y las viudas y no el registro de la pureza o impureza ritual de los que venían a visitarlo. Así que Jeremías, por orden del Señor, se plantó delante del Templo y se puso a gritar y a hacer burla a los que canturreaban devotamente: “¡Es el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor!” (Jer 7, 4). Y luego dijo algo parecido a esto: “Habitantes de Jerusalén, menos ofrendas y más justicia; menos trasiego de sacrificios y más preocupación por dónde dormirán los pobres. Ya está bien de tantas postraciones compatibles con la explotación de los débiles. Les aseguro de parte del Señor que mientras lo busquen así, no encontrarán más que el vacío de su ausencia porque Él se ha domiciliado en otra parte, en esos márgenes de la ciudad donde habitan los que han arruinado a golpes de incensario”.

Y no es que Jeremías, como tampoco los demás profetas, hiciera una enmienda de la totalidad del culto (como tú cuando te niegas en rotundo y “por principio” a ir a misa). Ellos sabían bien, como después el propio Jesús, que hace falta preservar y cuidar espacios y tiempos en los que expresar las dimensiones profundas de la existencia y del encuentro con Dios. Lo mismo que Jeremías, Jesús se enfrentará con la pretensión de los que en su tiempo hacían del culto un instrumento de utilización de Dios. Estaba convencido de que la relación con Dios abarca la vida entera y no solamente algunos momentos separados de lo cotidiano, porque la persona es el primer espacio sagrado, el lugar privilegiado para “dar gloria” a Dios y por eso que hay que reconciliarse con el hermano antes de ir a rezar.

Lo que ocurre es que es imposible vivir sin ciertos “rituales” que nos ayuden a reavivar la conciencia de la presencia de Dios en el corazón de nuestra existencia. Por eso, Jesús tenía su propio “ritual de oración” para ahondar su relación con el Padre en las noches o en las madrugadas que dedicaba a orar, y acudió a un gesto sencillo pero cargado de sentido: *partir el pan y pasar la copa de vino en la cena de su despedida*. Fíjate en la cantidad de “rituales de bolsillo” que aparecen por todas partes: los conciertos de los famosos, los partidos de fútbol, las vacaciones, la movida de los viernes por la noche o la compra de determinada marca de auto. Las series televisivas tienen mucho de ritual: mantie-

nen una estructura narrativa regular, así como personajes-prototipos, modelos y conductas que se repiten, junto con variaciones siempre renovadas para asegurar la audiencia. Y las marcas de productos y su propaganda tienen mucho de sacralidad y de rito iniciático. Pero más temible que todo eso son los intentos de sacralización y el abuso de la terminología de lo “sagrado” y derivados dentro del catolicismo: ministros “sagrados”, poder “sagrado”, “sagradas” congregaciones, “sacrosanta” liturgia, orden “sagrado”...Me gustaría engañarme y que se tratara de una terminología neutra, pero tiene todo el aspecto de estar escondiendo ambición de poder y la pretensión de convertir a la categoría clerical en algo superior e intangible, por encima de los demás bautizados.

Y, para no quedarse atrás, aparece el *New Age* o el negocio de la “espiritualidad”, término que el diccionario de María Moliner define como cualidad de lo espiritual, o sea como opuesta a lo material y lo temporal. Pero como no existen “almas” sino personas, la vida de Dios se nos comunica contando con nuestra materialidad y temporalidad y por eso no podemos hablar de “espiritualidad” dejando de lado lo corporal, lo social, lo político o lo económico. Así que ojo cuando quieran venderte lo espiritual como una escapatoria intimista y vaporosa, como un lujo para gente con posibilidades que no tiene que cumplir con el agobio de un horario y de un contrato laboral. O cuando los rasgos de

esa espiritualidad podrían anunciarse en una página del suplemento dominical del periódico junto a la moda, la gastronomía, la decoración o la belleza. Porque esa preocupación centrada en el propio crecimiento espiritual es otro modo de invertir en “bonos del yo” y suena a asunto-privado-con-Dios, como si bastara con “entenderse” bien con él a nivel personal, y la realidad del mundo, que es Su pasión, fuera algo separado de los contenidos espirituales.

Ese planteamiento haría bramar a Jeremías y, si viviera, nos gritaría para recordarnos que el encuentro con Dios no se da en espacios etéreos separados de la vida real y cotidiana, de las cosas que todos, y no solamente unos pocos, tenemos entre manos.

Eleazar, el de los guiños

Antes de hablarte de él, escucha estas palabras estremecedoras de Ernesto Sábato:

“Sí escribo esto sobre todo para los adolescentes y jóvenes, pero también para los que, como yo, se acercan a la muerte, y se preguntan para qué y por qué hemos vivido y aguantado, soñado, escrito, pintado o, simplemente, esterillando sillas. De este modo, entre negativas a escribir estas páginas finales, lo estoy haciendo cuando mi yo más profundo, el más misterioso e irracional, me inclina a hacerlo.

Quizá ayude a encontrar un sentido de trascendencia en este mundo plagado de horrores, de traiciones, de envidias; desamparos, torturas y genocidios, pero también de pájaros que levantan mi ánimo cuando oigo sus cantos, al amanecer; o cuando mi vieja gatita viene a recostarse sobre mis rodillas; o cuando veo el color de las flores; a veces tan minúsculas que hay que observarlas desde muy cerca.

Modestísimos mensajes que la Divinidad nos da de su existencia. Y no sólo a través de las inocentes criaturas de la naturaleza sino, también, encarnada en esos héroes anónimos como aquel pobre hombre que, en el incendio de una villa miseria, tres veces entró a una casilla de chapas donde habían quedado encerrados unos chiquitos -que los padres habían dejado para ir a su trabajo-hasta morir en el último intento. Mostrándonos que no todo es miserable, sórdido y sucio en esta vida, y que ese pobre ser anónimo, al igual que esas florcitas, es una prueba de lo Absoluto”.¹²

Algo así le pasó al siervo más viejo de Abraham cuando éste lo envió a su tierra de origen para buscar mujer para su hijo Isaac. A Eleazar debía agobiarlo bastante no saber acertar con la chica adecuada y por eso lo pidió a Dios que le diera alguna señal, que le hiciera algún “guiño” para indicarle cuál de ellas era la que debía elegir (lo cuenta Gn 24 en una pre-

ciosa narración que acaba en otro enamoramiento súbito entre Isaac y Rebeca. Tan súbito que inmediatamente él la introduce en su tienda, ya te imaginas para qué. Y pensar que les reprochamos tanto a los jóvenes la inmediatez de sus relaciones...)

Y es que Eleazar estaba convencido, como todos los verdaderos creyentes, de que Dios no está mudo, sino que “da señales de vida” y se comunica con quienes viven abiertos a todo lo que en la vida tiene marcas de gravedad y de gratuidad y están dispuestos a asomarse por las ventanas que se abren sobre el secreto de la vida. Entrar en una iglesia románica, admirar la energía vital de un discapacitado en los Juegos Paraolímpicos, presenciar una puesta de sol espectacular o la belleza de los fondos marinos, escuchar historias de vida de hombres o mujeres que son un milagro de resistencia y de ánimo en medio de dificultades inimaginables; vivir intensamente situaciones como el nacimiento y la muerte, las crisis, una enfermedad grave, el matrimonio o el fracaso de una relación o de un proyecto..., todo ello tiene una inmensa capacidad de “guiño” que nos permite descubrir la huella de algo/alguien que nos sobrepasa y que los creyentes llamamos Dios. En esos momentos la trivialidad que nos servía de defensa se derrite y nos es posible “tocar” otros niveles más hondos y más verdaderos de nuestra persona que antes ni sospechábamos poseer.

12. ERNESTO SABATO, *Antes del fin*, Seix Barral, Barcelona 1999, p12

Pero para escuchar eso que algunos han llamado “rumor de ángeles” y que ha transformado su vivir en algo mucho más auténtico y apasionante, no vas a tener más remedio que arriesgarte a superar el miedo al “vacío acústico” y hacer la experiencia de que la soledad y el silencio ni muerden ni dan calambre, sino que son puertas que abren al esplendor de una vida humana más verdadera.

Hubo una noche que se había anunciado una lluvia de estrellas y muchos nos levantamos para verlas. Nos quedamos frustradísimos porque no habíamos contado con el poder intoxicador de las luces de neón de la ciudad que no dejaron a la oscuridad hacer su trabajo de dejarse rasgar por las estrellas. Me hizo pensar en las otras “luces de neón” que amenazan teñir con su tono único los horizontes de sentido de la gente: el propio yo y su cortejo de derechos inviolables, merecedores de incondicional protección, las propias libertades, la dichosa “calidad de vida” con su irrenunciable nivel de consumo o las sacrosantas vacaciones... Posiblemente tenía razón quien decía que necesitamos un techo para protegernos de la lluvia y del sol, pero más aún para no tener que mirar la profundidad infinita del cielo.

No estabas tú para que reflexiones esa noche pero ahora aprovecho la experiencia que vivimos para comunicarte la mayor gravedad que soy capaz, mi deseo de que te acostumbres a caminar dirigiendo de vez en cuando tu mirada hacia el misterio que está

sobre ti, sobre todos nosotros. Por eso son tan importantes esos tiempos de silencio y de habitar contigo misma “en la noche” para poder detectar “guiños”, esos pequeños SMS que Dios hace llegar a tu móvil vital. Querría que encontraras siempre sobre ti rendijas abiertas por las que pudieras asomarte al asombro y a la admiración y que siguieras siempre haciéndote preguntas, sin pensar que todo es sencillo, que todo está explicado y que todo es explicable.

La verdad es que no quería que te perdieras “la lluvia de estrellas”...

Moisés, el montañero

Entre otras muchas cosas que la Biblia cuenta de este personaje gigantesco hay una de la que nunca se habla y es de su ejercicio constante de subir y bajar del Sinaí. A cada paso lo vemos subiendo al monte para encontrarse con Dios (que casi siempre llega envuelto en una nube, Ex 34...), y bajando del monte para encontrarse con los israelitas que, mientras tanto, han aprovechado su ausencia para montar su peculiar macrofiesta (Ex 32, 1-14).

Te aseguro que cuando vi desde abajo el monte Sinaí (tardé después tres horas largas en subir de noche a su cumbre para ver amanecer desde arriba), creció infinitamente mi admiración por aquel “hombre lanzadera”, que se pasó la vida tejiendo

relación entre Dios y su pueblo, inasequible al desaliento y al cansancio.

Me he acordado de lo que Susana Tamaro llama el “aplayamiento de la montaña” y el rechazo de todo lo que produce fatiga como una de las características de nuestra cultura. Pero junto a eso me sobrecogen las dosis increíbles de esfuerzo, constancia, renunciadas, transpiración y dinero invertidos por muchas adolescentes en conseguir una figura ideal (talla de casi anoréxicas...), como también su asombrosa capacidad de resistencia a la hora de pasar una noche en la calle con tal de asistir al concierto del cantante de turno... Por eso pienso que la “capacidad de fatiga”, de eso que antes llamábamos disciplina o “ascesis” sigue viva en los jóvenes y que bastaría con ayudarlos a descubrir que la propuesta del evangelio es apasionante, que la “figura” que modela resulta espectacular, y que la “música” con la que nos invita a danzar compensa todos los esfuerzos por conseguir entrada.

Entiendo muy bien cuando se rechaza ese discurso rancio de lo permitido y lo prohibido; no me parece un buen lenguaje, sobre todo porque es ajeno al espíritu del evangelio que jamás presenta el seguir a Jesús como un mero cumplimiento de normas, sino como el descubrimiento de un tesoro escondido en un campo, tan fabuloso que el que lo encuentra se llena de alegría y comete el desvarío insensato de tirar por la ventana todo lo demás (Mt 1, 44).

Ojalá que la vida nos ponga en trance de hacer la experiencia de esa “chispa de locura...”

Jacob, el cojo

Ya te hablé antes del que fue marido de Raquel, pero no te conté la escena bíblica en la que se narra una lucha que mantuvo de noche junto a un río con un personaje misterioso que no se sabe bien si era un ángel o Dios mismo... (Gn 32). Lucharon en la oscuridad y cuando se separaron al amanecer, Jacob estaba lesionado en una pierna y desde entonces cojeaba siempre al andar. Una experiencia de límite se había instalado en su cuerpo y tuvo que convivir con ella hasta su muerte.

¿No te llama la atención el rechazo que existe a tu alrededor a todo lo que suene a limitación, carencia, disminución o defecto físico? Es como si sólo tuvieran derecho a existir los guapos, jóvenes, sanos y “exitosos”. Una treintañera amiga me hablaba de la exigencia que pesaba sobre las de su edad de rendir al máximo en el trabajo, mantenerse en forma, llegar a todo, entender de todo y estar siempre “guay” y dispuestas a pasarse la noche del viernes bailando sin descanso en una discoteca. “Y no se te ocurra decir que estás cansada, harta o estresada porque eso no va, si hay que estar siempre perfecta..”

Lo que ocurre es que la vida contradice tercamente este código de triunfadores y es impensable una

trayectoria vital en la que no hagan su aparición los límites, las crisis, o los conflictos. Y es precisamente ahí cuando emerge casi siempre lo mejor de la persona: su capacidad secreta de resistencia, de valor y de energía para llevar a adelante su “cojera”. “Ser creyente es afrontar animosamente la vida”, decía el famoso teólogo, Karl Rahner, y esa ampliación del ámbito de la fe nos hace descubrir la cantidad de verdaderos creyentes que pueblan el mundo.

Resulta que las experiencias de límite y los momentos inesperados en los que somos visitados por el sufrimiento en cualquiera de sus formas (la enfermedad, el fracaso, la pérdida, la ruptura...) pueden convertirse en la tierra sagrada en la que echan raíces nuestras mejores capacidades y en la que florecen posibilidades que hubieran permanecido desconocidas para nosotros. En cuanto entras en relación profunda con alguien, te das cuenta de que cada persona es portadora de alguna herida que tiene nombres múltiples: carencia, decepción, falta de cariño... “La tierra de las lágrimas permanece en un lugar muy secreto”, decía el Principito. Todos llevamos alguna de esas heridas ocultas y una de las señales de crecimiento en madurez es aprender a sanarlas y a dejar que otros nos ayuden a ello.

Recuerdo que cuando vi la película “El hombre que susurraba a los caballos”, me impresionó la historia de la chica que pierde una pierna en el accidente entendiendo muy bien su primera etapa

de rebeldía y dolor al verse tan limitada. Al principio, se encerró en un silencio hermético, alejada e incomunicada de sus padres y de sus amigos, pero su actitud se fue transformando progresivamente a medida que la envolvía el cariño de la gente que contó con ella y le dio responsabilidad en el proceso de curación de su caballo. El sufrimiento la había ayudado a madurar y a conseguir una personalidad más comprensiva y confiada.

Los momentos de oscuridad o de crisis, o de darnos de bruces con nuestra fragilidad y nuestras carencias, son ocasiones incomparables de “trascendencia”, sobre todo si se tiene la suerte de vivirlo acompañado por otra persona: “A veces sucede que estás sumido en una crisis existencial, sin rumbo, y te encuentras con alguien que tiene palabras cordiales, que te enciende una luz, que te pone una mano sobre el hombro y te indica un camino. No como el maestro que se limita a decirte: “Ve por ahí”; sino despertando al maestro escondido que hay en ti y ayudándolo a definir un camino con sentido. Entonces tienes una experiencia de trascendencia, de ruptura de tu círculo cerrado, de apoyo existencial liberador. Surge entonces el sentimiento de veneración por esa persona que, por un momento, se transforma en maestro capaz de despertar tu héroe interior adormecido”.¹³

13 Leonardo Boff, o.c. p.36

Una escena del Evangelio viene a decir lo mismo de otra manera: un joven se acercó corriendo a Jesús, acuciado por una urgencia inaplazable, como si viera en él su último recurso para encontrar respuesta a la pregunta que estaba ansioso por resolver. No acudió a él como otros personajes oprimidos por la enfermedad, sino a partir de una inquietud interior: ¿qué tenía que hacer para vivir de verdad? No parecía preocuparle la vida terrena porque era muy rico: él quería saber cómo poseer (heredar, conseguir...) una “vida eterna”, más allá de las limitaciones del tiempo, la fragilidad y la caducidad de las relaciones humanas, una vida plena, honda y desbordante.

Lo sorprendente de la respuesta de Jesús es que emplea sus mismos códigos de lenguaje, pero en otra dirección: no en la del acrecentamiento, posesión o herencia, sino en la de la desapropiación, desprendimiento, vaciamiento y entrega... Eso es lo que le faltaba. Algo así como si le dijera: “No es poseyendo algo como vas a encontrar la vida que andas buscando, sino precisamente al revés: es lo que te falta lo que abre en ti una brecha por la que puedes encontrarla si te introduces en ella...”

Te puedo asegurar (palabra de abuela), que ese convencimiento es el que me permite ir tan contenta por la vida. Eso sí, cojeando bastante.

Noé, el independiente

Según una narración del Génesis el Señor dijo a Noé: “Construye un arca... (...) Y Noé hizo lo que el Señor le había mandado” (Gn 6, 14.22).

A veces me he parado a pensar en el “impacto social” de su obediencia y a imaginar las burlas de sus vecinos cuando se dieron cuenta de que aquel armatoste de madera que se había puesto a construir estaba destinado ¡nada menos que a flotar! “Este pobre Noé debe estar loco”, comentarían todos, “¿qué extrañas visiones o qué palabras lo han engañado? ¿Qué hace ahí construyendo un arca en su jardín...? ¡Vamos, Noé: come, bebe y ríe con nosotros, déjate de arcas, que estamos en tierra de secano y el mar queda muy lejos... No andes tan atareado, hombre, que sólo se vive una vez y tú andas demasiado desvelado y afanoso construyendo ese barco inútil...” Y Noé, entretanto, silencioso y tozudo, dando crédito al anuncio de un diluvio que se aproximaba, a pesar de vivir a cientos de leguas del mar y bajo un cielo sin rastro de nubes.

Ya sé que es echarle mucha imaginación a la escena, pero de todas maneras pienso que los que hoy vivimos la fe en medio de un mundo de increencia, tenemos algo de parecido con Noé porque, lo mismo que él, necesitamos una obstinada decisión para empezar a vivir ya en la clave de lo que la Palabra nos anuncia y fiarnos del que la pronuncia, más allá

de cualquier comprobación inmediata por nuestra parte. Pero para eso hace también falta una buena dosis de libertad y de independencia de la opinión dominante y empeñarnos en ese aprendizaje vital, siempre inacabado, de llegar a ser alguien abierto y dialogante con todos, pero con la tranquila firmeza de quien no teme expresar sus convicciones, más allá de la aprobación o desaprobación ajena. No es algo fácil de conseguir ni de encontrarle “el punto” porque se pueden rozar las posturas integristas de quienes se sienten en posesión absoluta de la verdad y defienden con soberbia y dureza las propias seguridades. Pero, por otro lado, si emprendes ese “itinerario espiritual”, vas a necesitar mucho temple y mucha audacia, porque los que se deciden a sacudirse el conformismo y las explicaciones chatas sobre la vida, son calificados con frecuencia de ridículos, en tiempos en los que ni la inquietud ni las opciones contraculturales están de moda.

Buenísima costumbre la de reírte de sus pretensiones. ¿Sabes cómo acaba la historia de Noé? Dios “inventa” el arco iris como señal de que no habrá más diluvios y como memorial de su amor hacia todos los seres vivientes. Cuando lo veas, acuérdate de que está ahí para alentar e iluminar la aventura de tu libertad...

María, la Conectada

Así la presenta el evangelio, en constante conexión con sus sentimientos y su interioridad: “se alegra mi espíritu” (Lc 1, 47), “conservaba todo y le daba vueltas en su corazón...” (Lc 2, 14-20; 46-52). Preciosos, dentro de la sobriedad evangélica, estos indicadores de su capacidad de escuchar, reflexionar, elaborar sus propias emociones y vivir relacionando lo que escuchaba en su corazón con los datos que le iba dando la realidad. “Nuestra Señora de la Santa Conexión”, “Experta en Sabiduría”, mujer contemplativa que supo acoger los aspectos oscuros y no inmediatamente inteligibles de su Hijo.

Lucas insiste varias veces en que ella “se turbó” (Lc 1, 29), “se quedó desconcertada” (2, 48) y “no comprendió” (2, 50). Y precisamente por eso su actitud es la de meditar en su corazón el sentido de los acontecimientos (2, 51), y vivir siempre acompañada por el rumor de un movimiento de adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro, de ir confrontando interioridad y acontecimiento, de ir tejiendo, calladamente, la Palabra con la vida. En eso debió consistir el trabajo de la fe que María, la creyente, fue realizando en el “laboratorio” de su corazón para unificar lo que conocía por la Palabra y la realidad que iba aconteciendo ante sus ojos.

Tengo la impresión de que el modelo cultural dominante tiende a crear sujetos-sonámbulos que van,

vienen, hablan y hacen muchas cosas, persuadidos de que están huecos y necesitados por tanto de echar mano de “cerebros auxiliares” (walkman, juegos en la computadora, programas estúpidos de TV...), incapaces de saber lo que realmente los habita, miopes para admirar, amar o sencillamente asombrarse. Pero si no estamos en contacto con los sentimientos y deseos que pueblan nuestro interior, ¿cómo podremos compartirlos con otras personas? ¿cómo vamos a disfrutar de la riqueza de ese mundo de inquietudes, sueños, proyectos, preferencias, alegrías e ilusiones si hemos perdido el camino que conduce a lo más verdadero y profundo de nosotros mismos? Es una manera de vivir que tiene el efecto perverso de hacernos depender sólo de estímulos externos y de cómo nos valoren los demás, y esa servidumbre de la exterioridad hace que nuestro proceso vital se detenga.

El evangelio nos hace ver de mil maneras la importancia de vivir en contacto con el propio adentro, porque sólo desde ahí es posible comenzar de nuevo y llegar a hacer verdaderas opciones. El hijo menor de la parábola no se había perdido de manera “inocente”, como la oveja o la moneda de las otras parábolas: aparece como exigente, duro, derrochador, degradado al cuidar cerdos, calculador a la hora de su retorno. Cuando llega hasta el fin de sus iniciativas, descubre que no le eran suficientes y que se ha destruido a sí mismo: se ha transformado de “hijo” en “porquero” y de “heredero” en “com-

pañero” de los cerdos. No le queda nada de lo recibido y su deseo está orientado hacia el alimento, no al encuentro con su padre. Todo el ámbito de la exterioridad le es hostil y es precisamente en ese momento cuando aparece el “punto de inflexión” de la historia: “Entonces, entrando en sí, se dijo: *Me pondré en camino a donde está mi padre...*” (Lc 15,17). Es en su interioridad donde encuentra la memoria de cómo es la vida en la casa de su padre y donde le nace el deseo de volver a ella. Y el que aparecía marcado por la muerte, inexistente y perdido, es encontrado y entra finalmente en la vida.

Al final de la película de Adolfo Aristarain “Un lugar en el mundo”, el hijo del protagonista recuerda algo que le había dicho su padre: “Cuando uno encuentra su lugar ya no puede irse”. Y al preguntarse cómo reconocerlo, se responde: “Supongo que me daré cuenta cuando esté en un lugar y no me pueda ir. Todavía tengo tiempo para encontrarlo.”

Me tranquiliza saber que también tú estás a tiempo de encontrarlo y ya sabes, no te he ocultado nunca, que espero con impaciente paciencia que ese lugar que reconozcas como “el tuyo”, te permita entrar en contacto vital con Jesús, el Señor y con su Evangelio, dentro de la comunidad eclesial. Y aunque ahora tengas que tantear muchos caminos, puedes estar seguro de que ninguno te conducirá mejor a él que el hábito de vivir conectado con tu corazón. Porque es ahí donde manan las fuentes

de la vida y el que te “avisa de la oportunidad más que siete centinelas en las almenas” (Pr 4, 23; Eclo 37, 13-14).

No podría encontrar mejores palabras que la de aquellos “abuel@s sabi@s” que dejaron escritos en la Biblia sus deseos para las generaciones siguientes.

2. INICIAR EN LA LECTURA DE LA PALABRA

Estas pueden ser algunas de las actitudes a cultivar en quienes deseen ponerse en actitud de discípulos para, lo mismo que María, escuchar la Palabra y guardarla.

Estar atentos al Dios que da señales de vida¹⁴

Si de algo están convencidos los autores bíblicos es de que Dios está constantemente “emitiendo señales” hacia nosotros: el arco iris (Gn 9, 12), el sábado (Ez 20, 12), la sangre (Ex 12, 13), la luna (Eclo 43, 8), una piedra (Jos 4, 6)... Los “signos, prodigios, gestas, maravillas y señales portentosas” con que califican las acciones de Dios para con su pueblo, no parecen tener otro fin que el de convertirse en aviso, signo, guiño, contraseña o recordatorio de su presencia activa, de su incansable deseo de comunicarse y entrar en relación. El cielo “narra”, el firmamento “pregona”, el día “transmite”, la noche “susurra” (Sal 19, 2). Juan lo recuerda a su manera en el prólogo de su evangelio: “En el principio existía la Palabra...” (Jn 1, 1). Y es como si nos dijera: “Dios es todo comunicación, el rasgo más característico de su identidad es precisamente ese: su expectativa de conversación y

¹⁴. Publicado como *Pan en nuestra mesa. Lectura orante y pastoral de la Biblia: Sal Terrae*, 2000, pp.615-630

diálogo con nosotros. Y eso desde que esperaba con impaciencia la brisa de la tarde para bajar a encontrarse con nuestros padres en el jardín”.

Por eso el gran imperativo de Israel es “¡Escucha!” y el peor reproche profético es el del embotamiento y la torpeza de ojos, oídos y corazón (Is 6,10), porque eso trae consigo el “síndrome de Emáus” que fácilmente puede ser el nuestro: estar puntualmente informados de los últimos acontecimientos y no enterarnos de nada.

Leemos la Escritura no para recibir información, sino para ponernos a la escucha del Dios que “emite señales” y nunca está “fuera de cobertura”. También para seguir tejiendo una historia relacional entre él y nosotros, y apasionarnos por una aventura espiritual que sólo es posible si el fondo de nuestro corazón está habitado por el deseo de encuentro que nace del amor.

Lo sabía bien el orante que decía:

“Aguardo al Señor, lo aguarda mi alma
esperando su palabra;
mi alma a mi dueño
más que el centinela a la aurora,
el centinela a la aurora...” (Sal 130, 5-6)

Sin al menos una “brizna” de este deseo en el alma, tendremos que olvidarnos de teologías, métodos o escuelas bíblicas. Todo ese esfuerzo se pier-

de como la semilla en el camino si no se apoya en la conciencia de que entre nosotros y Dios ha ocurrido *algo*, y que a ese algo, experimentado como un encuentro dialogal que ha hecho comenzar una historia de amor (Cf. DV 2), lo llamamos “Sagrada Escritura”, pero su verdadero nombre sería el de “la gran carta que el Padre envía a sus hijos que peregrinan en el mundo y con quienes se entretiene mediante el Espíritu Santo” (DV 21).

La relación de un cristiano con la Biblia no es como con un libro, sino con Alguien, y no se trata de tener fe en ese libro, sino de vivir a la escucha de ese Alguien que nos habla siempre, no sólo a través de los textos bíblicos sino, sobre todo, a través de ese otro libro que es el de la creación, la vida, la historia, los acontecimientos, toda la realidad humana. El “segundo libro”, dice san Agustín, vino después, cuando: el Espíritu Santo, el dedo de Dios, puso manos a la obra para redactar este nuevo libro y extendió sobre nosotros el cielo de las Escrituras. Gracias a él se nos ha restituido la mirada de la contemplación y, de esta forma, todas las criaturas se convierten para nosotros en una revelación de Dios. Cuando, según el Apocalipsis, “el Espíritu y la esposa dicen ¡Ven, Señor!” (Ap 22,17), se nos está revelando que la clave de nuestra búsqueda no podrá ser nunca la curiosidad intelectual, sino la espera ardiente del Dios que está en camino hacia nosotros y se nos comunica casi siempre de manera imprevisible.

Entrar en una dinámica pascual

Abrir la Biblia nos invita siempre a salir de una tierra para ser conducidos a otra que se nos ofrece como promesa, y eso quiere decir aceptar ser ceñidos y llevados a donde no queríamos ir. Y para este viaje necesitamos la presencia del Espíritu. Por eso, invocarlo desvalidamente antes de entrar en contacto con la Palabra es algo más que un trámite piadoso, tanto en la lectura personal como en la comunitaria. F. Rosenzweig decía: “La Biblia y el corazón humano dicen lo mismo. Por eso, y sólo por eso, la Biblia es revelación.” Pero, como no es fácil vivir en contacto con nuestro propio corazón hasta descubrir su coincidencia y su afinidad con lo que Dios quiere comunicarnos, él mismo nos ha dado su Espíritu como el “Dulce Huésped del alma” que “lo sondea todo, incluso las profundidades de Dios” (1Cor 2,10). Sólo él puede desvelarnos lo que se refiere a lo más profundo de nosotros mismos y del mundo en nuestra relación fundante con Dios.

Hacernos contemporáneos de la Biblia

Una escena de la película de Woody Allen “La rosa púrpura de El Cairo” ofrece un buen ejemplo de esa contemporaneidad: la protagonista, sentada en la butaca de un cine de continua, contempla la misma película sesión tras sesión. De pronto, ve cómo su actor preferido se sale de la pantalla y la invita a

entrar en el guión: la agarra de la mano y la introduce dentro de la película y, a partir de ese momento, se convierte en un personaje más que se mueve en el mismo escenario. Muchas veces he pensado que eso es lo que debería ocurrirnos con la Biblia: dejar de leerla como espectadores, comenzar a dialogar con sus personajes, entrar en el guión y en la banda sonora de sus experiencias, sentirnos como ellos actores y protagonistas, darnos cuenta de que todos esos hombres y mujeres de las narraciones bíblicas, vienen a nuestro encuentro para acompañarnos en nuestro itinerario creyente.

No vamos a la Biblia para saber e instruirnos, sino para conocer mejor la realidad presente y las llamadas de Dios en ella. Es verdad que no podemos “domesticarla” pero sí hacerla “doméstica”, es decir, familiar, parte de nuestra casa. Cuentan que Monseñor Angelelli, el obispo argentino asesinado, solía decir: “Hay que estar con un oído puesto en el Evangelio y el otro en el pueblo.” Como en un dúo operístico, vida y evangelio se convierten en dos voces inseparables que hacen resonar la Palabra de Dios en estéreo.

Tendríamos que ampliar nuestro concepto de “inspiración” y recordar que el término no designa solamente la acción del Espíritu Santo sobre los autores sagrados, haciendo que sus escritos sean Palabra de Dios. Un texto se nos revela como “inspirado”

cuando nos trae la inspiración de Dios para nuestra vida, cuando nos comunica su fuerza para orientar y transformar nuestra existencia.¹⁵ El ayer recordado está al servicio del presente y las historias pasadas nos llaman a re-crear nuestra historia actual y a reconocer al mismo Dios de ayer en el hoy, caminando con nosotros y haciéndonos recobrar ánimo y esperanza.

Habitar el propio corazón

“Estoy a la puerta llamando. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3, 20). En la vida cotidiana resulta obvio que para recibir a un huésped hay que estar esperándolo o, al menos, estar dentro de la casa por si llega. Imaginemos otra posible versión del texto del Apocalipsis: “Estoy dentro de ti aguardándote. Si entras y cierras la puerta, cenaremos juntos”. Y nos hace falta recordarlo, porque hoy el “habitar la propia casa” se ha vuelto un arte difícil, asediados como estamos por mil llamadas a la extraversión, distraídos por tantos ruidos que nos vienen de afuera o que nos resuenan dentro.

Nos cuesta reconocer que existen unas condiciones mínimas para “hacernos habitables”, para estar presentes, ocupar nuestro espacio personal y unificar nuestra dispersión (resulta significativo que

el verbo habitar sea un frecuentativo de *habitare*: estar o tener repetidamente, constantemente”...)

A veces, ese atolondramiento y esa distracción parece nacer “con buen fin”: corremos diligentemente de conferencia en conferencia, compramos insaciablemente libro tras libro, acumulamos notas que nunca volveremos a leer; grabamos afanosamente casettes que dormirán después silenciosos en un armario... Las palabras se van acumulando en las estanterías de nuestro corazón, las ideas, discursos, razonamientos, opiniones y comentarios van ocupando todos sus rincones, y devoran ese espacio de desierto y silencio al que siempre está queriendo Dios atraernos, y su Palabra se queda sin espacio donde acampar en nosotros.

Nos cuesta infinitamente hacer eso tan sencillo que recomendaba Jesús: “Tú, cuando vayas a orar, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto” (Mt 6, 6). En cambio, María debía saberlo bien, ya que estuvo precisamente en el lugar donde podía ser encontrada por quien le traía “noticias de Dios”: “Entrando el ángel donde estaba María, le dijo...” (Lc 1, 28).

Sin un hábito de disciplina para habitar nuestra propia interioridad, leeremos textos pero no nos sorprenderá la Palabra, creceremos en ilustración pero no en sabiduría, nos consultarán como a peritos, pero no habrá en nuestras respuestas esa vibración que hace intuir bajo ellas un corazón deslumbrado.

15. C. MESTERS, o.c. 355

Creer que la Palabra hace su trabajo

“No empujes al río, él fluye sólo”, aconseja la sabiduría oriental. No te empeñes en controlar el dinamismo de la Palabra, ella sabe bien cuál es su trabajo; y lo realizará si no la estorbas demasiado, nos dice el Segundo Isaías:

“Como la lluvia y la nieve caen del cielo
y sólo vuelven allí
después de haber empapado la tierra,
de haberla fecundado y hecho germinar (...)
así será la palabra que sale de mi boca:
no volverá a mí de vacío,
sino que cumplirá mi voluntad
y llevará a cabo mi encargo” (Is 55, 10-11).

No hay que confundir las tareas: la nuestra es abrir espacio a la Palabra, releerla, estudiarla, meditarla, acogerla desde un corazón vacío y pobre, susurrarla como el orante del Salmo 1. La suya es nutrir, interpelar, conducir, iluminar, transformar. Frecuentar la Palabra, rondarla y cortearla, familiarizarnos con ella, guardar como un tesoro en el arca de la memoria esas breves frases de los Salmos o del Evangelio que en algún momento han hecho arder nuestro corazón: “Tu amor vale más que la vida” (Sal 63, 4); “El Señor es mi pastor, nada me falta” (Sal 23, 2); “Vengan a mí los cansados y agobiados” (Mt 11, 28); “Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68); “Dichosos los misericordiosos” (Mt 5, 7); “Jesús, hijo de David, ten

compasión de mí” (Mc 10, 48); “Que me alcance tu ternura y vivirá” (Sal 119, 77).

Parece una siembra inútil e improductiva pero a veces, inesperadamente, se nos regala la experiencia de constatar que esa semilla ha crecido “por su propio impulso” (Mc 4, 27), y sentimos que esas palabras han comenzado a formar parte de nosotros mismos y se han vuelto nuestra propia respiración. “No pueden servir a Dios y al dinero” (Mt 6, 24), recordamos de pronto, con más fuerza que el deseo de engancharnos al vagón de los beneficiados por las *stock options*. “No anden preocupados por el mañana” (Lc 12, 25), y nuestras ansiedades, temores y obsesiones emprenden la huida. “No tengan miedo, yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33), y nos sentimos con fuerza para enfrentar animosamente la vida. “Era forastero y me diste hospitalidad” (Mt 25, 35), y nos situamos cordialmente a favor de los emigrantes y preocupados de sus problemas.

“Sin que sepamos cómo”, nos hemos encontrado reaccionando desde criterios, deseos e inclinaciones que no proceden de nosotros mismos, sino de Aquel que ha ido grabando su palabra como un sello sobre nuestro corazón y nuestro brazo. Y nos damos cuenta con asombro de que, aunque sea fugazmente, hemos sintonizado con Él, hemos danzado al ritmo de su música, hemos coincidido con sus sentimientos, hemos hecho la experiencia

de lo que ocurre cuando el viento de su Espíritu sopla en la velas de nuestra barca.

Esa experiencia nos devuelve el ánimo y el aliento para volver a seguir remando en medio de la noche con el viento en contra. Y para permanecer en estado de vigilia, sin permitir que nada ni nadie ocupe el lugar del Dueño ausente ni el sonido de su voz.

Acechar a los portadores de Palabra

“Vengan, benditos de mi Padre porque me descubrieron en los que no tenían voz y me escucharon; porque les hablé en los desposeídos de palabra y de derechos, y me respondieron”. Esta versión “auditiva” de Mt 25, 34 nos invita a vivir al acecho de aquellos que en nuestro mundo son portadores privilegiados de la Palabra.

El cuarto canto del Siervo (Is 52, 13-53, 12) puede servirnos de luz para iluminar este misterio. En los otros tres cantos, el Siervo habla, proclama, consuela, anuncia, anima; en éste, su única “palabra” consiste en soportar, aguantar, cargar con, ser traspasado y triturado, enmudecer como una oveja en manos del esquilador, no abrir la boca ante los que le arrebatan injustamente la vida.

A partir de él, habrá que aprender a escuchar los gritos que nacen del silencio. Como oyó Habacuc gritar a las piedras y a las vigas de madera de las

casas construidas sin pagar el salario a los obreros (Hab 2, 11). Como oyó YHWH el clamor de la sangre derramada de Abel (Gen 4, 10). Como oyó el Padre el grito de su Hijo crucificado a las afueras de Jerusalén (Mc 15, 37).

Como discípulos llamados a aprender los métodos de nuestro único Maestro, el evangelio nos convoca a ejercer el “arte de la escucha” de Jesús, su manera de reconocer el “dialecto del Padre” en la persona de los carentes de significatividad de su pueblo. Escuchando su voz silenciosa, Jesús se fue familiarizando con el “código de señales” con que el Padre se comunicaba sintonizando con su “frecuencia”. Contemplando cada uno de los encuentros de Jesús con la gente vamos aprendiendo de él en qué consiste “conocer la Escritura” y “alimentarse con la Palabra”. En cada uno de ellos lo vemos comportándose como un verdadero “escriba”: su tarea consistía, no en escrutar viejos manuscritos, sino en traducir, comprender, discernir, intuir y des-codificar la palabra del Padre que le llegaba cifrada detrás de los gritos silenciosos, las súplicas, desesperanzas, agradecimientos o quejas que llevaban dentro los que se le acercaban. Y en ser para ellos alguien capaz de entenderlos, el “hermeneuta” sabio, capaz de interpretar lo que ellos ni siquiera podían expresar.

Por eso, no hay mejor “cursillo de iniciación bíblica” que ir haciéndonos permeables y porosos, expertos

en humanidad y en escucha, especialistas en mirada y en atención selectiva a aquellos lugares en los que tanta gente sin ciencia ni apariencia, puede enseñarnos a balbucear el lenguaje secreto del evangelio.

Re-crear la Palabra en gestos cotidianos

“En el principio existía la Palabra” afirma Juan; y Lucas, en el discurso que pone en boca de Pedro (Hch 10.34-43) declara: “Dios envió su palabra a los hijos de Israel, anunciando la buena noticia de la paz por medio de Jesucristo, Señor de todos.” Pero inmediatamente añade: “Me refiero a Jesús de Nazaret, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que él hizo en el país de los judíos y en Jerusalén. A él, a quien mataron colgándolo de un madero, Dios lo resucitó al tercer día..”

Ni una alusión a lo que dijo, enseñó, predicó o anunció. Toda la buena noticia parece estar contenida y resumida en ese pasar haciendo el bien. Casi como en el Credo, en el que el *natus* (nacido) va inmediatamente seguido del *crucifixus* (crucificado).

En tiempos de tanta inflación de palabras escritas, predicadas, proclamadas, aprendidas, explicadas, comentadas y exprimidas, quizá estemos necesitando volver a los gestos simples y silenciosos que estuvieron en su origen. Como cuando los profetas, conscientes de que sus palabras de fuego se habían

vuelto ceniza para sus contemporáneos, decidían recurrir a gestos simbólicos, mucho más capaces de perforar las conciencias adormecidas o hastiadas de escuchar. Y se convertían entonces ellos mismos en palabra viva, en un último recurso, el más fuerte y a la vez el más débil, para “atravesar a Israel” (Os 6,5).

Mucha gente anda (¿andamos?) hoy saturada, harta, escéptica e impermeable ante tantos discursos, documentos, exhortaciones y declaraciones y si la salud espiritual depende de la justa relación que establezcamos entre las palabras que pronunciamos y la transformación efectiva de nuestra vida en la dirección del Evangelio, habrá que reconocer que nuestra situación podría ser declarada “zona catastrófica”.

Imaginemos por un momento que tomáramos la decisión drástica de someternos (¿un día? ¿una semana? ¿un mes?...) a una “cura de silencio” consistente en que, durante ese período, las palabras que pronunciamos o escribimos habitualmente fueran sustituidas por este sólo gesto: pasar haciendo el bien. Cada uno de nosotros tendría que traducir ese “paseo bienhechor” a nuestras circunstancias concretas, e ingeniáramoslas para que nuestra corporalidad entera, mirada, manos, pies, toda nuestra capacidad expresiva, reemplazara a esas palabras que, a su vez, han reemplazado tantas veces en nuestra vida a la sinceridad desnuda del amor.

3. INICIAR EL ENCUENTRO CON DIOS

EN MEDIO DE LA VIDA¹⁶

Uno de los mayores peligros de la vida cristiana es el de limitar la referencia a Dios, y por lo tanto la oración, a una esfera “especial”, distinta de lo que llamamos “vida ordinaria”. La relación con Dios se convierte así en algo a lo que reservamos espacios y tiempos determinados, fuera de los cuales esa referencia se debilita o llega a desaparecer. Dios es entonces para nosotros “el Dios del templo”, mucho más que “el Dios de la casa”, es decir, del ámbito en que transcurre nuestra vida. Podemos acostumbrarnos a una manera “intermitente” de orar y de creer, sin llegar a vislumbrar la unificación y la congruencia que daría a nuestra vida encontrar a Dios en todas las cosas, en palabras de Ignacio de Loyola.

Por lo que sabemos de Jesús, esa fue una de las características de su relación con su Padre: leyendo el Evangelio se tiene la sensación de que la referencia a Él es el eje transversal que recorre su vida entera, el manantial secreto que la fecunda, la roca que le da consistencia. Nunca da la impresión de que el encuentro con su Padre quede limitado a las noches o madrugadas que dedica a la oración, sino que cada circunstancia, situación o relación en medio de su vida ordinaria, se convierte para él en

una ocasión de contacto, recuerdo, súplica, alabanza, acción de gracias o bendición.

Una lámpara que se enciende para alumbrar la casa, los pájaros o los lirios, la levadura que una mujer mezcla con la masa del pan, el remiendo de una túnica, una fiesta de bodas, un labrador sembrando, una semilla que crece por sí sola, un campo lleno de cizaña, un pastor que pierde una de sus ovejas, una mujer buscando una moneda, un padre celebrando fiesta por su hijo vuelto a casa. A Jesús todo le recuerda a su Padre, todo se le hace peldaño para subir o bajar hacia él, todo se le vuelve oportunidad para encontrarlo, para hablar de él, para tender un puente que los mantiene en comunicación.

Hay una escena del evangelio en la que encontramos, como en miniatura, esta manera de reaccionar de Jesús: cuando vuelven sus discípulos, exultantes después de su primera experiencia de envío, “Jesús, con el júbilo del Espíritu Santo, dijo: ¡Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra! porque has ocultado estas cosas a los entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, ésa ha sido tu elección” (Lc 10, 21).

El texto contiene una afirmación implícita: es precisamente la acción del Espíritu la que ha desencadenado la experiencia de reconocimiento de la presencia del Padre (de su *eudokia*, es decir, de su “bien parecer...”), en lo que les ha ocurrido a los

¹⁶ Publicado en *Testimonio* 171, Enero-Febrero 1999

discipulos. Está diciendo lo mismo que Pablo a los Romanos al hablarles del “espíritu de hijos que nos permite clamar: Abbá, Padre” (Rom 8,15).

Una actualización posible de esas palabras sería: “El Espíritu de Jesús, derramado en nosotros, nos permite reconocer a Dios como Abbá en medio de nuestra vida”. Y ese reconocer es una de las llaves que abre la puerta cerrada que nos separa la vida de la oración y permite ponerlas en comunicación para unificar nuestra existencia.

Otro de los peligros que corremos al orar es que no siempre nuestra imagen de Dios coincide con la de Jesús, y puede tener más rasgos de “ídolo” de lo que nos atrevemos a confesar. Por eso necesitamos “pegarnos” al evangelio constantemente y dejar que sea el Espíritu, y no nuestra propia imaginación, quien nos haga reconocer a aquel a quien Jesús llamaba Abba.

Vamos a buscar cómo se da en Jesús este reconocimiento, acercándonos a cuatro narraciones de Marcos en las que asistiremos a su encuentro con cuatro mujeres: la viuda pobre (Mc 12, 41-44), la mujer que padecía un flujo de sangre (Mc 5, 25-34), la cananea (Mc 7, 24-30) y la que lo ungió en Betania (Mc 14, 3-11). Los relatos de esos encuentros van a permitirnos asomarnos a la interioridad de Jesús, y a la actitud contemplativa que lo llevó a contactar con el Padre y

a reconocer en ellas su presencia, su acción y algunos de sus rasgos. Podemos formularlos así:

Jesús reconoce a un Dios que está de parte de los excluidos.

El sistema religioso y social que imperaba en la Palestina del s. I, se basaba en un sistema de pureza que fraccionaba la sociedad y segregaba al mundo de la exclusión a todos los que no se adecuaban a una normativa asfixiante que dejaba fuera a extranjeros, enfermos, pecadores, recaudadores, niños y mujeres. “Jesús reivindica una experiencia de Dios nueva y desconcertante. En su nombre, no legitima el orden social establecido, sino que impulsa su trastrueque profundo, que permitirá la reintegración de los excluidos y marginados del sistema. El acceso a Dios no consiste en un proceso de separaciones y aislamientos. La misión implica una estrategia de acercamiento a lo que está fuera de las fronteras, de hospitalidad para con lo extraño, lo cual, a los ojos de las autoridades judías, significa la introducción del caos más absoluto.¹⁷

Las cuatro mujeres que se acercan a Jesús vienen de una sociedad que las discrimina: a una, porque es viuda y pobre; a otra, porque su enfermedad la condena como impura; a una tercera por su condición de extranjera y de madre de una hija endemoniada; a la última por su gesto de desmesura y despilfarro.

¹⁷ R. AGUIRRE, *La mesa compartida. Estudios del Nuevo Testamento desde las ciencias sociales*, Santander. 1996, p.59

Son consideradas inferiores, ignorantes y dependientes; tres de ellas pertenecen al pueblo judío, pero están apartadas de la esfera del culto y hasta exentas de la obligación de orar; se las ve como causantes potenciales de la impureza de los varones (Lev 15) y carecen de cualquier derecho o privilegio.

Jesús toma partido por ellas de una manera rotunda y expresa su propio acuerdo y su admiración hacia ellas y su manera de comportarse:

- Valora en la cananea su lucha por superar las fronteras que separan el mundo pagano del judío que encarna Jesús; su resistencia ante el aparente rechazo; su habilidad para buscar puntos de vinculación, su astucia para encontrar palabras, imágenes, argumentos que puedan aproximar su postura a la de Jesús, su capacidad para no desistir ni ceder ante las dificultades.

- Permite que lo toque la hemorroisa, a pesar de las amenazas que, según el Levítico se ciernen sobre el varón a quien roce una mujer con flujo de sangre (Lev 15). Proclama que esa mujer, al tocarlo, ha sido introducida en el ámbito definitivo de la salvación y situada en la esfera del shalom, es decir, de la salvación, la bendición, la integridad, la plenitud de la vida... Al atreverse a esperar la sanación de Jesús, ha sintonizado con el universo del Reino y por eso él la llama "hija" y la declara así incluida en la familia del Padre, lejos de cualquier exclusión.

- Cuando ve el gesto de la viuda, llama a sus discípulos para hacerles comprender dónde están, según los criterios de Dios, el más y el menos: "Les aseguro que esa pobre viuda ha dado más que todos los otros". La que había entrado en la escena calificada como viuda y pobre, relegada a la escala social más baja, sale convertida en "maestra de discípulos".

- Durante una cena en Betania, una mujer irrumpe en la sala del banquete sin haber sido invitada. No pertenece al grupo de los comensales, y éstos califican como "derroche" que rompa el "frasco de perfume de nardo puro, de mucho precio", y lo derrame sobre la cabeza de Jesús. Pero él reacciona tomando partido por ella: "Ha hecho una obra buena conmigo". Y para apoyar su declaración, lo mismo que en la escena de la viuda, utiliza la fórmula que reserva para sus declaraciones más solemnes, el amén que añade consistencia y rotundidad a sus palabras: "En verdad les digo que, en cualquier parte del mundo donde se proclame la buena noticia, se recordará también lo que ha hecho ella..."

Los gestos de las cuatro mujeres y su propia reacción ante ellas, permiten a Jesús reconocer en sí mismo una "pasión por la inclusión" idéntica a la de Aquel a quien llama Abbá; el contacto con ellas lo lleva a constatar gozosamente su propia afinidad y coincidencia con él y, con su manera de actuar, está proclamando: "Mi Padre es así".

Jesús reconoce a un Dios “buscador de totalidad”

Desde pequeño, Jesús aprendió a orar repitiendo las palabras del Shema: “¡Escucha Israel! El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas” (Dt 6, 4; Cf. Lc 10, 27).

Seguramente escuchó en la sinagoga estas palabras de la Escritura:

“Buscarás al Señor tu Dios, y lo encontrarás si lo buscas con todo el corazón y con toda el alma” (Dt 4, 29).

“Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, si me buscan de todo corazón”(Jer 24, 7).

Y será precisamente esa actitud la que encuentra en las cuatro mujeres que estamos contemplando:

- La viuda pobre tenía entre las manos dos monedas y, sin calcular, tomó la decisión temeraria de echar en la alcancía del templo, de una vez, lo que poseía. Según Jesús, “en su indigencia, ha echado todo lo que tenía para vivir”.

- La mujer que lo ungió en Betania no escatimó la cantidad de perfume, ni midió su precio: “Quebró el frasco y lo derramó sobre su cabeza”. Jesús dice de ella: “Ha hecho lo que podía”.

- La que padecía un flujo de sangre no se alejó de él al sentirse curada, sino que aceptó entrar en

un nivel más hondo de comunicación: “le contó toda la verdad”.

- La cananea emplea todos sus recursos a la hora de salvar a su hijita, poseída por un demonio, y su confiada insistencia consigue que no se rompa el diálogo, acorta distancias, rompe diferencias, y disuelve la resistencia primera de Jesús.

Podemos intuir una coincidencia de fondo entre Jesús, totalizado por el Padre y el Reino, que comunicaba a los suyos todo lo que escucha de su Padre (cf. Jn 15,15), capaz de amar “hasta el extremo” (Jn 13,1) y unas mujeres que aparecen bajo el signo de la totalidad.

Así es el Padre para Jesús: sigue buscando a la oveja perdida hasta que la encuentra, barre la casa hasta que da con su moneda, espera sin límites al hijo que se le fue. Ama tanto al mundo, que le ha dado a su Hijo único (Jn 3,16). “Su deseo de que se lo entreguen todo”, podría decirnos, “no nace del afán de dominio de un dios que reclamara sumisión y renuncia sacrificial por parte de su criatura. El padre de ustedes es un buscador de comunión, un Dios a favor de su plenitud, el Dios-en-ustedes que desea su crecimiento y su vitalidad, pero no por el camino de la acumulación, sino por el de la entrega confiada. Dichosos ustedes si ponen en sus manos todo lo que son y tienen”.

Jesús reconoce al Dios del amor gratuito

“Sean como su Padre”, había dicho Jesús, “El hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 45).

Y en la parábola de los jornaleros, el dueño de la viña que representa a Dios, reclama su derecho a comportarse gratuitamente: “¿No puedo yo disponer de mis bienes como me parezca? ¿O has de ser tú tacaño por ser yo generoso?” (Mt 20,15)

En la conducta ajena a todo cálculo e interés de la viuda y de la cananea, debió percibir Jesús un reflejo de la gratuidad de su Padre. Cuando los discípulos reaccionan con “lógica de denarios” ante el derroche de la mujer que lo ungió, él se pone de parte de la “lógica del perfume” (B. Gz. Buelta), porque esa es la de Dios, siempre “desproporcionado” en el don y la esplendidez. La hemorroisa, que había gastado en médicos toda su fortuna sin conseguir nada, decide escapar del mundo de las transacciones y busca una sanación que sólo puede ser recibida gratuitamente. Jesús representaba para ella las antípodas de los médicos: carecía de calificación profesional, no le pedía dinero, no le prometía nada. Ella se aventuró a entrar en su mundo, y fue allí donde recibió la curación.

Las cuatro, sin saberlo ni pretenderlo, resultaron ser testigos de la gratuidad de Dios, discípulas aventajadas de la extraña sabiduría que nace de quien no atesora para mañana, entra en una lógica

de pérdida y no de ganancia, y acepta vivir como un hijo o una hija confiados en el amor sin límites que los envuelve, despreocupados de guardar, precaver o calcular. Debieron ser para Jesús un memorial vivo del Dios del que decía: “Su Padre es generoso con ingratos y malvados..., sean compasivos como él; den y se les dará: una medida generosa, apretada, rebosante recibirán...” (Lc 5, 36) “Lo que han recibido gratis, denlo gratis” (Mt 10, 8).

Jesús reconoce a un Dios a favor de la vida

Nuestras imágenes de Dios se contaminan fácilmente de falsos ídolos: el dios-de-ojo-vigilante que siempre nos sorprende en falta; el dios-juez que nos acusa con severidad; el dios-que-busca-súbditos; el dios-quebranta-voluntades. Nos quedan muchos residuos de una religión autoritaria que, según Eric Fromm, supone el reconocimiento de un poder superior que maneja nuestro destino y excluye nuestra propia determinación. Nos inculca un profundo pesimismo con respecto a nosotros mismos, nos hace sentirnos incapaces de verdad y amor, seres impotentes e insignificantes cuya obediencia se nutre de la negación de su propio valer.

Nos imaginamos a un Dios cuya cualidad más importante es el poder, y que desea que nos relacionemos con él a partir de nuestra subordinación. Pero Jesús nos habla de Dios de otra manera: es Alguien

cuya voluntad es ser Padre /Madre, dar vida, liberar, ofrecer suelo, sanar, acoger, compartir su poder. Al Padre no lo amenaza nuestra libertad, ni nuestra iniciativa ni nuestra energía, al contrario: es él quien anima, potencia y promueve todo eso en nosotros

Por eso, Jesús valora en la mujer que lo unge su atrevida decisión de irrumpir en una cena a la que no estaba invitada, y de inventar aquel gesto insólito. Aprecia la tensión enérgica con que una extranjería “pelea” su causa ante él, la audacia con la que permanece, se empeña y resiste, sin desmayarse ni quebrarse en su determinación de aproximarse a él y conseguir lo que desea; entabla un diálogo lleno de calidez con la mujer que lo ha abordado a escondidas, saltándose todas las normas de la pureza ritual.

Las cuatro mujeres se comportan de manera temeraria y audaz y su conducta desencadena juicios negativos, crítica, escándalo e impaciencia en el es-tamento fariseo y hasta en los discípulos. Pero Jesús no ve en ello intromisión, pesadez, o impertinencia, sino que reacciona con viveza ante los que criticaban el gesto de la mujer de Betania: “Déjenla en paz, no la molesten”, y da su propia interpretación del gesto: “me ha ungido para la sepultura”, se ha adelantado proféticamente a anunciar el inminente destino.

Jesús tampoco las exhorta a una conducta sumisa o moderada, o a una resignación pasiva con su suerte; no las conmina a conformarse con el lugar o las costumbres que les asigna su “condición femenina”,

sino que les hace saber que han acertado con la manera de entrar en relación con él y, a través de él, con el Dios de la vida, siempre a la espera de la creatividad y de la iniciativa confiada de sus hijos e hijas.

Lee en sus actitudes una fuerza y una decisión que lo admiran, y a las que otorga el nombre solemne de fe. Por eso, en los dos encuentros que desembocan en sanaciones, desplaza la responsabilidad a la fe de ellas: “Hija, tu fe te ha salvado”, dice a la que queda curada de su mal (Mc 5, 34), mientras que la cananea escucha de él una afirmación que sitúa en ella el protagonismo del milagro: “Por eso que has dicho, ve, que el demonio ha salido de tu hija” (Mc 7, 29).

Haber encontrado a esas cuatro mujeres le ha abierto una puerta para entrar en comunicación con su Padre. Ha visto en ellas la huella de su presencia, se ha alegrado al comprobar, una vez más, cómo se manifiesta a la gente sencilla y se revela a través de ella. Y todo eso lo lleva a bendecirlo.

Y no hay para nosotros mejor camino de oración que el suyo.

4. INICIAR EL CAMINO DE LA LITURGIA

Frente al devenir del tiempo considerado como algo plano, acompasado por el ritmo cíclico de las estaciones o de la alternancia trabajo/descanso, la Iglesia nos propone un itinerario en espiral en torno al núcleo de la vida cristiana: la Muerte y Resurrección de Jesús. Cada año recorremos este camino y en él nuestra existencia se va configurando progresivamente con la del Señor y se hace más profunda esa marca del “acento galileo” que permite que se nos reconozca como discípulos suyos.

Adviento

Dormidos. Así es como nos sorprende el Adviento sobresaltándonos con la urgencia de su aviso: “¡Ya es hora de despertar del sueño!” (Rom 13,11).

La advertencia nos desconcierta porque solemos ser unos extraños durmientes que ignoran serlo y que viven convencidos de estar despiertos, apegados a una existencia trivial, acomodados a un horizonte plano al que llamamos realismo, propensos a calificar de sueños y utopías a todo lo que lo desborda.

Pero las voces del Adviento son tercas e insistentes, como aquella viuda que llamaba día y noche a la puerta del juez para que le hiciera justicia. Lo mismo que ella, las voces se agolpan a las puertas de nuestra imaginación, se cuelan por las rendijas de nuestra me-

moria, invaden nuestra costumbre, zarandean nuestra instalación. Se empeñan en convencernos de que no pertenecen a ese mundo que calificamos despectivamente como “sueños” sino que son ellas (sus personajes, sus símbolos, sus imágenes, sus afirmaciones, sus promesas...), la verdadera “realidad”, por asombrosa que pueda parecernos: viene Dios, no está cansado de nosotros ni el vaso de su cólera amenaza con desbordarse, como anuncian los visionarios apocalípticos. Misteriosamente, le atrae este campamento algo caótico que es nuestro mundo, se nos acerca con cierta timidez, pide permiso para plantar su tienda junto a las nuestras. Será un vecino fácil, dice. No va a molestar-nos, va a estar como uno de tantos, acostumbrándose a nosotros, dándonos tiempo para acostumbrarnos a él. No gritará ni instalará altavoces (los “efectos especiales” del Sinaí fueron un ensayo, ahora ha aprendido otros métodos más discretos...). Sólo, quizá, oiremos en la noche el llanto débil de un recién nacido.

Demasiado normal para ser divino. Demasiado humano este Dios que ya no truena, ni divide las aguas del mar, ni se carga a los filisteos. Nos asusta un poco tenerlo tan cercano y tan a nuestro alcance, no sabríamos bien cómo relacionarnos con él. Con el todopoderoso y eterno uno ya sabe a qué atenerse, pero si se empeña en dejar en el cielo sus poderes y en pasar fríos y calores, sudores y trabajos hombro con hombro con nosotros, realmente no va a servirnos de mucho. Nos haría falta algo

más grandioso, algo menos oscuro y de todos los días, algo realmente espectacular que dejara boquiabiertos a todos esos agnósticos y ateos que andan sueltos por ahí. Y es que con los tiempos que corren, a quién se le ocurre dirigirse a los que están como cañas medio rotas, o como pabilos a punto de apagarse en vez de acudir a la gente competitiva y con posibilidades. Porque será muy del Siervo de Isaías o de quien sea, pero la verdad es que, con ese tipo de programa, hoy no se llega a ninguna parte.

Es un sueño, no cabe duda. O, en todo caso, es una realidad anómala y desconcertante de la que es mejor evadirse.

Y nos echamos a dormir para soñar nuestros propios sueños en technicolor: tiempos felices en que los ángeles lo dejarán por fin todo claro, en que llegará el Señor revestido de los atributos de su gloria y en el “portal de Belén” (suena mejor que establo o corral...), inundado de resplandores, en vez de un recién nacido envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, aparecerá un Santo Niño, con cara de persona mayor, corona dorada, piecicito en alto y manita impartiendo bendiciones.

Es una tarea difícil la de los profetas del Adviento: tienen que hablar de lo insólito con lenguaje que comprendamos, tienen que hacer limpieza general en el desván de nuestra imaginación, poblada de viejas ideas sobre Dios, tienen que pronunciar

su nombre junto a la palabra hombre sin que nos asustemos demasiado. Por eso, los textos de los cuatro domingos nos envían tantos “embajadores” encargados de abrir caminos a la gran noticia del Dios que llega y a la llamada apremiante de que nos abramos al misterio de su presencia.

A veces nos los traen las figuras que encarnan la expectativa de Israel: Noé, Abraham, Jacob, Isaías, Jesús, David... Otros vienen acompañados de imágenes, como si fueran semillas echadas al voleo en busca de tierra que las acoja. Unos proceden de la vida cotidiana: mujeres moliendo, un ladrón que asalta de noche, un brote que florece inesperadamente en un tronco, un hacha a punto de talar un árbol, un campesino esperando su cosecha, gente débil que recobra fuerza, una muchacha embarazada...

Con otros, en cambio irrumpe el universo de lo utópico: un monte al que confluyen todos los pueblos, lanzas que se convierten en podaderas, fieras salvajes amansadas y pastoreadas por un niño, desiertos que florecen...

Sólo al final se irán retirando discretamente los embajadores con sus símbolos, figuras, nombres y personajes del pasado y comenzarán a aparecer los verdaderos rostros del Adviento: María, José, Juan Bautista.

El escenario *ya no será* Sión, ni el palacio de David, ni el Libano o el Carmelo con todo su esplendor sino los lugares de pequeñez en que empezó todo:

Belén, un descampado en su periferia, una aldea perdida de Galilea llamada Nazaret.

Se nos anunciará que ha irrumpido el tiempo definitivo, la noche en la que sólo a los que estaban despiertos y en vela los alcanzó la gran noticia y escucharon el nombre del que lo demás no era sino anticipo y sombra.

Y, a través de esos personajes, imágenes, noticias y llamadas, se nos ofrecerá la posibilidad de reconocer que ese tiempo es nuestro tiempo, que esos lugares nos pertenecen, que Dios sigue llegando para acampar a nuestro lado y que tiene un nombre humano: Jesús, Emmanuel, Dios con nosotros.

Navidad

Emmanuel: Dios con nosotros. Es esa la noticia asombrosa que funde dos horizontes que parecían irremediabilmente distanciados: el del cielo y el de la tierra. Y el Dios de quien Jeremías había reivindicado el derecho a ser un Dios de lejos, se inclina ahora definitivamente para ser un Dios de cerca, y en la persona de Jesús se “incardina” para siempre en una humanidad de la que ha comenzado a formar parte. Era algo que estaba ya presente en la intuición del Deuteronomio cuando desenmascaraba con ironía los pretextos de Israel: “El precepto que yo te mando hoy no es cosa que te exceda ni inalcanzable, no está en el cielo y no vale decir:

¿Quién de nosotros subirá al cielo y nos lo traerá y nos lo proclamará para que los cumplamos? Ni está más allá del mar y no vale decir: ¿Quién de nosotros cruzará el mar y nos lo traerá y nos lo proclamará para que los cumplamos? Mira, el mandamiento está a tu alcance: en tu corazón y en tu boca. Cúmplelo”(Dt 30,11-13).

El nombre de Emmanuel va más allá del Deuteronomio: ahora no se anuncia la cercanía del “precepto de Dios”, sino la de Dios mismo. Ahora es Alguien que camina a nuestro lado, que conoce en su propia carne nuestras alegrías, nuestras frustraciones y sufrimientos, Alguien más íntimo a nosotros que nuestra propia intimidad. Se nos acabaron las evasivas culturales, la división del mundo en sagrado y profano, las artimañas para mantener la esfera de nuestros negocios, actividades y relaciones al margen de su presencia. Ha decidido negarse (bien lo sabían los profetas) a ser un Dios a quien se visita en momentos puntuales, a quien se honra, canta e incienso durante un tiempo determinado, para salir después a un ámbito del que él está ausente y desentendido.

“¿Con qué me postraré delante del Señor?” se preguntaba Israel, calculando el precio de las ofrendas que supuestamente le iba a pedir su Dios, pero *la contestación que recibía era muy distinta de la que esperaba*: “Se te ha declarado, hombre, lo que el Señor reclama de ti (...), que camines humilde

con tu Dios” (Mi 6,8). Menos postraciones y menos genuflexiones, Israel: lo que espera tu Dios de ti es que aceptes caminar día a día, hora tras hora, junto a él, que aprendas a reconocer su presencia en los cruces de tus caminos, que acojas la noticia asombrosa de que te está esperando en cada uno de ellos para hacerse tu compañero de ruta.

Podríamos evaluar la densidad de nuestra fe y el crédito que otorgamos a ese Nombre que se nos ofrece en Navidad cambiando el adverbio “lejos” por el de “cerca” a la hora de expresar nuestra experiencia religiosa. Tal vez nos resulte incómodo tener a Dios alejado y distante, envuelto en su trascendencia y sentado en el trono de su majestad, mientras que la posibilidad de sentirlo próximo a la cotidianidad de nuestra vida quizá nos resulte perturbadora.

Pero para eso tenemos que consentir a cambiar nuestra mentalidad, abrirnos a la posibilidad de que nuestros juicios, ideas, convicciones y seguridades quizá no coincidan con las de Dios y aceptar que su proximidad nos vaya transformando, configurando y haciendo afines con él.

La figura del Adviento de un niño pastoreando ese extraño rebaño compuesto por lobos y corderos, panteras y cabritos, novillos y leones, puede ser un buen ejercicio de esa conversión de mentalidad: cuando el tiempo y las costumbres de Dios irrumpen en nuestra historia, se rompen los moldes de viejas agresividades,

desaparecen los antiguos modos de ejercer el mando con prepotencia y sometimiento y, aparece un orden nuevo en el que la armonía entre contrarios no nace del poder de someter a otros, sino de la mansa autoridad de quien, lo mismo que los niños, carece del poder de dominar porque no tiene nada que temer.

La noticia del Emmanuel es el anuncio de la “gran alegría para todo el pueblo” (Lc 2,10).

Pero el júbilo que acompaña la noticia es paradójico porque inunda con descarada elección a unos grupos humanos caracterizados por sus carencias y que, según los criterios que se manejan normalmente, no suelen ser sus destinatarios habituales: los de manos débiles y rodillas temblorosas, los ciegos, sordos, cojos y mudos; los hambrientos, cautivos, doblados, inválidos, leprosos y pobres de solemnidad. Es una alegría selectiva, como lo es la estrella que ven los magos y que no se detiene en el palacio de Herodes en la gran Jerusalén, sino sobre el descampado de Belén donde está el Niño.

La figura de María en Navidad nos invita a ser, como ella, un espacio abierto capaz de ser fecundo, de acoger, guardar, proteger y alimentar la vida. Y, como José, estamos llamados a acoger esa vida frágil de un niño en un pesebre. Al igual que su vida, la nuestra puede quedar desestabilizada en Belén

porque, lo mismo que Moisés ante la zarza ardiente, se nos llama a acercarnos al misterio del Dios hecho hombre. “No temas José”, había escuchado él en sueños y esas palabras del ángel están hoy también dirigidas a cada uno de nosotros. Tenemos miedo de que Dios se adentre en nuestra vida porque lo nombramos con nombres de extraños ídolos que nos hemos fabricado y que hemos puesto en su lugar: el “dios-frente-a-nosotros” que nos cierra el paso a una felicidad plenamente humana; el “dios-del-más-allá”, desentendido y sordo ante nuestros sufrimientos y problemas; el “dios-acusador” que nos observa escudriñando severamente nuestros pecados, fallos y equivocaciones; el “dios-contra-nosotros”, siempre propenso a enviarnos desgracias, castigos y calamidades para probarnos y purificarnos...

Pero, si hoy podemos perder el miedo, es porque Dios quiere ser llamado con otro nombre familiar y próximo: Emmanuel, Dios-con-nosotros; Jesús, Dios-que-salva. Y esa es la gran noticia que nos anuncia la Iglesia con júbilo en Navidad.

Cuaresma

El gesto que inaugura la Cuaresma nos invita a hacer cenizas nuestro viejo corazón en pecado, y a dejar que el fuego calcine en nosotros y en la humanidad entera, toda violencia, toda represión, toda prepotencia y todo miedo.

Comenzamos una larga celebración en la que la Iglesia nos convoca a dejar que el Espíritu renueve nuestros corazones para que, del polvo de nuestras cenizas, puedan brotar la vida y la fiesta.

La Cuaresma es un tiempo de gracia, una invitación del Dios que quiere encontrarnos de una manera nueva y llevamos más lejos en el camino que conduce a la Vida. En apariencia, ese camino parece llevar a la muerte: una cruz se perfila en el horizonte, y quizá nos asalta el deseo de darnos la vuelta. Pero el que se decide a avanzar confiadamente cuesta arriba, hará la experiencia de que esa subida dura e incierta, desemboca en una vida más auténtica, y comienza a entender las palabras de Jesús: “El que pierda la vida por mí, la ganará”.

El ayuno al que nos convoca la cuaresma es verdadero cuando nos despojamos de tanto equipaje inútil, cuando tomamos contacto con nuestra pobreza radical, cuando nos convertimos en constructores de reconciliación y de libertad, cuando compartimos sin calcular con aquellos que viven despojados de lo necesario. Ese es el ayuno que Dios quiere y el que nos prepara para que, al fin, él encuentre un sitio en el fondo de nosotros mismos.

Y es entonces cuando nos damos cuenta de que la verdadera fiesta es interior y que es el Espíritu el que la suscita en nuestros corazones, si estamos dispuestos a acogerla. Pero para ello necesitamos parar-

nos, encontrar tiempos y espacios de interiorización en medio de nuestro ajeteo, para que se despierte en nosotros el deseo de encontrarnos con Jesús.

El evangelio de cada domingo va a señalarnos diferentes lugares en los que él nos está esperando: el desierto, la montaña, un pozo en Samaría, la piscina de Siloé, la tumba de Lázaro. Dichosos nosotros si acudimos a la cita y dejamos que su amor nos transforme y nos arrastre hacia la Pascua.

Primera semana:

Encuentro en el desierto (Mt 4,1-11)

Busca un rato de “desierto” para acercarte a Jesús y ponerte, como él, a solas con el Padre y la humanidad oprimida y expectante como horizonte.

Lee la narración de las tentaciones y ponte a mirar a Jesús para conocerlo internamente. Descúbrelo reaccionando aquí de la misma forma que a lo largo de toda su vida: aferrado y adherido afectivamente a lo que va descubriendo como el querer de su Padre que es la vida de todos nosotros. No ha venido a preocuparse de su propio pan, sino de que comamos todos. No ha venido a que lo lleven en volandas los ángeles, a acaparar fama y “hacerse un nombre”, sino a dar a conocer el nombre del Padre y a llevarnos a nosotros sobre sus hombros, como lleva un pastor a la oveja que ha perdido. No a poseer, dominar y ser el centro, sino a servir y dar la vida.

Déjate atraer por esa manera de ser suya en la que aprendemos a ser hombres y mujeres “cabales”, habla con él de tus propias tentaciones, pídele que te ayude a hacer opciones y a establecer prioridades parecidas a las suyas.

Segunda semana:

Encuentro en la montaña (Mt 17, 1-9)

Después de leer el evangelio de la transfiguración, disponte para acompañar a Jesús que sube al monte para orar. Acaba de pasar una crisis en su grupo de discípulos (Mt 16,21-28) y necesita encontrarse con el Padre. Emprende tú la subida junto a él, cargando con la mochila de tus propios desencantos, decepciones y escepticismos: “no se puede hacer nada”, “son inútiles los esfuerzos por cambiar la realidad”..., “lo mejor es no complicarse la vida...” Siente cómo todo eso ensombrece tu vida y empaña tu alegría.

Contempla luego a Jesús, envuelto en la claridad de la cercanía y de la palabra de su Padre: “Este es mi Hijo querido en quien me complazco.” Siente que esas palabras están dirigidas también a ti, que son pronunciadas también sobre cada hombre o mujer de nuestro mundo. Acoge la alegría de pertenecer a una humanidad envuelta en la ternura incondicional de Dios y deja que esa noticia disipe tus oscuridades, temores y pesimismo.

Habla con Jesús de tu necesidad de momentos de luz con el fin de tener los ojos y los oídos abiertos para reconocer su presencia y para escuchar la voz que dice “estos son mis hijos” sobre aquellos que viven envueltos en las sombras de mil formas de muerte.

Baja del monte con él y reemprende el camino, transfigurado tú también por la certeza de que Jesús es el Vencedor de la muerte y de que la vida humana, aún en “fase precaria”, se manifestará cuando el Resucitado enjuge todas las lágrimas...

Tercera semana:

Encuentro junto a un pozo en Samaría
(Jn 4, 5-42)

Lee primero el texto del evangelio y entra después tú mismo en la escena, sintiéndote llamado al mismo encuentro con Jesús que tuvo aquella mujer de Samaría. Porque también tú vives esperando saciar tu sed y llevas dentro el deseo de vivir.

Siéntate junto a Jesús que te espera en el brocal del pozo, y habla con él de tus insatisfacciones, o de tu obsesión por satisfacer inmediatamente tus deseos, o de tu vida que transcurre sin ningún objetivo, con las aspiraciones a ras de suelo.

Trata de poner nombre a los deseos “okupas” que pueden estar invadiendo tu espacio interior, sin dejar sitio para la compasión, la solidaridad y la preocupación por los otros.

Pídele a Jesús que venza tus resistencias a entrar en niveles más profundos, y que ahonde en ti esa sed que intentas engañar en vano.

Déjate sumergir en la sed, porque desear es ya nacer a otra cosa. Escúchalo hablarte de esa agua viva que es la suya. Y dile como la mujer: “Señor, dame de esa agua”.

Porque entonces, vayas donde vayas, algo de Dios pasará por el centro de ti mismo para llegar a tus hermanos.

Cuarta semana:

Encuentro junto a la piscina de Siloé
(Jn 9, 1-41)

Lee la narración de la curación del ciego de nacimiento, contempla luego las sucesivas escenas, como si el ciego fueras tú mismo y reconocieras tus cegueras: la de la posesividad que te hace mirar las personas o las cosas a partir de tu propio interés; la que te impide ver más allá de las apariencias de los otros; la de la codicia que te mantiene apresado en el deseo de acumular o de triunfar sin límites...

Ponte junto a Jesús, pídele que saque de tus ojos la viga que te impide ver y que pone en tu mirada negatividad, dureza, superficialidad, indiferencia, prejuicios... Deja que él te los ilumine haciéndolos capaces de ver hasta el fondo, de taladrar la

cáscara de la realidad, de descubrir la belleza que se oculta detrás de lo deforme y oprimido, de admirar, a la más pequeña señal, la vida insospechada que apunta en personas o situaciones de las que parece que sólo puede brotar muerte.

Pídele también que te permita contemplarlo a él como aquel ciego y mantener con él el mismo diálogo: -“¿Crees tú en el Hijo del hombre? El ciego le preguntó: -¿Quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le contestó: -Ya lo has visto. Es el que está hablando contigo. Entonces aquel hombre dijo: -Creo, Señor. Y se postró ante él.”

Quinta Semana:

Encuentro junto a la tumba de Lázaro

(Jn 11,1-45)

Después de leer el texto, deja que resuene en tus oídos la orden de Jesús: “-¡Lázaro, sal fuera!” y siéntete convocado desde lo más hondo de tus experiencias de muerte, por esa palabra que te saca de tus tumbas y te libera de tus ataduras.

Escucha lo que hoy el Señor te dice al corazón: “Yo soy la Resurrección y la Vida, si crees en mí aunque estés muerto, vivirás.”

- Aunque estés aprisionado y maniatado por el dinero, por el bienestar, por el placer... Aunque sientas que estás muerto, si crees, vivirás.

- Aunque te sientas atrapado por la superficialidad, por la rutina, por la monotonía de la que no puedes escapar; aunque te sientas cerrado a la experiencia de Dios, si crees, vivirás.

- Aunque te sientas angustiado, sin brújula ni horizonte en la vida, sin saber para qué luchar, con qué soñar y dónde poner la ilusión... Aunque sientas que estás muerto, si crees, vivirás.

- Aunque te sientas desesperanzado, sin ganas de caminar porque tus pasos parecen siempre acabar en un fracaso... Aunque sientas que estás muerto, si crees, vivirás.

Acércate a situaciones de muerte de nuestro mundo y, desde cada una de ellas, recuerda las palabras de Jesús: “Yo soy la Resurrección y la Vida, si crees en mí aunque estés muerto, vivirás.”

Atrévete a confesar tu fe desde ahí y a comprometerte para luchar junto a Jesús contra los poderes de la muerte porque, a pesar de tu pobreza, tu pecado, o tu apatía, has escuchado una voz dirigida a tu corazón: “Ven afuera”, deja tu sepulcro y nace a la vida...

Pascua¹⁸

En el primer relato de la creación se repite seis veces que Dios crea el tiempo y los días de la semana poniendo la tarde como punto de partida. La manera como nosotros contamos el día no es la de Dios, nosotros ponemos la mañana como comienzo de la jornada: primero el amanecer, la salida del sol, la gloria del mediodía, el declinar del crepúsculo y las sombras de la noche.

Lo que el Génesis proclama es que primero hay una víspera y después, una mañana. Para Dios el día comienza en la oscuridad nocturna y se mueve hacia la mañana, hacia la luz, hacia el llamear de la zarza ardiente y el sol de mediodía. Hay un abismo entre estas dos maneras de medir el tiempo: una jornada que desciende hacia la noche o una jornada que empuja hacia la mañana. Lo que importa es el sentido que Dios da al movimiento de los días y de este orden hace un símbolo para nosotros, orientándonos hacia la luz.

Señor, haznos conscientes
del devenir de nuestros días.
Más allá de las oscuridades del momento,
danos la intuición del crecimiento del Amor.

18. Hace muchos años acompañé el triduo pascual en el Centro Pignatelli de Zaragoza. No soy capaz de recordar si esta página la compuse yo o si la encontré allí y he olvidado el nombre de su autor. En todo caso, puede ayudarnos a todos a adentrarnos más en el misterio de la Pascua.

Abre de par en par nuestra esperanza
a los gritos del día sin noche
de tu Reino que se acerca.

En el alba profunda, las mujeres
llegan para el embalsamamiento,
como se llega al entierro de una esperanza.
En sus corazones, el recuerdo tiene
ya sabor de cenizas.
No se piensa mucho en el futuro
en torno a las tumbas...

Pero he aquí que, en el borde de la tumba,
la piedra del pasado ha sido rodada
lejos de la muerte.
En la roca de sus lágrimas, se abre una grieta
y, al principio, no saben qué hacer con ella
¡Hace falta tiempo para acostumbrarse
a la resurrección!
Y entonces, en lo más hondo de la noche,
una palabra nueva y luminosa las alcanza.
El fin se convierte en comienzo.
La vida abre un camino y un mañana.

Hoy se cumplen las promesas:
Te miramos a ti, que fuiste traspasado.
Te escuchamos a ti, el que callaste.
Doblamos la rodilla ante ti que te abajaste.
Te reconocemos como Señor a ti,
que por nosotros
te hiciste esclavo.
Tú que ahora estás en pie
en el umbral de los sepulcros

en los que nos encerramos,
concédenos depositar en tierra
los restos de nuestra desesperanza.
Que tu palabra despierte hoy en nosotros lo
que permanece aún retenido por la muerte.¹⁹

Pentecostés

Dice el anuncio reciente de un whisky: “La acción está allí donde estás tú”. Aunque pueda parecer irreverente, la experiencia del Espíritu que nos comunica Pentecostés coincide bastante con esa afirmación: es un tiempo privilegiado para descubrir en nuestra propia vida o en la de otros una acción o manera de proceder según Jesús y su evangelio (una huella de discipulado...), que nos hace reconocer la actuación del Espíritu.

Pentecostés nos invita a caer en la cuenta de cómo esa acción suya ha ido creciendo con el tiempo: cuando miramos hacia atrás, nos va siendo más fácil rastrear con agradecimiento sus huellas en nuestra vida y el eco de ese modo suyo de hacernos sentir su presencia que, como sintió Elías en el Horeb, es como “la voz de un silencio tenue” (1Re 19,12).

Pentecostés nos ayuda a entender mejor aquello de Pablo de que “el Espíritu viene en auxilio de nuestra debilidad” (Rom 8, 26): el más elemental realismo nos va demostrando, no sólo que “no sabemos orar

como conviene”, sino que ese “no saber” abarca casi todo el resto de los aspectos de nuestra vida. Pero esa constatación que podría apabullarnos, podemos llegar a celebrarla porque nos recuerda que podemos contar con una fuerza que no nos pertenece pero que nos habita y que, a poco que se lo consintamos, se hace cargo de nuestra vida y se encarga de ella bastante mejor de lo que lo haríamos nosotros mismos si nos empeñáramos.

Pentecostés nos sitúa en la órbita del Maestro interior: según va pasando la vida y vamos teniendo experiencias preciosas de amistad, comunicación profunda y acompañamiento espiritual, puede crecer la convicción de que hay en cada uno de nosotros una zona incomunicable y a la que casi no tenemos acceso ni nosotros mismos, pero que es transparente para el Espíritu que desde ahí enseña, atrae, conduce y mueve. Pero la cosa no va de intimismos porque es una conducción y ya se sabe dónde va a parar: oí contar hace poco que le preguntaron al *Abbé Pierre* en la TV: ¿Qué es lo más importante para Ud.? y él contestó: *Los otros*. Esa es la asignatura que enseña siempre el “Maestro interior”.

Pentecostés nos incendia para sentir el mundo como lo sentía Jesús, sin permitir que la ausencia prolongada del Señor y el sufrir de tanta gente nos abrumen hasta el punto de apagar nuestra esperanza. Porque en medio de tantas cosas en contra, allí

¹⁹. Ver *Jairete*, Cap V, página 235.

está también el Espíritu *a favor nuestro*, amigo fiel a nuestro lado para sostener en nosotros ese deseo que nos hace seguir clamando tercamente: “¡Ven Señor Jesús!” (Ap 21,17).

Capítulo V

“Ustedes
tengan sal...”
(Mc 9,49)

Esta recomendación poco conocida de Jesús nos permite incluir en esta reflexión acerca de las actitudes del discípulo, unas páginas en que la nota dominante es el humor²⁰. Lo mismo que la sal, el humor forma parte del sabor de la vida y gracias a él llegamos a percibir lo débil y poco nítida que es la línea convencional que separa “las cosas serias” de las que no lo son, proporcionándonos un sano sentido de la relatividad y restableciendo las auténticas dimensiones de lo humano y de sus problemas.

“La íntima relación entre el humor y la fe procede del hecho de que ambos se ocupan de las incongruencias de nuestra existencia. El humor se ocupa de las incongruencias inmediatas de la vida y la fe de las incongruencias últimas”, afirma Peter Berger. Extraño poder el del humor, capaz de llevarnos de la mano como un humilde pedagogo al encuentro de esa dimensión teológica de nuestra existencia. Porque, de alguna manera, participa de esa actividad de la fe, capaz de aventurarse en lo desconocido, encajando la dureza y la opacidad de la realidad sin perder la ter-

20. Han sido publicadas en la revista ALANDAR.

nura. El humor está también contagiado de esa forma persistente de locura que es la esperanza cristiana y comparte con la caridad su capacidad de recrear nuestra vida con un nuevo comienzo, de someterlo todo al imprevisible impulso del amor.

Vamos a echarle “un poco de sal” a la lectura de la Biblia, a las peripecias de la vida eclesial, a las cuestiones de género, a los avatares de la vida cotidiana. Porque no nos alejamos del talante del Evangelio si acogemos estos dichos apócrifos de Jesús: “Ustedes son la alegría del mundo pero si la alegría se pone triste ¿con qué la alegrarán? Esto les mando que se alegren unos a otros”.

Cargadas de razón

La celebración del día Mundial de la Mujer (8 de marzo) es una buena ocasión para presentarles a las *Zelofehad' Daughters* que no son un grupo de rock, sino cinco hermanas que aparecen en el libro de los Números con la pancarta de la reivindicación.

Zelofehad, que era hijo de Hefer, no tuvo hijos sino hijas, las cuales se llamaban Maala, Noa, Hoggla, Milca y Tirsá. Estas cinco hermanas fueron a la entrada de la tienda del encuentro para hablar con Moisés y el sacerdote Eleazar, y con los jefes de la comunidad, y les dijeron: -“Nuestro padre murió en el desierto, pero él no pertenecía al grupo de Coré que se rebeló contra el Señor. Murió a causa de su

propio pecado y sin dejar hijos varones. Pero no es justo que el nombre de nuestro padre desaparezca de su clan simplemente porque no tuvo un hijo varón. Danos una porción de tierra a nosotras entre los hermanos de nuestro padre”.

Moisés presentó al Señor el caso de estas mujeres, y el Señor le respondió: “Las hijas de Zelofehad tienen razón. Asígnales una porción de tierra entre los hermanos de su padre, y que la herencia de su padre pase a ellas” (Num 27, 1-10).

De entrada sorprende que se hayan conservado sus nombres, teniendo en cuenta que los autores bíblicos suelen despachar a las mujeres consignando solamente su referencia a algún varón: “hija de...”; “mujer de...”; “viuda de...”, costumbre que ha pasado al santoral en el que abundan: “Santa X, viuda”; “Santa Y, virgen” y en este plan. En cambio no aparece, que yo sepa, ningún “San W, Viudo” o “San Z, Virgen”. Claro que, vaya usted a saber. Pero no sigo por esta línea, que no están los documentos episcopales para bromas.

Vuelvo a Maala, Noa, Hoggla, Milca y Tirsá, cinco mujeres que se atrevieron a presentarse ante las Eminencias Ilustrísimas y las Excelencias Reverendísimas del momento y tomaron la palabra, de una manera a la par asertiva y respetuosa, calificando de injusta una costumbre que las privaba del derecho que ellas juzgaban de estar por encima de cualquier ley.

El final es sorprendente ¡y nada menos que puesto en boca de Dios!: “Las hijas de Zelofehad tienen razón”.

Al buen entendedor/a, le sobran pistas para actualizar el texto, porque sigue habiendo millones de mujeres en el mundo a quienes se les niegan muchas tierras y continúan vigentes demasiadas leyes que han dejado de tener sentido y merecer justificación.

Para que no se me pueda reprochar acritud alguna, acabo ponderando con afecto la actitud de Moisés que, en vez de despedir a las manifestantes con el consabido dictamen de “feministas resentidas y rebeldes” y pretextar que no se sentía autorizado ni capacitado para cambiar ley alguna, que para eso eran Inmutables y Eternas, se fue a presentar al Señor el caso de las mujeres y corrió el riesgo de tener que meterse en decisiones y cambios revolucionarios. Finalmente se reconoció que eran ellas las que estaban cargadas de razón, que el Señor estaba de su parte y que no había más remedio que cambiar unas leyes a las que les había caducado el código de barras.

Pues eso, feliz 8 de Marzo.

Perlas cultivadas para el 8 de marzo

-Perlas de procedencia bíblica

«Mas vale vivir en rincón de azotea que en posada con mujer pendenciera» (Prov 21, 9).

«Gotera continua en día de chaparrón y mujer de mal genio hacen pareja» (Prov 27, 15).

“La mujer iracunda deforma su aspecto y pone cara hostil como de osa; cuando su marido se sienta con los compañeros, suspira sin poderse contener” (Eclo 17, 18).

“El ángel que hablaba conmigo me dijo: alza los ojos y mira lo que aparece. Pregunté: -¿Qué? Me contestó: -Un recipiente de veintidós litros; así de grande es la culpa en todo el país. Entonces se levantó la tapadera de plomo y apareció una mujer sentada dentro del recipiente. Me explicó: -Es la maldad. La empujó dentro del recipiente y puso la tapa de plomo” (Zac 5, 5-8).

Aviso: la Biblia está escrita desde el punto de vista de los varones y es normal que ellos recogieran dichos y chistes que se decían entre ellos, por ejemplo esta joya:

“Anillo de oro en hocico de cerdo es la belleza en la mujer necia” (Prov 11, 22).

Pero si hubieran escuchado también lo que decían las mujeres entre risas al ir por agua a la fuente, quizá hubieran podido recoger su equivalente femenino:

“Cinta de púrpura en cabeza de calvo es la suficiencia en el hombre estúpido...”

- Perlas de procedencia teológica

“Es tan imposible para una mujer ser sacerdote como a una paloma ser cristiana.

Se podría verter agua y decir la fórmula sobre la paloma y no llegaría nunca a ser discípula de Cristo. Por analogía, la imposición de manos y la fórmula de la ordenación no pueden hacer de la mujer un sacerdote, porque la mujer no tiene la capacidad para ser sacerdote”

(Mons. Angelo Becciu, encargado de asuntos eclesiásticos en Nueva Zelanda).

“La mujer es menos capaz de recoger objetivamente el depósito doctrinal, dominar sus líneas esenciales por una vigorosa síntesis y transmitirlo objetivamente después de haberlo repensado. El hombre está más dotado de capacidad intelectual para captar, penetrar en profundidad y expresar en términos claros y precisos el contenido del mensaje revelado” (Jean Galot).

Es evidente que la solidez, la fundamentación y la delicadeza de argumentaciones como ésta hacen progresar considerablemente la reflexión teológica. Por otra parte, cuando las diferentes instancias oficiales hablan de nuestra dignidad peculiar y nuestra misión específica, acostumbran a buscar sus criterios entre las bolas de alcanfor que protegen las enaguas de sus bisabuelas.

- Perlas de procedencias varias

En el diálogo de una conferencia sobre Mujeres y Biblia, un sacerdote mayor, visiblemente irritado, me reprochó que no hubiera mencionado a “la mujer como tentación”. El Espíritu Santo (que por cierto, es un término femenino en hebreo...) vino en ayuda de mi memoria y le recordé con dulzura que, según el NT, parece ser que a Jesús quien le resultó “tentación” fue Pedro y su manera de pensar... (cf Mc 8, 33).

Otra intervención, esta vez de un veinteañero de pelo engominado: “Y si las mujeres quieren que las tratemos como compañeras, ¿qué hacemos los hombres con nuestra caballerosidad?”

Si a alguien se le ocurre qué puede hacer este joven con su caballerosidad, le ruego se contacte conmigo para poder transmitírselo. Muchas gracias.

El Marabú

A mí lo del marabú antes me sonaba a la copla de Aurora la Beltrana en la zarzuela de *Doña Francisquita* y que a veces lo canturreo mientras paso la aspiradora:

“¡Con el ay, con el marabay,
con el bú, con el marabú!
Ay que me mu, que me muero,
si me miras tú”.

Pero luego le he cobrado respeto porque, leyendo la vida de Carlos de Foucauld (no se pierdan su espléndida biografía por Antoine Chatelard en PPC) me he enterado de que era el apelativo que empleaban los tuareg para referirse a aquel extraño francés que vivía entre ellos en Tamanrasset, en la Argelia profunda.

Ahora están a punto de beatificarlo y, mira por dónde, la cosa va a coincidir con el año en que en toda la Iglesia hemos tratado de profundizar en la Eucaristía y que termina con un Sínodo de obispos en Roma. Providencial coincidencia para que el nuevo Beato Carlos (supongo que a él, que sólo pretendía en la vida llegar a ser “hermano de todos”, le resultará rarísimo oírse llamar así...), nos contagie algo de su peculiar manera de vivir la Eucaristía. Como muestra una página de su diario: “Los nómadas y los escasos sedentarios han adoptado ya la costumbre de venir a pedirme agujas, medicinas, y los pobres, de cuando en cuando, un poco de trigo. Estoy abrumado de trabajo pues quiero terminar cuanto antes un diccionario de tuareg. Como me veo obligado a interrumpir a cada momento el trabajo para ver a los que llegan, o realizar menesteres menudos, esto adelanta poco. (...) Para tener una idea exacta de mi vida, hay que saber que llaman a mi puerta por lo menos diez veces por hora, más bien más que menos, pobres, enfermos, viajeros, de suerte que, con mucha paz, tengo mucho movimiento” (30-IX-1901).

J. F. Six, uno de sus biógrafos, lo comenta así: “El Hno. Carlos se fue dando cuenta de que lo importante no era pasar ratos de adoración, ni celebrar a todo trance la santa misa, sino ser como Jesús. Fue siendo progresivamente asimilado, por decirlo así, por la realidad eucarística, que expresa la oblación de Jesús a su Padre y el don de sí mismo en alimento a los hombres. En adelante sabe que la contemplación de Jesús en la Eucaristía, exige de él que se entregue totalmente al Padre y se deje comer por los demás, en una vida que sea prolongación de la Eucaristía”.

No tengo ni idea de lo qué dirá el documento que resuma los trabajos del Sínodo, pero por si acaso va por otro lado, no nos viene mal recordar que todo empezó cuando Jesús pronunciaba la bendición sobre el pan y se partía la vida por la gente, aunque aún no sabía lo de la transustanciación. O cuando brindaban él y sus amigos con el vino de Galilea y se pasaban la copa para expresar su deseo de compartir la misma suerte. Y no tenían ni idea de que los que vendríamos detrás íbamos a participar del cáliz “por intención”.

El Hermano Carlos debió aprender todo eso (lo de la sustancia y las especies y lo de las partículas y el purificador...) cuando estaba en la Trapa y estudiaba para ordenarse sacerdote y, seguramente, después cuando celebraba en aquel rincón perdido del Sahara, cumplía con todas las rúbricas a raja-

tabla, porque así era él en todo. La diferencia está en que a él, de tanto frecuentar la Eucaristía, se le fueron contagiando los gestos y las actitudes de Jesús y por eso se puso a hacer lo que él hizo, en memoria suya. Y, lo mismo que su Maestro, fue convirtiendo su existencia en un pan partido y repartido, devorado por todos los que tenían hambre de ser queridos, escuchados, comprendidos y sanados. Con la misma naturalidad con que acogía a los que llamaban a su puerta, se repartía a sí mismo sin reservarse nada, entregando a todos su tiempo, su afecto, su interés y su amistad.

Lo dirá más tarde René Voillaume, primer seguidor del Hermano Carlos, fundador de la *Fraternidad de Hermanos de Jesús* y autor de *En el corazón de las masas*, ese “libro de cabecera” de la generación del postconcilio: “Vivir la Eucaristía es entregarse a los otros, llegando a ser para ellos, por el amor y la contemplación eucarística, algo “devorable”.

En fin, que de no entender bien lo que dice el *Tantum ergo*, cabe la posibilidad de pasarse a lo del Marabú.

La cuesta de enero

Tengo la impresión de que cada vez hay más gente que respira con alivio cuando ha pasado la Navidad y que se agarra al mes de enero como los supervivientes de un naufragio a una tabla flotante.

A la pregunta inevitable: “¿Qué tal las fiestas?” la respuesta: “Muy tranquilas”, revela el secreto orgullo de no haber sucumbido, como otros, al torbellino desestabilizador de las fiestas navideñas. Lo que ocurre es que la tabla salvífica de enero trae oculto un clavo herrumbroso en forma de facturas, letras y otras consecuencias de excesos económicos pasados. “Nada es perfecto”, constataba con resignación el zorro de *El Principito*.

En vista de eso se me ocurre ofrecer a los lectores algunos avisos bíblicos que pongan cada cosa en su sitio (mayormente el dinero) y les den recursos para preparar con garbo por el mes de la cuesta.

El primero de ellos es el del humor. Si la Biblia se nos cae a veces de las manos es porque pensamos que, aparte de su inspiración divina y todo eso, debió tener como autores a gente tan seria como esos eclesiásticos enlutados de ceño severísimo que pinta Jose Luis Cortés. Y sin embargo siempre estamos a tiempo de dejarnos sorprender por la evidencia de que, junto a las tremendas invectivas de los Profetas contra la acumulación y la injusticia, otros autores prefirieron el camino de la burla y el ridículo. Aporto al respecto un ejemplo que podría llevar como título: “Las carcajadas de los gusanos” y que forma parte de la narración sobre el maná del Cap. 16 del libro del Éxodo.

No se trata tanto de un recuerdo de tipo histórico, sino más bien de la reflexión de un escriba sabio que mira aquel alimento como el símbolo de todos los bienes y recursos para mantener la vida. Al hacerlo, toma distancia y se despreocupa de los aspectos puramente anecdóticos del episodio y mucho más de investigar si se parecía al cilantro o si se trataba de una especie resinosa comestible que crece en el desierto. El narrador va a lo suyo que es a hacer reflexionar sobre la estupidez de la acumulación, y con un zoom genial de su cámara, da este detalle: “Moisés les dijo: Que nadie guarde para mañana. Pero no le hicieron caso, sino que algunos guardaron para el día siguiente y salieron gusanos que lo pudrieron” (Ex 16, 19-20).

La ironía es evidente: acumular, atesorar, guardar, esconder y reservar resultan ser actitudes equivocadas, como la de aquel rico imbécil (*Jesús dixit*) que dedicó las últimas horas de su vida a proyectar cómo ensanchar sus graneros. O sea, el equivalente a ponernos a estudiar, antes de recibir la “extremaunción”, ¿qué inversión nos va a dar un interés mayor a plazo fijo...?

Por eso a lo mejor nos vendría bien en algún descanso de la cuesta de enero el confesarnos, aunque nos pongamos un poco colorados, qué bolsas, mochilas, maletas o baúles llenos de maná vamos arrastrando por la vida, creyéndonos, tontos de no-

sotros, que así vamos seguros (y los gusanos dentro, partiéndose de risa...).

Y decidimos a sacar del congelador ese maná del que todos estamos hambrientos y que recibimos unos de otros: el permiso para existir tal como somos, la alegría de decirles de mil maneras a los demás cada día que lo que nos importa de ellos no es lo que tienen, ni lo que parecen, ni lo listos que son, ni siquiera si hacen bien o mal las cosas, sino cuál es su historia, qué sienten, qué van buscando, qué los hace vivir internamente.

Mientras lo hacemos, podemos irle dando vueltas a esta otra cuestión bíblico-económica de trascendencia crucial: el becerro de oro ¿era de plástico recubierto de purpurina? La solución está en manos de los arqueólogos.

Documento Adveniente

Me llegan rumores a través de fuentes varias, de que va a salir un documento del Vaticano con normativas para impedir los abusos litúrgicos en la celebración eucarística. Confieso poseer una inclinación natural (que he cultivado afanosamente a lo largo de toda mi vida) a imaginarme, de entrada, lo mejor y, aunque la realidad se ha empeñado en muchas ocasiones en demostrarme que hubiera sido más sensato prever lo peor, yo sigo con mis insensatas expectativas.

Así que me pongo a imaginar cuáles pueden ser esos abusos tan preocupantes como para intentar ponerles freno y la verdad es que no tengo que hacer mucho esfuerzo. Voy a dar mi opinión en torno a ellos con la esperanza de que, si no coinciden con los que van a salir en el documento y éste no está aún rematado, los responsables romanos de su última redacción tengan a bien considerar e incluir alguna de sus aportaciones, aunque sea como apéndice y en letra pequeña. Volviendo a los abusos: imagino que coincidirán conmigo en que el más serio y preocupante es la separación entre la celebración eucarística y la vida cotidiana de los que participamos en ella. Porque, como se pregunta Arturo Paoli: “¿Cómo es posible que en países de mayoría católica, mucha gente piadosa que frecuenta la Iglesia, que todos los días recibe la Eucaristía y que habla de Cristo y adora a Cristo, viva indiferente ante la injusticia y la desigualdad y más aún, contribuya con sus opciones políticas y económicas a mantener cada vez más la desigualdad y la injusticia?”

O en palabras de Jesús Burgaleta, “Jesús mandó vivir como él, hacer lo mismo que él, ser fiel al designio de Dios como él. Así fue *todo* su cuerpo, su realidad de hombre en la historia, un cuerpo entregado, y toda su sangre, la misma realidad de su ser desde la raíz de su principio vital, un proyecto de vida derramada por amor. Esta es la vida de Jesús,

esto celebra la Cena de despedida, así nace la vida eucarística de sus seguidores y así celebra la comunión lo mismo que Jesús”.

Todos necesitamos una profunda conversión en esto y, como camino humilde para sacudir nuestra situación de “abotargamiento eucarístico” y remediar nuestro contumaz abuso, vuelvo a proponer (después de recomendármelo a mí misma) la recuperación una devota costumbre que a más de uno (los ya mayorcitos), nos inculcaron de niños: se llamaba “hacer una comunión espiritual” y consistía en mandar el corazón al sagrario (se recomendaba mucho hacerlo en los viajes al ver un campanario) y desear recibir a Jesús espiritualmente ya que no podía hacerse sacramentalmente. Se me ocurre que podría ser un buen ejercicio hacer algo parecido abriendo el Evangelio al azar y cuando leamos, por ejemplo: “El que quiera ser el mayor entre ustedes que sea su servidor” (Mt 23,12); “No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18,22); “Me dan compasión estas gentes, denles ustedes de comer”(Mc 6,34.37); “No atesoren tesoros en la tierra”(Mt 6,19); “Las prostitutas los precederán en el Reino...” (Mt 21,31); “Presten sin esperar nada a cambio”(Lc 6,35)..., hacer el gesto interior de “tragamos” eso, de comulgar con ello. Desear al menos, ponemos de acuerdo con Jesús, creciendo en afinidad con él y “tragándonos” las consecuencias de que sea el “Primogénito de una multitud de

hermanos...”. Y de una multitud que a lo largo de nuestro ancho mundo padece el despojo flagrante de sus bienes y derechos.

En fin, estaré muy contenta si desde Roma nos llaman al orden para no incurrir en tamaño abuso y si no, pues a esperar a que nos lo recuerdan en un próximo documento. Por si acaso tarda, mejor empezar ya a ponerle remedio en lo que esté de nuestra parte.

Pastorcillos

En el imaginario navideño, los pastores forman un lote único e inseparable junto con el musgo, el corcho, el papel de plata del río, el pavo y el turrón. Los villancicos los han ido encogiendo a fuerza de diminutivos: “pastorcillos” (“-icos”, “-ets”, “-itos”, “-uelos”, o “-iños”, dependiendo de cada “realidad nacional”), y no solemos recordarlos más que para poblar los nacimientos y ejercer un papel de “reserva tradicional cristiana” frente a Papá Noel, el sorteo de la lotería y el “especial de Navidad” de TV que nos avasallan con su fuerza hipnótica.

Para acercarnos hoy a ellos necesitamos ir más allá de los diminutivos, el haz de leña o el corderito sobre los hombros. Porque quizá entonces podemos descubrir que su itinerario de fe es “normativo” para el nuestro y su experiencia increíblemente parecida a la que vivimos nosotros cada día, aunque las úl-

timas ovejas que hayamos visto sean aquellas manchitas blancas que divisamos fugazmente desde la ventanilla del tren.

Lo más importante que sabemos de ellos es que escucharon una noticia insólita: “No teman, les doy una buena noticia, una gran alegría (...) De pronto, se juntó al ángel una multitud del ejército celeste, que alababan a Dios diciendo: ¡Gloria a Dios, paz a los hombres que él ama!” (Lc 2,10.14). “De pronto”: el texto subraya la irrupción del himno de los ángeles como una iluminación súbita, como un cambio cualitativo de conciencia. De pronto, el que andaba titubeando, se encuentra con una roca bajo sus pies; al que caminaba en el frío, se le abren las puertas de un hogar caliente; el que creía no ser significativo para nadie, se entera con asombro de que es objeto de una ternura que lo acoge. En *aquél descampado de Belén, los pastores y todos nosotros* recibimos un nombre: somos aquellos en quienes Dios tiene puesto su amor, su complacencia, su alegría, su deseo. Nuestra sed febril de ser aceptados y queridos se sacia en esta noche: a Dios “le parecemos bien”, “le caemos en gracia”, no porque nos lo hayamos ganado a pulso a base de esfuerzo, cumplimientos y tendencias a la perfección, sino porque “Dios es amor”, es decir, que no puede remediar queremos, como no puede remediar el sol dar luz y calor, ni las entrañas de una madre dejar de estremecerse ante sus hijos. A nosotros, “en pri-

mera instancia”, sólo se nos pide dejarnos querer, creer que somos aceptados, movernos como peccecitos despreocupados en el ancho mar de ese amor que nos envuelve.

Y ese noticiaón provoca en ellos “el cambiazo”: los que velaban en la noche quedan envueltos en el resplandor de la gloria de Dios; su gran temor desaparece ante el anuncio de una gran alegría. La solemnidad y grandeza de los títulos Salvador, Mesías, Señor se revelan asombrosamente en el niño reclinado en un pesebre y cuando al final retornan a sus rebaños, ya no se menciona la noche, ni la intemperie, ni la vigilancia: la alabanza lo ha invadido todo.

Luego les tocará a ellos ponerse en camino hacia Belén y a nosotros emprender el nuestro, con el latido de quien siente circular por sus venas la vida de Dios y el corazón inundado por su misericordia. Porque quien se sabe cobijado en el “bien parecer” de Dios, entra en el hoy de un nuevo comienzo relacional: las energías que gastábamos en parecer y en *caer bien* están ahora liberadas para el servicio; la ansiedad por asegurar nuestro nombre y proteger nuestra fama, se transforma en un dinamismo que empuja hacia el cuidado de la vida de otros.

Lo mismo que a los pastores en Belén, nos desafia el nombre nuevo de un Dios que se identifica con lo perturbador, lo importuno, lo desagradable y lo inconfortable. Es un niño sin palabra, inútil,

desarmado, impotente y seguirá siendo en el futuro alguien sin poder ni posibilidad de imponerse. “A los 30 años, las autoridades competentes le darán la nota de insuficiente en el examen de lo que ellos estiman que es la vida. Dios no consigue tener éxito en el mundo del triunfo...” (Drewermann)

Les deseo una Navidad “en Belén con los pastores”...

Mutantes

Aunque lo parezca, no es el título de una película de terror. Es una invitación navideña a dirigir la mirada a las mutaciones, cambios y transfiguraciones que vivieron algunos personajes de los relatos evangélicos del nacimiento de Jesús. Con la secreta intención de que a quien lo lea, le entren ganas de apuntarse también a “mutante”.

Zacarías e Isabel abren el pórtico del evangelio de Lucas, viejísimos ellos, cumplidores modelos de la Ley y acostumbrados (mayormente él) al Templo, sus horarios y sus inciensos; estériles ambos (sobretudo ella) y con poco futuro por delante. Pero después de la visita del ángel, él se queda mudo (¿se habría vuelto todo él escucha?), pero vuelve a casa rejuvenecido y ella queda embarazada (rejuvenecida también vía consorte). Y de puro contenta, se aparta durante cinco meses para saborear, sin

que nadie la moleste, su pequeño magnificat: ¡Así me ha tratado Dios!

María entra en escena como una mujer de su casa, calladita ella como corresponde a muchacha honesta, en edad de casarse, vecina y residente en Nazaret. Pero sale de escena transformada en una mujer intrépida y caminante que se atraviesa medio país para encontrar a Isabel y poder contarse la una a la otra, cómo las ha tratado Dios y lo contentas que están con Él y con las primeras pataditas de sus niños.

De lo de José tiene un poco de culpa su propio nombre (“que el Señor añada...”), y vaya que si le añadió: como hombre justo, prudente y temeroso de Dios, había decidido cerrar sigilosamente la puerta de su vida y de su casa dejando fuera a María, por puro respeto y discreción. Pero no le quedó más remedio que abriрsela de par en par y dejar que entrara, no sólo ella, sino también y como “añadido” el que iba a asociarlo a su torbellino mesiánico.

A los pastores los vemos al principio en lo suyo de cuidar ovejas, amedrentados y envueltos en medio de aquella noche loca de ángeles, cánticos y resplandores en torno a un pesebre. Pero al final ya no parecen los mismos y, en vez de hablar de sus temas de siempre (“Estas pasturas ya no son como las de antes”; “Lo que faltaba: Estrellita de parto precisamente esta noche”; “A ver si se van pronto los ángeles, que ya va siendo la hora de ordeñar...”),

se ponen a “glorificar y a alabar a Dios”, dejando inventados de golpe el canto gregoriano, la Filarmonica de Viena y el Orfeón Donostiarra.

Para Simeón y Ana lo de subir cada día al Templo formaba parte de su rutina, eso sí, empleando cada día más tiempo en el recorrido: “Cada día distingo peor estos dichosos peldaños”, “No te quejes que subirlos con artritis es muchísimo peor...” Pero cuando él tuvo al Niño en sus brazos (¿qué hace un Niño como tú en un Templo como este...?) se le rejuveneció todo el ser, como si se le llenaran los ojos de candelas y sus rodillas vacilantes recobraran vigor. Se le fue del todo el miedo a la muerte y era como si en vez de sostener él al Niño, fuera éste quien lo sostuviera.

Ana decidió aquella mañana que para ella se habían acabado los ayunos, las penitencias y las vigiliас: se puso un pañuelo blanco en la cabeza y, en plan abuela de la Plaza del Templo, daba vueltas por allí, con la imagen del Niño grabada en sus pupilas y contándole a todo el mundo cómo era.

Y sintieron ellos, igual que todos los demás (lo mismo que nosotros si estamos dispuestos a “mutar”), que habían llegado por fin a sí mismos.

Ejercicios cuaresmales

Pocas veces, por no decir nunca, he oído poner en relación la Cuaresma con el 8 de Marzo, y eso a pesar de que esta fecha coincide siempre con el tiempo litúrgico más propicio para emprender entre mujeres y hombres cambios significativos en la dirección de la fraternidad/solidaridad. Tengo yo, para mí que la raíz de la “asimetría” (observen la sobriedad del término...) está en un Alzheimer persistente que parece atrofiarnos, el recuerdo de que el Evangelio pone en marcha un movimiento de inclusión que descalifica cualquier forma de superioridad de unos hermanos sobre otr@s, desestabiliza todos los estereotipos y modelos mundanos de autoridad e inaugura un “diseño circular” que reemplaza y hace caducar el código de barras del “modelo escalafón”: “No llamen a nadie Padre, no llamen a nadie Señor, porque todos ustedes son hermanos...” (Mt 23, 9). Según la frase feliz de Carlos Domínguez, “en la comunidad cristiana, la silla del Padre está vacía” y por eso nunca he podido entender, ni nadie ha conseguido explicarme por qué la recomendación “lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre” (Mt 19, 7) fundamenta la indisolubilidad del matrimonio y, en cambio, del “no llamen a nadie Padre” no parece hacerse más caso en la Iglesia del que se haría de un dicho apócrifo.

¿Qué tal si en esta cuaresma, enfundados en traje de fajina (mono blanco o morado, color en que coin-

ciden cuaresma y feminismo), y provistos de mascarilla, nos ponemos a limpiar las basurillas varias que contaminan nuestras relaciones intraeclesiales? Por ejemplo:

- La clarividencia infusa o “carisma oracular” según los cuales algunos se sienten mesiánicamente investidos de un don sublime que les permite aconsejar, advertir, amonestar, corregir, dirigir, pastorear, matizar, precisar, instruir, recomendar, reconvenir, aleccionar, asesorar y guiar a otr@s, siempre siguiendo la flecha de dirección única.

- La paternidad difusa, sentimiento parásito que anida preferentemente en personalidades célibes y que tienen como síntomas una tendencia desmedida a la protección, la presidencia, el patrocinio, el apadrinamiento y otros sinónimos que pueden consultarse cómodamente en el diccionario. Los sujetos aquejados por este síndrome son fácilmente reconocibles porque van por la vida emitiendo señales inequívocas de una paternal condescendencia con que esperan ser escuchados, consultados, agasajados y obsequiados por sus hijos, o preferentemente hijas (espirituales, se entiende).

- La suficiencia obtusa, o convencimiento de haber llegado a un grado tal de saber teológico o de experiencia espiritual o pastoral que exime de cualquier confrontación, diálogo, actualización o aprendizaje. Las consecuencias auditivas son desastrosas porque si

con un oído no se escucha, con el otro ya no se oye y lo que otr@s digan, opinen o cuestionen deja de tener relevancia alguna. El efecto más visible de esta convicción de prevalencia doctrinal es que la inteligencia del aquejado queda revestida de una rugosa piel de iguana que lo deja aislado e impenetrable, pudiendo derivar en el llamado “síndrome del lagarto prehistórico”.

¿Se imaginan, en cambio, a nuestras comunidades llegando a la Pascua conjugando esos verbos nuevos que saben a leche y miel: “proponer” en vez de “imponer”, “ofrecer” en vez de “dominar”, “sugerir” en vez de “decidir”, “acompañar” en vez de “dictaminar”?

¿No sueñan con una Iglesia decidida, por fin, a no seguir viviendo sólo con la mitad de las células de su cuerpo (las de su mitad masculina, las de su minoría clerical)? ¿Se imaginan la alegría pascual de sentir incorporadas la novedad y la fecundidad de su mitad femenina y de su mayoría laical?

Hacen falta voluntari@s para la tarea y aunque he repartido las @ de manera tendenciosa (licencia gráfica comprensible en estas circunstancias) pienso que todos, hombres y mujeres, tenemos más de una grieta en nuestra mentalidad fraterna e igualitaria. Menos mal que una imagen profética habla del “reparador de brechas” (Is 58,12) y podemos invocar con ella al Espíritu incansable en su tarea de reconstruimos. ¿A que es un título precioso para renovar nuestro imaginario cuaresmal?

Pecados olvidados

En los devocionarios de antes del Concilio, o sea del siglo pasado, (no creo que existan ya, a no ser en algunas bibliotecas de casas religiosas o en la Feria del Libro Antiguo y de ocasión), en el capítulo dedicado al sacramento de la Penitencia que podía llamarse por ejemplo: “Para confesarse bien”, venía una lista de pecados posibles que resultaba muy cómoda porque la leías e ibas diciendo: “este sí”, “este no”, “este a lo mejor”... Algunos eran muy raros y no lograbas saber en qué consistían, por ejemplo, yo estuve mucho tiempo sin saber en qué consistía “el pecado nefando”, más que nada porque no tenía ni idea de lo que significaba “nefando”. Posiblemente alguno de los lectores tampoco lo sepa, pero comprenderán que no me voy a meter a explicárselo aquí.

Bueno, pues que yo recuerde, en aquellas listas no aparecía nunca el pecado de distracción y no pude tomar conciencia de su gravedad hasta que leí al Profeta Isaías que le da muchísima importancia en una serie de oráculos que comienzan con la exclamación “Ay de los que...”. Es una fórmula tomada de las lamentaciones fúnebres, y va haciendo un repaso por diferentes grupos: los latifundistas, los jueces corruptos, los que se tienen por sabios y ni siquiera saben distinguir lo dulce de lo amargo ni la luz de la oscuridad... En medio de todas esas de-

nuncias aparece esta: ¡Ay de los que madrugan en busca de licores, y hasta el crepúsculo los enciende el vino! Todo son cítaras y arpas, panderetas y flautas y vino en sus banquetes, y no atienden a la actividad de Dios ni se fijan en la obra de su mano (Is 5, 10-12). En un primer momento podríamos sospechar que está acusando a sus destinatarios de un problema de alcoholismo o, en todo caso, de que se den la gran vida despreocupados de los demás (eso era lo que le desesperaba a Amós cuando, después de describir la vida opípara que se daba la gente *high* en Samaría, concluye dramáticamente: “¡Y no se duelen del desastre de mi pueblo!” (Am 6,6...)). Pero a Isaías parece preocuparle otra cosa que formula con dos verbos enunciados en forma negativa: “no atender”, “no fijarse”, o sea, estar absolutamente distraídos.

En otro momento vuelve a la carga con lo mismo, esta vez dirigiéndose a la ciudad entera: Pero ¿qué te pasa que te subes en masa a las azoteas? Llena de ruido, urbe estridente, ciudad divertida (...) Aquel día... después de una lista de verbos que describen la actividad frenética de los habitantes de la ciudad, concluye: “...pero no te fijabas en el que lo hacía, ni dirigías la mirada al que lo dispuso hace tiempo...” (Is 22, 11).

Me han venido a la memoria estos textos mientras espero el autobús frente a la fachada de gran-

des tiendas ya adornada con motivos navideños y dispuesta a engullir en sus fauces a la multitud que se precipite puertas adentro, vomitando a la vez en movimiento sincronizado a la que salga portando bolsas y paquetes. Los he vuelto a recordar hojeando los suplementos dominicales de los periódicos, vaciando del buzón de mi casa las ofertas de langostinos del supermercado o asomándome perpleja a la insoportable estupidez de muchos programas televisivos. Y pienso que sigue siendo muy difícil (más o menos como en tiempos de Isaías...) lo de vivir atentos a las cosas que de verdad importan porque nos asedia la tentación de la huida hacia la trivialidad y preferimos vivir entretenidos, atareados, enredados en nuestros pequeños problemas, transfugados hacia zonas de alta intrascendencia donde no nos alcanza el dolor de los otros, ni la gravedad del misterio de Dios, ni el recuerdo peligroso del evangelio.

“La atención está vinculada al deseo”, decía Simone Weil. Pero si nuestro deseo atención está tibio y adormecido, disperso en mil preocupaciones banales que nos absorben, podemos pasarnos la vida vegetando entre la indiferencia, la rutina y la inconsciencia.

Tiene razón Isaías: ¡Ay de los distraídos! Ya sé por dónde voy a emprender la conversión cuaresmal...

Jairete

O sea, imperativo griego del verbo alegrarse. Era el saludo radiante con que se dirigía Jesús a las mujeres que habían ido con perfumes al sepulcro (Mt 28, 9), imperativo evidentemente extensible a todos los que constituimos la familia del Resucitado.

Hay que reconocer que resulta raro que sea una exhortación tan poco frecuente aún en ciertas instancias eclesiales, cuyas alocuciones podrían ir precedidas por esta advertencia: “Preparate para un disgusto”. Pero no sigo por aquí, que estamos en Pascua. Prefiero seguirle la pista a esto de la alegría, porque me tiene preocupada el escaso alojamiento que tiene en el imaginario cristiano.

Y me pregunto qué es lo que ha pasado a lo largo de veinte siglos de predicación y catequesis para que casi todo el mundo tenga tan claro lo de renunciar, sacrificar, abstenerse, tomar la ceniza y dirigirse a Dios pidiéndole: “No estés eternamente enojado...”, y en cambio la alegría parece estar disecada en una hornacina de sacristía o relegada a la vida eterna, formando un kit o lote completo junto con la “visión beatífica” y aquello que llamábamos “novísimos”.

Me viene a la memoria el chiste del chino (dentro de poco tiempo va a haber entre nosotros muchos de estos “chinos”, pero ya autóctonos...) que entra en una iglesia y pide al católico que lo acompaña que le explique lo que va viendo. Primero pregunta quién es

el que está en la cruz, y el católico le responde que es el Hijo, quien sufrió mucho para salvarnos. Luego el chino pregunta: “¿Y esa mujer con siete puñales en el corazón?” A lo que el católico contesta: “Es su madre, destrozada por la muerte de su hijo”. Por último, ante la respuesta de que el ojo que estaba en el triángulo del retablo era el Padre, el chino compadecidísimo exclama: “¡UFFFF! ¿Qué familia tan desgraciada!”

A lo mejor es que necesitamos leer con mucho más detenimiento los relatos pascuales y sentirnos aludidos cuando oímos lo de “¡Alégrese!”. Y recordar también, como dirigido a nosotros el poema precioso de Salinas:

*Y súbita, de pronto,
porque sí, la alegría.
Sola, porque ella quiso vino.
Tan vertical,
tan gracia inesperada,
tan dádiva caída,
que no puedo creer
que sea para mí...
Pues eso, feliz Pascua.*

Coaching

Hay día si no tienes un *coach*, no eres nadie. Si alguien siente que no es nadie y no consigue saber la causa, le informo de que le está faltando un *coaching* que, según se anuncia, es el “proceso de asistencia que una persona (el *coach*: tutor, consejero o entrenador) le brinda a otra para que éste pueda

hacer frente en mejores condiciones a diversas situaciones de la vida personal, relacional o laboral”.

Al llegar Pentecostés he caído en la cuenta de que el término *coach* es un buen nombre para invocar en estos momentos al Espíritu Santo y entender un poco mejor su acción. Si a alguien le parece inadecuada la actualización, que se acuerde de que el término Paráclito se las trae y no digamos nada del “Pelicano Piadoso”, apelativo cristológico de rancia tradición.

El caso es que, como los últimos (y también penúltimos) eventos eclesiales me tenían tan abatida, sentí la urgencia de someterme a una sesión intensiva de *coaching* y estos son algunos de sus resultados que comparto aquí por si le sirven a alguien.

Mi *Coach* empezó por recordarme algo que dicen que decía Jesús y que sonaría a un descomunal farol, si no fuera porque está en el Evangelio: “La alegría que yo les doy no se la puede quitar nadie” (Jn 16, 22). Tamaña afirmación suscitó en mí un asalto de remordimientos negros y peludos al darme cuenta de que me he dejado entristecer, irritar y desanimar más de la cuenta por menudencias y disgustillos procedentes del mundo eclesiástico.

Como por lo que intuyo, leo y converso el síndrome afecta a un amplio colectivo eclesial, bien que posiblemente no a su conjunto, es un buen consejo del *Coach* que nos preguntemos si no ha-

bremos entregado de manera incontrolada llaves de acceso a nuestra alegría a quienes nunca debieran disponer de ellas. Tengo que decir que la decisión de proceder a una recogida generalizada de llaves, acompañada de la negativa a dejarme amargar la vida por aquello que no debería tener en ella más que un papel secundario, me ha puesto de un humor excelente.

Ha sido como si mi *Coach* entrara (en este momento nada de “dulce huésped...”) en mi espacio interior y me hiciera ver qué tremendo desorden reinaba en mis cajones y estanterías. Me ha conminado a poner cada cosa en su sitio y a volver a proyectar en la pantalla de mi memoria la imagen de Iglesia que tuve una vez durante un retiro en Tiberiades y que tiene el poder de serenarme profundamente: sentada en la falda del monte de las Bienaventuranzas me fijé en la pequeña iglesia que está al borde del lago y en la que los franciscanos ofrecen a los peregrinos que llegan lo único esencial que tiene que hacer la Iglesia: mantener viva la memoria del Señor resucitado y de su Evangelio y celebrarlo en la comunidad reunida en torno a la Eucaristía. Y me resultó evidente, tanto entonces como ahora, que la Iglesia sigue haciendo eso a lo largo y ancho del universo mundo, en tantas pequeñas comunidades que nunca saldrán en los medios de comunicación. Y que muchas otras cosas que tanto nos cuesta encajar (vaticanías, curialgias,

nunciaturrosis, capisayofashion y otros), retornan a su condición de elementos accidentales y menores, desprovistos de la purpurina que los hace brillar con falsos esplendores y que en ciertos momentos extravían nuestra mirada.

Remate de la sesión de *coaching*: lectura del Evangelio tres veces al día (mañana, mediodía y noche) y, en días alternos, de las *Meditaciones sobre la Iglesia* de De Lubac y el *Diario de Congar* y recibir ánimo de personalidades de fe recia e incombustible. Respirar oxígeno con propuestas sensatas que están llegando por Internet (las de González Faus, las de Pablo Richard...) Y recordar también aquellas palabras de Gramsci desde la cárcel: "Estoy convencido de que, incluso cuando todo está o parece perdido, hay que volver a ponerse a trabajar tranquilamente, volviendo a empezar por el principio".

Me parece que el *Santo Coach* tiene un pensamiento de sospechosa heterodoxia, así que ande con cuidado.

Estética

Leo en el periódico: "Muere una mujer de 36 años durante una operación de cirugía estética". Además de lamentarlo, me entero de paso del incremento galopante de ese tipo de intervenciones en plan "estira lo arrugado, rellena lo flácido, reduce lo celulítico..." Freno la retahíla porque me suena de repente al him-

no de Pentecostés y lejos de mí complicarme en temas irreverentes. Agito mi disco duro bíblico para ver si encuentro alguna orientación que nos cure este alarmante síndrome de esteticitosis o bellecitis.

Aparecen inmediatamente, casi empujándose, las figuras de las matriarcas: Sara, que era "una mujer muy hermosa" (Gn 12,12), Rebeca, que era "joven y muy guapa" (Gn 24,16) y Raquel "muy esbelta y agraciada" (Gn 29,16). En comparación con semejantes monumentos, la pobre Lía "tenía los ojos lánguidos" (Gn 29,17) y, claro está, el narrador concluye: "Jacob amaba a Raquel" (Gn 29,28). Abandono el Génesis sospechando que, si hubiera estado a su alcance, Lía se habría hecho un lifting de párpados, o se hubiera puesto lentes de contacto verdes para competir con su hermana.

Como me he enterado también de que la incorporación masculina al "quitaypon" quirúrgico va en aumento, lejos ya de aquello de "el hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso", recalco en David, "rubio, hermoso de ojos y de muy bella presencia" (1Sm 16, 12). Pero mis resabios feministas me recuerdan que, cuando se dice algo parecido de Judit ("era bella de formas y de muy agraciada presencia" Jdt 8,7), se avisa inmediatamente: "pero nadie podía decir de ella nada malo porque era muy temerosa de Dios" (Jt 8, 8). Me abstengo de explicar el significado de la observación, porque si alguien no lo ha captado a

la primera, la experiencia me dice que es inútil tratar de que lo entienda.

Paso al libro de Ester, y me regocijo con el desplante de la reina Vasti al rey Asuero, su marido, que durante un banquete espectacular y “al séptimo día, cuando ya estaba alegre por el vino, ordenó que le trajeran a la reina Vasti con su corona real (y posiblemente con nada más), para que los generales y el pueblo admirasen su belleza, porque era muy hermosa. Pero cuando los eunucos le transmitieron la orden del rey, la reina Vasti no quiso ir.” (Est 1,10-11). La historia, se veía venir, acaba en repudio y ruego a los lectores/as que no se pierdan los motivos aducidos. Aparece en escena Ester, en medio de un banquete cosmético en el harén de Asuero “el tratamiento de belleza de las muchachas duraba doce meses: seis a base de aceite de mirra y seis con otros bálsamos y otras cremas femeninas” (Est 2,12). Menos mal que luego se porta bien y salva a los judíos amenazados.

Después de este desfile de misses del AT, dejo para otra ocasión las geniales sentencias sapienciales en torno a la belleza femenina y me acerco a Isaías. Tremendo su juicio sobre las mujeres de Jerusalén, se ve que le molestaba tanto que caminaran “con el cuello estirado, guiñando los ojos, caminando con paso menudo y haciendo sonar los adornos de sus pies”, que les predice un final propio de esas clínicas

clandestinas dedicadas a desgraciar al personal: “en vez de perfume, podre, en vez de rizos, calva, en vez de belleza, cicatriz” (Is 3, 16.24).

Ya que estoy en Isaías, me encuentro con el Siervo de Yahvé y ahí se me quitan las ganas de broma: la apariencia queda absolutamente relativizada en comparación con su solidaridad compasiva: “no había en él presencia ni hermosura que atrajera nuestra mirada...” (Is 53, 2).

Ya está el puente tendido para llegar al Evangelio: “¿No comprenden que lo que entra en el hombre desde fuera no puede contaminarlo? (Mc 7,18-23). Y Marcos continúa señalando lo “de dentro, el corazón del hombre” como el lugar secreto de donde mana todo lo bueno o lo malo. “No pueden dedicarse a servir a Doña Apariencia”, parece recomendarlos, “porque no les quedará tiempo para aquello que de verdad importa. Céntrense allí donde está lo mejor de ustedes mismos, allí donde se esconde su verdadera belleza”. Porque además hay demasiada gente “sin figura ni belleza”, y es precisamente hacia ellos donde hay que dirigir la mirada. Aunque quede menos tiempo para el espejo...

Historias bíblicas por san Valentín

Rara vez oímos hablar sobre enamorados bíblicos, esos que casi no salían en la Historia Sagrada que muchos estudiamos de pequeños. Con el tiem-

po me he ido enterando de sus historias y me han resultado fascinantes. Por ejemplo, de cómo empezó el idilio Isaac/Rebeca: ella lo vio venir de lejos y, al saber que era su futuro marido, se bajó del camello y se cubrió el rostro con un velo, con una mezcla de juego y pudor (o porque tenía los ojos bonitos y los dientes feos...). Efecto fulminante: Isaac la metió en la tienda de Sara, su madre, la tomó por esposa y con su amor se consoló de la muerte de su madre (Gn 24, 66). Se debieron querer mucho porque un día el rey de los filisteos, miraba por la ventana y vio que Isaac acariciaba a Rebeca... (Gn 26, 8).

Cuando Jacob vio a Raquel que llegaba al pozo con su rebaño, lo primero que hizo fue besarla de manera rotunda antes de cruzar palabra (Gn 29,11) y estuvo luego tan enamorado de ella, que le parecieron días los siete años que estuvo sirviendo gratis a su futuro suegro para conseguirla (Gn 29,20). Este lo engañó y le dio por mujer a Lía, la hermana mayor, que “tenía los ojos apagados, mientras que Raquel era guapa y de buen tipo” (Gn 29,16) y Jacob, que parecía tan listo, no se enteró hasta el amanecer de la noche de bodas. Con el tiempo, las dos hermanas rivalizaron por conseguir sus favores y, como debían conocer el poder afrodisíaco de las mandrágoras, Raquel le pidió a Lía que le diese un puñado que tenía su hijo. Lía protestó: -¿Te parece poco, quitarme a mi marido, que me quieres quitar también las mandrágoras de mi hijo? Raquel contestó: -Bueno, que duer-

ma contigo esta noche a cambio de las mandrágoras. Y cuando Jacob volvía del campo al atardecer, Lía le salió al encuentro y le dijo: -Tienes que acostarte conmigo, que he pagado por ti con las mandrágoras de mi hijo... (Gn 30,15-16).

Moisés, al casarse con Séfora, una mujer negra despampanante, tuvo conflictos con su familia que debía ser de ultraderecha (Num 12, 1). Hay que reconocer que para Aarón, iniciador de la estirpe sacerdotal, lo de la cuñada negra debía resultar bastante fuerte.

Dalila, antecesora de Mata Hari y de “la espía que me amó”, se quejaba a Sansón: -Mucho decirme que me quieres, pero tu corazón no es mío y no me dices el secreto de tu fuerza. Y como lo importunaba con sus quejas día tras día hasta marearlo, Sansón desesperado, acabó por confesarle su secreto” (Jue 16,15).

A Rut la despertó su suegra Noemí (la empoderó, decimos ahora) dándole estos consejos para seducir a Booz: -Lávate, perfúmate, ponte el manto y baja a la era. Que él no te vea mientras come y bebe. Y cuando se eche a dormir, fijate dónde se acuesta; vas, le destapas los pies y te acuestas allí. Él te dirá lo que tienes que hacer (Rt 3, 3-4). Y se lo dijo.

La identidad sexual de David después de su historia con Betsabé está fuera de dudas, y aunque a la muerte de su amigo Jonatán dijo aquello de: ¡Ay, cómo te quería! ¡Tu amor era para mí más maravi-

lloso que amoríos de mujeres...! (1Sm 1, 26), debió ser una licencia poética, que le dicen. El cronista real cuenta este peculiar percance de su historia: El rey David era ya viejo, de edad avanzada; por más ropa que le echaban encima, no entraba en calor. Los cortesanos le dijeron: -Que busquen una muchacha soltera, que atienda y asista a su majestad; cuando duerma en sus brazos, su majestad entrará en calor (1Re 1,1-2). Dejo el final en suspenso para que lo busquen ustedes mismos en la Biblia.

¿A que les han entrado más ganas de leerla?

Poniendo “peros”

Como antes lo que se estudiaba era “gramática” y no “lengua”, ahora ando un poco perdida con lo de los sintagmas, lexemas y morfemas, así que sigo usando los términos clásicos que muchos aprendimos de niños, lo de sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios y todo eso. Me gusta a veces leer la Biblia así, como con un rotulador fluorescente en la mano y dejando que, de pronto, alguna palabra perdida me haga un guiño y me diga cosas. Reconozco que como método exegético es desastroso pero, como acabo de jubilarme, creo que puedo permitirme estos desmanes libertarios.

Y quiero empezar presentando un PERO, partícula adversativa incómoda y respondona, portadora de inquietantes gérmenes de disidencia, y tratando

de comprobar sus efectos en un texto tan conocido como la parábola del samaritano (Lc 10, 30-37). Al leer su comienzo, uno diría que Jesús en aquel momento estaba de un pesimismo subido y cargó los detalles en los aspectos más sombríos: un asalto de bandidos, un hombre despojado, derribado y medio muerto y dos transeúntes cualificados pasando de largo. Qué situación tan desastrosa y qué retrato tan crudo de la realidad del mundo de hoy: el ser humano derribado y expoliado por bandas de depredadores y las instituciones y las religiones, que deberían estar a su servicio, enredadas en sus propios asuntos y despreocupadas de él.

Y cuando la historia se obstinaba en hacernos creer que el mal constituye la última palabra de las cosas y que la situación es fatalmente irremediable, aparece otra figura en el horizonte, precedida de una pequeña marca gramatical que nos pone en vilo: “pero un samaritano...” ¿De dónde procede y qué pretende la disidencia introducida por ese “pero”? Nos preguntamos: ¿Qué fuerza de oposición puede representar en medio de un mundo que no parece emitir más señales que las del frenesí posesivo, la obsesión por el propio cuidado y una inconsciencia satisfecha, mientras que pueblos enteros se desploman en silencio? Ese pequeño “pero” ¿no nos está comunicando algo de cómo mira Jesús la historia y de su terca esperanza que ve emerger en ella una poderosa, aunque en apariencia débil, fuerza de resistencia?

Porque, en medio de tantos signos de muerte, el Samaritano que entra en escena no parece poseer muchos recursos, no pertenece a ningún centro de poder que lo respalde y le garantice prestigio o influencia. Es extranjero, viaja solo y no cuenta más que con su alforja y su montura, pero tiene la mirada al acecho y allá adentro, su corazón ha vibrado al ritmo de Otro.

Y entonces hace el gesto mínimo e inmenso de aproximarse al hombre caído. Cuando otros lo han esquivado, sin dejar que los afectara dejarlo atrás, él se siente impresionado por el herido y responsable de su desamparo. La urgencia de tender la mano al que lo necesita pospone todos sus proyectos e interrumpe su itinerario. La inquietud por la vida amenazada del otro predomina sobre sus propios planes y hace emerger lo mejor de su humanidad: un yo liberado de sí mismo.

Cuando nos sentimos aturullados ante las noticias de tantos desastres y desanimados por la lentitud de los procesos de cambio y del avance del Reino, el evangelio nos invita a renunciar a nuestros sueños de omnipotencia y a incorporarnos a la fuerza secreta de ese minúsculo pero.

“Existe un fermento de santidad que secretamente sostiene al mundo”, afirma Levinas. Quizá los portadores de ese fermento sean, sobre todo, los que van aprendiendo algo de los signos pobres con

que Dios ha intervenido en nuestra historia: un peñón, un pan partido, una cruz, una tumba vacía.

Porque ese es el lenguaje en el que él ha pronunciado sus “peros” a la hora de “disentir” de la marcha inhumana del mundo.

Dos premios memorables

Me llega la invitación a asistir a los premios de la publicación Alandar y como han pasado ya unos cuantos años y no es probable que la mayoría de los lectores de esta columna se acuerden, paso a contarles mis impresiones del día en que recibieron el premio el humorista y dibujante Forges y un grupo de educadores que trabajan el tema de los prejuicios.

A mí me habían invitado ese día a hacer de “te-lonera”, o sea a entretener bíblicamente al personal, porque si sólo había reparto de premios iba a ser demasiado corto. Cumplí animosamente mi contrato, tratando de no cortarme aunque estuviera Forges delante, dado que soy su fan absoluta. Luego subió a recoger su tortuga honorífica y, en su discursito de agradecimiento, contó que cuando era pequeño él leía la Biblia porque tuvo que pasar un tiempo en la cama y la tenía en la mesilla de noche junto a un teléfono. De vez en cuando la abría por cualquier parte y marcaba un número: -“Oiga, me hace el favor, ¿puede llamar a Ezequiel?” O: -“¿Está el Sr. Habacuc?”, y colgaba. Un día llamó y dijo: -“Si es

tan amable ¿puede decirle a Dios que me atienda?”, y le contestaron: -“Dios no está. Ha salido a pasear al perro”. “Y desde entonces –conclusión de Forges– estoy esperando a ese Dios que ha salido a dar su paseo galáctico...” Aunque suene a irreverente, para mí que es una buena traducción del *Marana tha* del Apocalipsis...

Luego recogieron su premio los educadores y contaron este cuento:

“En tiempo de la conquista de México, los mayas capturaron a Fray Bernardo de Villanueva y lo iban a sacrificar al Sol. Él, discutiendo cómo salvar la vida, ideó esta estratagema: como sabía que al día siguiente iba a haber un eclipse, pidió hablar con el Jefe de los mayas y le dijo: -“Si me perdonan la vida, yo puedo hacer ante ustedes el gran portento de que a mediodía se oscurezca el sol”.

Aquí interrumpieron el relato y pidieron a los asistentes que propusiéramos posibles finales: ¿cómo acabó la historia?, ¿consiguió Fray Bernardo que los mayas esperaran y quedaran asombrados ante el eclipse?, ¿se salvó o lo mataron?...

Hubo muchas propuestas, todas originalísimas, pero nadie acertó con lo que pasó de verdad. Este es el final y, después de leerlo, háganse una idea de cómo andan de prejuicios...

La historia en realidad terminó así: a Fray Bernardo no le sirvió para nada su estratagema y murió a manos de los mayas. Ellos conocían el fenómeno de los eclipses mucho antes que en Europa...

Jerarquía

Aparte de otros síntomas que no voy a ponerme a contarles, noto que me estoy haciendo mayor en que me sobresalta cada vez más la velocidad de transición de unos temas a otros en los telediarios: con los rostros de los inmigrantes en la embarcación aún en la retina, pasamos a la catastrófica afonía de un cantante de rock, seguida de imágenes de gente gorda comiendo patatas fritas, mientras nos avisan de que en Europa hay cada vez más sobrepeso; luego se pasa a otra explosión en un mercado de Bagdad y se remata todo con la aparición de un candidato al Oscar, entrevistado en la TV como si fuera el Secretario General de la ONU. ¿También le produce agobio a alguno de ustedes, aunque sea joven? Reconozco que eso me consolaría bastante y confirmaría mi sospecha de que hay en los ritmos informativos una dinámica perversa contra la que hay que precaverse.

Querría también saber si es otro indicio de senilidad el que los nombres y rostros de señoras y señores que aparecen en las portadas de las revistas del corazón me sean, no sólo absolutamente indiferentes, cosa que espero le pase a más gente,

sino desconocidos en su casi totalidad. Me inquieta un poco que no pongan sus apellidos ni se den más datos sobre ellos porque a lo mejor es que todo el mundo los conoce y soy yo la única que no los identifica, lo mismo que mi madre a mi edad no creo que supiera quiénes eran los Beatles. Por ejemplo: “Claudia encuentra un nuevo amor” (y no puedo congratularme del buen estado afectivo de la tal Claudia, a no ser que me compre la revista y busque más datos en su interior). “Cuidado, Eugenia” (y *tampoco especifican si el aviso a esa joven es por las medusas del Mediterráneo, o para que no coma mayonesa en los quioscos de playa, por lo de la salmonelosis*). Y me pregunto: ¿me conveniría ver algún “programa del corazón” con alguna frecuencia para no convertirme en una extraterrestre? ¿Tendría que ir más a la peluquería para leer esas revistas e informarme con más rigor y de forma gratuita de los avatares de los famosos? ¿O es que, a falta de otras inquietudes, o porque nos da miedo o pereza enfrentarnos con nuestra propia vida, preferimos que nos la ocupen historias ajenas?

Puede que tenga principio de cataratas, pero cuando leo declaraciones episcopales sobre “el hedonismo consumista de nuestra sociedad”, no consigo ver detrás los rostros de mujeres amigas que trabajan con horarios desquiciados para llegar a fin de mes y pagar el alquiler de una habitación compartida. Y a lo mejor no son mis cataratas, sino que a quienes andan

tan preocupados por semejantes lacras, que no niego que existan, les hace falta darse una vuelta un sábado por la mañana por algún supermercado barato y completar su visión con el gentío de inmigrantes de todo color, raza y lengua que van buscando, presas de un desenfrenado hedonismo, que el kilo de pollo les salga más barato.

Así que me voy inclinando a pensar que no son cosas mías, sino que la información que consumimos nos llega en un estado de distorsión caótica y hay que aplicarse con tesón a filtrarla y a ordenarla para que sus algarabías, estruendos y falsedades no nos desenfocuen la mirada y nos alejen del modo de sentir la realidad que propone el Evangelio.

A esta necesidad de establecer orden y jerarquía es a lo que quería referirme con el título. ¿O es que se imaginaban que iba a hablar de otra cosa?

Reconstrucción

Hemos entrado en la guerra contra Irak y eso quiere decir que, después de todas las protestas, habrá que empezar de nuevo, desde cero si es necesario. Habrá que ser pacientes hasta que se regeneren las palabras dañadas (“colateral”, “reconstrucción”, “ayuda humanitaria”, “popular...”) Habrá que buscar cómo la indignación y el horror encuentran un boquete de salida para convertirse en dinamismos operativos. Habrá que sacudirse el desánimo y

el escepticismo, como se sacuden el agua los perros después de zambullirse en el mar.

Habrà que dirigir la mirada a los que supieron empezar de nuevo después del caos: cuando en el año 605 a.C. Jeremías envió a Baruc, su secretario, a leer públicamente las palabras escritas en un rollo escrito bajo su dictado y en las que aparecían tremendas amenazas contra los gobernantes, el revuelo en la corte fue tal, que ambos tuvieron que esconderse. El rollo fue a parar a manos del rey Joaquín que, en presencia de toda la corte, fue cortando cada columna del rollo y arrojándolo a un brasero encendido hasta que todo quedó reducido a cenizas. El significado del gesto era claro: desprecio absoluto por las palabras del Profeta, intento aparentemente conseguido de aniquilar una Palabra que provenía de Dios pero que resultaba incómoda para sus planes. El lector se queda consernado: ¿va a ser este el destino de la Palabra? ¿van a triunfar sobre ella el mal y la destrucción?

El final del capítulo es sobrecogedor: “Vino a Jeremías esta palabra del Señor: -Toma otro rollo y escribe en él todas las palabras que había en el primer rollo, quemado por Joaquín, rey de Judá.(...) Jeremías tomó otro rollo y se lo entregó a Baruc, el escribano, para que escribiese en él, a su dictado, todas las palabras del libro quemado por Joaquín, rey de Judá. Y se añadieron otras muchas palabras semejantes” (Jer 36, 29-32).

El narrador, con una sobriedad más elocuente que cualquier ponderación, está diciendo a través de ese sencillo dato que, más allá de cualquier intento de olvidarla, prescindir de ella o quemarla, hay una Palabra que se mantiene en pie y nada ni nadie podrá silenciarla.

“Hay que armarse con esa firmeza de corazón que permite hacer frente al fracaso de todas las esperanzas. Sólo quien está seguro de no derrumbarse si el mundo es demasiado bruto o estúpido, desde su punto de vista, para lo que él quisiera ofrecerle; sólo quien está seguro de poder decir ante todo eso: “no obstante, a pesar de todo...” sólo ese tiene vocación para la acción política”.

Son palabras de Max Weber citadas por Rafael Díaz-Salazar que añade: “Los que, como en mi caso, hemos sido socializados por universos religiosos (el cristianismo) y políticamente (el pensamiento de Gramsci), marcados por la derrota y los muchos “viernes santos” y “cárceles Turi” que hay en el mundo, tendemos que advertir en períodos de optimismo que lo peor puede acontecer enseguida. No obstante, como pesimistas con esperanza y sentido del humor, afirmamos que después de futuras derrotas habrá que seguir luchando y buscando nuevos caminos. En esto nos ilumina Gramsci cuando desde la cárcel escribía lo siguiente: “Estoy convencido de que incluso cuando todo está o parece perdido

hay que volver a ponerse a trabajar tranquilamente, volviendo a empezar por el principio. La consternación ante el sufrimiento humano y no el cálculo de probabilidades de triunfo, es la raíz de la tenacidad emancipatoria. Como escribe bellamente el comandante Marcos: “La sabiduría consiste en el arte de descubrir, por detrás del dolor, la esperanza”. Pues eso. Habrá que ponerse a trabajar volviendo a empezar por el principio. Pues eso. Habrá que ponerse a trabajar volviendo a empezar por el principio.

Dolores Alexandre Carra

Es religiosa del Sagrado Corazón. Licenciada en Filología Bíblica Trilingüe y en Teología.

Ha sido profesora de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Actualmente vive en Madrid en una comunidad intercongregacional que trabaja en un proyecto de Cáritas de viviendas para familias sin techo.

Algunas de sus publicaciones:

- *Iniciar en la oración*
- *La fe de los grandes creyentes*
- *Palabras para la espera. Descubrir la presencia del Espíritu en el mundo*
- *Círculos en el agua. La vida alterada por la Palabra*
- *Compañeros en el camino. Iconos bíblicos para un itinerario de oración*
- *Esta historia es mi historia. Narraciones bíblicas vividas hoy*
- *Relatos desde la mesa compartida. Aproximación bíblica y catequética a la Eucaristía*
- *Dame a conocer tu nombre. Imágenes bíblicas para hablar de Dios*
- *Seis imperativos, un aviso y un deseo. Releer el Cantar de los Cantares desde la vida religiosa*
- *Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio*

ÍNDICE

Prólogo..... 5

Capítulo I

“Vengan conmigo” (M 4, 19)..... 9

1. “Llamó a los que quiso” (Mc 3, 13)..... 11

2. “Serían las cuatro de la tarde” (Jn 1,39)..... 28

3. “Tú también eres de ellos” (Mc 14,70)..... 49

Capítulo II - El Espíritu:

memoria y aliento en el discipulado..... 65

Capítulo III

Madre y discípula del Señor..... 85

1. Seis miradas sobre María..... 88

2. Hagan lo que Ella les diga..... 127

Capítulo IV

“Vayan y hagan discipulos” (Mt 28,19) 131

1. Iniciar en el sentido de la trascendencia..... 134

2. Iniciar en la lectura de la Palabra 157

3. Iniciar el encuentro con Dios
en medio de la vida 170

4. Iniciar el camino de la Liturgia 182

Capítulo V

“Ustedes tengan sal” (Mc 9,49) 203